

DESPUÉS DEL ESTADO DE BIENESTAR

NUEVA EDICIÓN

**CON PROLOGO DE
ALBERTO BENEGAS LYNCH (h)**



STUDENTS FOR LIBERTY
A F R E E R F U T U R E

**ATLAS
NETWORK**

elcato.org
CATO

“Tu futuro depende de que comprendas el contenido de este libro”.

—Jeffrey A. Miron, Harvard University

Después del Estado de Bienestar

Los políticos te robaron el futuro...

...puedes recuperarlo

Editado por Tom G. Palmer

CONTIENE ENSAYOS DE:

David Beito, Piercamillo Falasca, David Green, Arístides Hatzis,
Johan Norberg, Tom G. Palmer, Michael Tanner

AtlasNetwork.org



ElCato.org



StudentsForLiberty.org



Publicado por Students for Liberty, Atlas Network & Cato Institute.

Ensayos reimpressos con autorización de los autores.

Editado por Tom G. Palmer
Diseño de portada de Jon Meyers

El editor reconoce y agradece la colaboración para la preparación de este libro, no solo a los autores y a los titulares de los derechos de autor, sino también a los miembros de Students For Liberty, muy especialmente Clark Ruper, Ankur Chawla, Jennifer Jones, Morgan Wang, José Niño y Matt Needham, quienes merecen gran parte del crédito por lograr su publicación. Además, reconoce la asistencia en la redacción del ensayo “Poverty, morality and liberty” proporcionada por Diogo Costa, cuyos puntos de vista ayudaron a plasmar la tesis, y por Lech Wilkiewicz, quien ayudó a investigar varios elementos confusos. Por último, agradece a Emmanuel Martin, Brad Lips y Michael Bors por leer el manuscrito con atención y detectar errores, y a Dara Ekanger por su experto trabajo como editora de textos profesional.

Traducción realizada por Ceteris-Paribus.

Para obtener más información y realizar otras solicitudes, sírvase escribir a:

Students For Liberty
PO Box 17321
Arlington, VA 22216

o

Atlas Economic Research Foundation
1201 L Street, NW
Washington, DC 20005
www.AtlasNetwork.org

o

Jameson Books, Inc.
722 Columbus Street
PO Box 738
Ottawa, IL 61350
815-434-7905 para pedidos con descuentos especiales por cantidad

Copyright © 2012 de Tom G. Palmer, Atlas Economic Research Foundation y Students For Liberty

ISBN: 978-0-89803-171-3
Impreso en los Estados Unidos de América
15 14 13 12 5 4 3 2 1

Contenido

Prólogo	7
Introducción	11
Sección I: Saqueo recíproco y promesas insostenibles	13
La tragedia del Estado de Bienestar	15
Cómo el Estado de Bienestar hundió el sueño italiano.....	27
Grecia como una historia de advertencia acerca del Estado de Bienestar	33
Sección II: La historia del Estado de Bienestar y qué desplazó	43
El legado de Bismarck	44
La evolución del socorro mutuo	71
Socorro mutuo para el bienestar social: el caso de las sociedades fraternales estadouni- denses	83
Sección III: El Estado de Bienestar, la crisis financiera y la crisis de deuda	113
El Estado de Bienestar como esquema piramidal	114
Cómo el derecho a una “vivienda accesible” creó la burbuja que hizo colapsar la economía mundial	121

Sección IV: Pobreza y Estado de Bienestar	131
Pobreza, moralidad y libertad	132
Algunas sugerencias bibliográficas para entretenimiento y comprensión (y para hacer mejores trabajos prácticos escolares)	167

Prólogo

por Alberto Benegas Lynch (h)¹

Agradezco la invitación para prologar este volumen que alude a los tremendos perjuicios que ha provocado —especialmente para los más necesitados— esa contradicción en los términos denominada Estado de Bienestar ya que en verdad se trata de un superlativo estado de malestar. Me complace encabezar esta obra que contiene suculentos trabajos que llevan a cabo siete intelectuales de fuste.

Uno de los puntos clave que me esfuerzo en trasmitir a estudiantes universitarios es la necesaria apertura mental que se requiere para encaminarnos a la incorporación de verdades lo cual consiste en tener presente que nos desenvolvemos en un contexto evolutivo. Estamos en ebullición por lo que debemos estar siempre en la punta de la silla atentos a nuevas contribuciones, al fin y al cabo el conocimiento tiene la característica de la provisionalidad abierto a posibles refutaciones.

Las certezas son peligrosas, tal como reza el dictum latino: *ubi dubium ibi libertas*, esto es, donde hay duda hay libertad. Si todo lo supiéramos de antemano ni siquiera habría acción humana propiamente dicha ya que nada habría que deliberar, optar o elegir. Las certezas, propias de los dogmatismos y las ideologías, cargan con pesadas telarañas mentales en sus portadores y, por tanto, no permiten la incorporación de verdades, es decir, correspondencia o adecuación entre el juicio y el objeto juzgado.

En realidad la ideología es una expresión soez, no en el sentido inocente del diccionario en cuanto a conjunto de ideas, ni en el sentido marxista de “falsa conciencia de clase” sino en el sentido de su acepción más generalizada de algo terminado, cerrado, inexpugnable, en otros términos, lo contrario al espíritu liberal que ha sido tan elaborado de modo especial por los miembros de la Escolástica Tardía, la Escuela Escocesa y más recientemente de modo extraordinariamente fértil por los integrantes de la Escuela Austríaca.

1 Benegas Lynch (h) completó dos doctorados: es doctor en economía y doctor en ciencias de dirección. Es Presidente de la Sección Ciencias Económicas de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y Presidente del Consejo Académico de la Fundación Libertad y Progreso de Argentina. Es miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y del Instituto de Metodología de las Ciencias Sociales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en Buenos Aires.

De más está decir que la indispensable apertura mental en nada se condice con el relativismo o el escepticismo. Ambas posturas anulan el intelecto y son contradictorias ya que se convierte en relativa su propia propuesta. Las certezas y la consiguiente clausura mental es lo que precisamente hace tan peligroso el vínculo entre las religiones y el poder, de allí que en esta materia resulte tan atractiva la figura propuesta por los Padres Fundadores estadounidenses: “la doctrina de la muralla” para ilustrar la separación tajante entre esos dos ámbitos.

Este comentario sobre las certezas para nada significa que deba reducirse en lo más mínimo el esfuerzo por trasmitir las propias convicciones, muy por el contrario, esos esfuerzos resultan sumamente loables solo que siempre con un ojo atento a nuevas contribuciones, tal como hoy realizan los miembros del tan ponderado y meritorio Estudiantes para la Libertad que ahora patrocina la presente publicación traducida al castellano.

También es pertinente destacar la importancia de refutar el positivismo metodológico de aquellos que sostienen que toda conclusión para sostenerse debe ser experimentalmente verificable. Por una parte, Morris Cohen con gran acierto ha señalado que esa misa aseveración no es verificable y, por otra, Karl Popper ha explicado que nada en la ciencia es verificable, todo es susceptible de corroboración transitoria. Más aun, como entre otros ha consignado Friedrich Hayek, en las ciencias sociales no hay hechos como en las ciencias naturales y la averiguación resulta de razonamientos en el contexto de fenómenos complejos.

Esto como marco conceptual para el estudio, a lo que debe agregarse con énfasis que los estatismos adolecen de la necesaria comprensión no solo de los nexos causales básicos que muestra la economía, sino que desconocen el significado del derecho y cuando se refieren a este campo lo confunden con pseudoderechos. Así, se alega el “derecho a la salud”, el “derecho a la vivienda”, el “derecho a la educación”, el “derecho a una pensión adecuada” y así sucesivamente sin percibirse que con estas concepciones están destruyendo el derecho y consiguientemente el nivel de vida de los que se dice se quiere proteger.

A todo derecho corresponde una obligación. Si una persona obtiene en el mercado cien de ingreso, existe la obligación universal de respetar esos cien. Pero si esa persona reclamara doscientos que no logra obtener en el mercado y el aparato estatal le concediera semejante demanda, esto significa que otros se verán obligados a entregar la diferencia con el fruto de sus trabajos, lo cual se traduce en la lesión al derecho de estos últimos. Una sociedad concebida como un inmenso círculo en la que todos tienen metidas las manos en los bolsillos de sus semejantes se torna insoportable y se destruye a sí misma.

En este sentido, estimo que resulta inexorable el señalar la estrecha conexión entre el despilfarro que significan regulaciones asfixiantes que alimentan gastos públicos elefantiásicos financiados con impuestos astronómicos y deudas estatales siempre crecientes, por un lado, y por otro el creciente empobrecimiento de los individuos. Este es el resultado de la machacada fórmula de la “redistribución de ingresos” lo cual va a contramano de la distribución que la gente realiza cotidianamente en el supermercado y afines. En esta línea argumental, la antedicha redistribución significa volver a distribuir por métodos coactivos lo que el mercado distribuye voluntaria y pacíficamente, lo cual, al reasignar los siempre escasos factores productivos, contrae salarios en términos reales puesto que las tasas de capitalización son la única causa de la elevación de ingresos.

Tal vez tenga razón Thomas Sowell cuando afirma que los economistas no deberíamos hablar más de distribución puesto que “los ingresos no se distribuyen, se ganan”. Y esta manía distribucionista en gran medida surge como consecuencia del igualitarismo de resultados tan pregonada por los John Rawls, Ronald Dworkin, Lester Thurow, David Miller y John Roemer de nuestra época, sin tomar en cuenta que el delta entre pobres y ricos en una sociedad abierta depende de las preferencias que ponen de manifiesto las personas libremente.

En un mercado abierto el comerciante para tener éxito debe estar atento a las necesidades de otros. El que acierta obtiene ganancias y el que yerra incurre en quebrantos. Esta visión del empresario debe distinguirse claramente de los prebendarios que explotan a sus semejantes a través de los privilegios que obtienen debido a sus alianzas hediondas con los gobernantes de turno.

Como se ha señalado una y otra vez, la única igualdad compatible con una sociedad libre es la igualdad ante la ley atada a la noción de Justicia de “dar a cada uno lo suyo” ya que lo suyo implica el respeto a la propiedad de cada cual. No se trata de igualdad ante una ley injusta sino en normas que contemplan mojones y puntos de referencia extramuros de la legislación positiva.

Creo que hace mucha falta levantar la vara de la excelencia y dejar atrás el espíritu conservador en el peor sentido de la expresión y proponer con énfasis y bien fundamentados los caminos que aseguren la protección de las autonomías individuales y dejar de lado posiciones temerosas y timoratas que no se animan a dar debates de fondo. Se trata de empujar hacia metas liberales al efecto de correr las agendas en dirección a demoler las entelequias de los nacionalismos que proponen culturas alambradas con el apoyo de un Leviatán que todo lo engulle a su paso.

Termino este prólogo telegráfico con un pensamiento de Aldous Huxley en la colección de ensayos reunidos en “*Ends and Means*” que considero resume muy

bien nuestras preocupaciones: “En menor o mayor medida, entonces, todas las comunidades civilizadas del mundo moderno están hechas de una pequeña clase de gobernantes corruptos por demasiado poder y de una clase numerosa de súbitos, corruptos por demasiada e irresponsable obediencia pasiva”.

Buenos Aires, octubre de 2018.

Introducción

por Tom G. Palmer

A los jóvenes de la actualidad se les está robando. Sus derechos. Su libertad. Su dignidad. Su futuro. ¿Los culpables? Mi generación y nuestros antecesores, quienes crearon o no pudieron detener la extendida maquinaria mundial de robo, degradación, manipulación y control social que denominamos Estado de Bienestar.

El Estado de Bienestar es responsable de dos crisis actuales: la crisis financiera que ha desacelerado o incluso revertido el crecimiento y ahogado las economías de todo el mundo; y la crisis de la deuda que está afectando a Europa, Estados Unidos y otros países. Ha amontonado deuda sobre los hombros de los más vulnerables —los niños y los jóvenes— y ha anunciado promesas imposibles de cumplir. La crisis de las obligaciones sin financiamiento se está acercando. Y no será agradable.

Los ensayos de este volumen no son la última palabra sobre el pasado, presente y futuro del Estado de Bienestar. Muy por el contrario. Se presentan con la esperanza de que estimulen más reflexión, un mayor análisis y un examen de conciencia más profundo sobre el tema. Por lo tanto, algunos se presentan con un estilo más académico y otros con un estilo más periodístico; se basan en diversas disciplinas intelectuales. Se espera que ofrezcan algo valioso a cada lector.

A medida que el Estado de Bienestar comienza a colapsar, implosionar o replegarse, vale la pena preguntarnos por qué está sucediendo esto. ¿Qué papel ha desempeñado el Estado de Bienestar como causante de importantes crisis internacionales? ¿De dónde proviene el Estado de Bienestar, cómo funciona y qué desplazó? Por último, ¿qué vendrá a continuación de los sistemas no sostenibles de la actualidad? Este breve volumen procura ayudar a los lectores a tratar de resolver estas cuestiones y algo más.

Algunos consideran que el Estado de Bienestar es algo sacro, que está más allá de todo cuestionamiento y que es inherentemente bueno. Para quienes así piensan, lo que cuenta son las “intenciones” y nada más que las intenciones. Estas, por cierto, son importantes para evaluar el comportamiento humano, pero para evaluar las instituciones, también debemos analizar la evidencia e investigar

los incentivos que generaron consecuencias específicas. Quienes solo observan las intenciones cierran la mente a la evidencia y a las preguntas difíciles. Su razonamiento es que, si alguien cuestiona el Estado de Bienestar, debe de ser porque tiene malas intenciones, y el hecho de hacer tal cuestionamiento lo convierte en una mala persona; no debemos escuchar a las malas personas porque solo intentan engañarnos; así que lo mejor es cerrar los oídos y la mente para evitar que nos engañen.

Pero no todas las mentes están cerradas. Quienes tienen la mente abierta creen que debemos investigar si los incentivos establecidos por los Estados de Bienestar tienden a enfrentar a los ciudadanos entre sí y a promocionar un sistema de saqueo recíproco en lugar de solidaridad; si los sistemas actuales del Estado de Bienestar son insostenibles; si los políticos han respondido a los incentivos prometiendo —y los ciudadanos exigiendo— mucho más de lo que se puede brindar; si, en lugar de constituir un complemento del liberalismo democrático, el Estado de Bienestar se originó como una forma antidemocrática de manipulación y tiende a socavar el liberalismo democrático, algunas veces de manera sutil y otras con espectacularidad; y si lo que el Estado de Bienestar destruyó fue, en definitiva, más humano, más eficaz y más sostenible que lo que construyó en su lugar. La historia, la economía, la sociología, la ciencia política y la matemática deben ser nuestras herramientas para entender y evaluar los Estados de Bienestar, en lugar de recurrir a respuestas emocionales o teorías conspirativas. Este pequeño libro está destinado a aquellos que prefieren formular las preguntas difíciles y buscar respuestas con la mente abierta.

Es hora de hacernos las preguntas difíciles sobre lo que ha generado el Estado de Bienestar, sobre si es sostenible y sobre qué debería venir *después del Estado de Bienestar*.

Tom G. Palmer

Jerusalén

Sección I: Saqueo recíproco y promesas insostenibles

La tragedia del Estado de Bienestar

por Tom G. Palmer

Diversos enfoques del Estado de Bienestar se centran exclusivamente en las intenciones de quienes lo respaldan u ofrecen meras descripciones de los programas actuales de transferencia de ingresos. Este ensayo se basa en la economía de los recursos comunes para examinar el Estado de Bienestar como un sistema dinámico y en evolución, una “tragedia de los comunes” que ha creado incentivos para su propio agotamiento.

El Estado de Bienestar tiene algo en común con la pesca. Si nadie es propietario ni responsable de los peces del lago, pero es posible adueñarse de todos los peces que se puedan atrapar y sacar del lago, entonces todo el mundo intentará pescar la mayor cantidad de peces. El razonamiento de estas personas es que “si yo no atrapo los peces, otros lo harán”. Es posible que cada uno de nosotros sepa que pescar mucho ahora significa que el lago quedará despoblado de peces, pero en tanto otros puedan atrapar lo que sea que yo no pueda, nadie tendrá un incentivo para pescar menos y permitir que la población de peces se regenere¹. La pesca ocurre a mayor velocidad que la reproducción de los peces, las aguas quedan despobladas y, al final, la situación empeora para todos.

1 “Si la tierra no le pertenece a nadie, aunque el formalismo jurídico pueda llamarla propiedad pública, se utiliza sin tener en cuenta para nada los inconvenientes resultantes. Quienes están en posición de apropiarse de los beneficios —la madera y la caza de los bosques, los peces en las zonas hidrográficas y los depósitos minerales subterráneos— no se preocupan por los efectos posteriores de su modo de explotación. Para ellos, la erosión del suelo, el agotamiento de los recursos no renovables y otros deterioros de la utilización futura son costos ajenos que no entran en sus cálculos de ingresos y egresos. Talan los árboles sin tener en cuenta la inclusión de nuevos brotes o la reforestación. En cuanto a la caza y la pesca, no se abstienen de utilizar métodos que evitan la repoblación de las zonas donde aquéllas se realizan”. Ludwig von Mises, *Human Action: A Treatise on Economics*, en 4 vols., ed. Bettina Bien Greaves, Indianápolis: Liberty Fund, 2007, Vol. 2., Capítulo: 6: “*The limits of Prosperity Rights and the Problems of External Costs and External Economies*”. Consultado el 25 de mayo de 2012 en: oll.libertyfund.org/title/1894/110599.

Los ambientalistas, economistas y polítólogos lo llaman la “tragedia de los comunes”. Se trata de un problema grave que constituye la raíz de buena parte de las crisis ambientales que enfrenta el mundo actual, desde la pesca oceánica agotada hasta la contaminación del aire y el agua, y otros problemas. Pero no se limita a problemas ambientales. El Estado de Bienestar también funciona como los bienes comunes, y la tragedia se está desarrollando mientras lee este texto. En los Estados de Bienestar modernos, todos tienen un incentivo para actuar como los pescadores irresponsables que arrasan el lago, con la diferencia de que el recurso que se está depredando es de propiedad mutua. Cada persona busca obtener todo lo que puede de sus vecinos, pero, al mismo tiempo, estos intentan obtener lo máximo que pueden de aquél. El Estado de Bienestar institucionaliza lo que el economista francés Frédéric Bastiat denominó “saqueo recíproco”².

Puesto que podemos saquearnos mutuamente, el razonamiento es: “si el gobierno no me da el subsidio a mí, se lo dará a otro” y cada uno tiene un incentivo para explotar el recurso hasta el agotamiento. Justifican el uso de los fondos del gobierno con el argumento de que “solo están recuperando lo que pagaron de impuestos”, incluso cuando algunos se llevan mucho más de lo que pagaron. Todo el mundo tiene un incentivo para llevarse algo. Esta tragedia tiene una dimensión que no está presente en el caso de la pesca sobreexplotada: puesto que nos estamos saqueando entre nosotros, no solo gastamos los recursos para saquear a nuestros vecinos, sino que también gastamos recursos para evitar que nuestros vecinos hagan lo mismo con nosotros, lo cual, en tal sentido, nos coloca a todos en peor situación. No solo somos víctimas del saqueo, sino que ese saqueo está aumentando más allá de todo nivel sostenible. El resultado es el agotamiento de los recursos. Hacia allí nos encaminamos con los Estados de Bienestar:

- Los gobiernos han prometido tantos beneficios a tantos grupos, todo ello a expensas uno del otro, que los sistemas son insostenibles, pero ninguno de los destinatarios quiere renunciar a sus beneficios. Podríamos hacerlo a cambio de impuestos más bajos, pero ni siquiera tenemos esa opción. Los gobiernos pueden pedir préstamos y posponer los impuestos para más adelante, es decir, hasta después de las próximas elecciones, cuando van a prometer aún más, lo cual será financiado con más endeudamiento.

² Frédéric Bastiat, *Selected Essays on Political Economy*, trad. Seymour Cain, ed. George B. de Huszar, introducción de F. A. Hayek (Irvington-on-Hudson: Foundation for Economic Education, 1995), Capítulo 5: “The State I”. Consultado el 2 de abril de 2012 en: oll.libertyfund.org/title/956/35453.

- El jubilado exige un aumento en el pago de la pensión estatal e incluso argumenta que se trata solo de la devolución de lo que ya pagó. Esas jubilaciones se financian mediante un sistema de reparto, lo que significa que los impuestos que se recaudan de los trabajadores activos se utilizan para pagar a los beneficiarios actuales. Todo superávit de los impuestos sobre los gastos simplemente se “invierte” en bonos del gobierno, es decir, promesas de pago de futuros impuestos. De eso se trata el “Fondo Fiduciario de la Seguridad Social” del gobierno de Estados Unidos: un enorme “pagaré” “escondido en el último cajón de un archivo perdido del gobierno”³. Realmente no existe un “Fondo Fiduciario”. Se trata de una estafa gigantesca. Hoy en día, los jóvenes se ven obligados a pagar la jubilación de sus abuelos, la de sus padres y —si les queda algo de dinero— la suya propia. En cuanto a su estructura, el esquema de los planes estatales de jubilaciones no se diferencia del clásico “esquema piramidal”, también conocido como “esquema Ponzi” o de “cartas en cadena”, el cual requiere que una base de personas pague con aumentos de forma indefinida; cuando deja de crecer, la pirámide se derrumba. Los gobiernos pueden posponer lo inevitable imprimiendo moneda o pidiendo dinero prestado, pero es solo eso, un aplazamiento; y con cada aplazamiento, la situación empeora. Ahora mismo se pueden percibir los rumores de colapso.
- El agricultor exige un subsidio para sus cultivos, lo que se produce a expensas de los contribuyentes que trabajan en la industria automotriz; las automotrices y los trabajadores de esa industria exigen “protección” frente a las importaciones más accesibles, así como rescates para las empresas que quebraron. Las restricciones comerciales aumentan el precio de los vehículos para los agricultores y los rescates de las automotrices aumentan los impuestos que pagan los agricultores. Los trabajadores de la industria automotriz son saqueados para beneficio de los agricultores, y los agricultores son saqueados para beneficio de los trabajadores de la industria automotriz. El ciclo de saqueo recíproco no para de girar, con el resultado de que la vasta mayoría de los “ganadores” se convertirán en perdedores una vez completado el ciclo. (Algunos, por supuesto, que se especializan en manipular el sistema político y negociar lo que Ayn Rand llamó la “aristocracia de la violencia”⁴, ganan mucho más de lo que

3 “Social Security trust fund sits in West Virginia file cabinet”, *USA Today*, 28 de febrero de 2005, www.usatoday.com/news/washington/2005-02-28-trust-fund_x.htm.

4 Ayn Rand, *Atlas Shrugged* (Nueva York: Signet, 1985), págs. 381–82.

pieren. Firmas de Wall Street con conexiones políticas como Goldman Sachs, mega-empresas agrícolas como Archer Daniels Midland y otros han lucrado ampliamente con la aristocracia de la violencia).

- El sistema fiscal nos encasilla a todos en sistemas de “seguros” médicos (en Estados Unidos, los pagos por seguros privados están atados a los sueldos, mientras los impuestos salariales financian “Medicare”, y en Europa, están vinculados a los impuestos y, en algunos casos, a compañías de seguros privadas); este “financiamiento de terceros” afecta las opciones que tenemos disponibles. Puesto que este “seguro” prepago generalmente cubre la atención de rutina, así como eventos trágicos (como lesiones causadas por accidentes de tránsito, diagnósticos de cáncer o enfermedades), tenemos que pedir permiso a la compañía de seguros, ya sea privada o estatal, antes de recibir el tratamiento. La mayoría de las veces, el “seguro de salud” no es realmente un “seguro”, aunque se llame así, sino atención médica que se paga por adelantado, lo que crea incentivos entre los consumidores para utilizarla en exceso e incentivos entre las compañías de seguros y los gobiernos para vigilarnos como consumidores y determinar si calificamos o no para recibir los beneficios. En nuestra calidad de consumidores, no disponemos de las mismas opciones que tendríamos con respecto a otros productos importantes, por lo que estamos obligados a actuar como suplicantes más que como clientes, y la atención médica está cada vez más racionada por los administradores, en lugar de poder ser adquirida por los clientes.

Los beneficios para ciertos grupos identificables están concentrados, y los costos se dispersan entre un gran número de contribuyentes y consumidores, lo que incentiva a los beneficiarios a apropiarse de más, mientras que los saqueados tienen pocos incentivos para defender sus intereses. Cada uno se considera afortunado cuando obtiene un beneficio, pero no se detiene a pensar en el costo de los beneficios de los demás; cuando todos actúan de esa manera, los costos se vuelven enormes. Los pobres sufren la peor parte, porque si bien una pequeñísima cantidad de beneficios les puede parecer una bendición, en realidad su misma pobreza es, a la vez, perpetuada por el Estado de Bienestar y profundizada por las transferencias ocultas de los desamparados hacia los poderosos causadas por el proteccionismo, las licencias y otras restricciones a la libertad del mercado de trabajo, y todos los demás privilegios y ofertas especiales que los poderosos, los instruidos, los elocuentes y los empoderados crean para sí mismos a expensas de los débiles, los iletrados, los sin voz y los indefensos.

Los inmigrantes son sistemáticamente demonizados como “los que están aquí para quitarnos nuestros beneficios sociales”. En lugar de darles la bienvenida a las personas que llegan y producen riqueza, los sujetos de los Estados de Bienestar actúan para proteger “sus beneficios sociales” excluyendo a los potenciales inmigrantes y demonizándolos como destructores y saqueadores⁵. Mientras tanto, las élites políticas proclaman a viva voz que están ayudando a los pobres en el exterior, utilizando el dinero que obtienen de los contribuyentes para financiar una parasitaria “industria de la ayuda” internacional, vertiendo enormes cantidades de superávits agrícolas que han sido generados por las políticas del Estado de Bienestar (para subvencionar a los agricultores garantizando precios mínimos para sus productos) y entregando el botín a gobiernos autocráticos: en resumen, internacionalizando el Estado de Bienestar. Todo el proceso ha sido un desastre, ha minado la responsabilidad democrática de las naciones en desarrollo, porque los líderes políticos saben que son los problemas de los dueños de la ayuda externa los que deben solucionarse, y no los de los ciudadanos y contribuyentes locales; se ha fomentado el caudillaje y la guerra civil, y se han destruido instituciones productivas autóctonas⁶.

Mientras el ciudadano se enfrenta al ciudadano y el ciudadano se enfrenta al inmigrante en un vasto sistema de saqueo recíproco (y de defensa frente al saqueo), las burocracias amplían su control, y juntas crean y nutren los grupos políticos que las sustentan.

Pero el saqueo recíproco no es la única característica destacada de nuestro moderno Estado de Bienestar. Este sistema ha creado una crisis detrás de otra,

5 Muchos de los reclamos sobre los inmigrantes son incorrectos desde el punto de vista fáctico, ya que los inmigrantes, por lo menos en Estados Unidos, suelen pagar más por el Estado de Bienestar en concepto de impuestos que lo que reciben en beneficios y, en el pasado, han contribuido enormemente al dinamismo económico y la prosperidad de las sociedades a las que emigraron mediante la creación de nuevas empresas. Estas cuestiones son recopiladas en el capítulo tres de Jason L. Riley, *Let Them In: The Case for Open Borders* (Nueva York: Gotham Books, 2008), págs. 91–125.

6 El alcance internacional del Estado de Bienestar también tuvo consecuencias horrorosas, que están bien documentadas en una serie de estudios, que incluyen Dambisa Moyo, *Dead Aid: Why Aid Is Not Working and How There Is Another Way for Africa* (Londres: Allen Lane, 2009); Graham Hancock, *Lords of Poverty: The Power, Prestige, and Corruption of the International Aid Business* (Nueva York: Atlantic Monthly Press, 1989) y Michael Maren, *The Road to Hell: The Devastating Effects of Foreign Aid and International Charity* (Nueva York: The Free Press, 1997), entre muchos otros trabajos importantes. Un estudio de avanzada sobre los efectos del socorro fue *Dissent on Development* de P. T. Bauer (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1976).

y cada una de ellas ha sido una consecuencia no deseada de medidas insensatas adoptadas por razones políticas, por políticos que no tienen que soportar las consecuencias de sus decisiones. Dos de ellas están asfixiando al mundo mientras escribo esto.

La crisis financiera y el Estado de Bienestar

La crisis financiera surgió de la confluencia de motivaciones humanas y malos incentivos. Esos incentivos fueron creados por políticas insensatas, todas ellas originadas en la filosofía de que la finalidad del gobierno es controlar nuestro comportamiento, quitarle a Pedro para darle a Pablo y usurparnos la responsabilidad de hacernos cargo de nuestra vida⁷. Las semillas de la crisis actual se sembraron en 1994, cuando la administración de Estados Unidos anunció un grandioso plan para elevar los índices de propiedad de vivienda en ese país del 64 por ciento al 70 por ciento de la población, a través de la “National Partners in Homeownership”, una asociación entre el gobierno federal y los bancos, empresas constructoras, entidades financieras, agentes inmobiliarios y otros actores con algún interés especial. Como Gretchen Morgenson y Joshua Rosner documentan en *Reckless Endangerment: How Outsized Ambition, Greed, and Corruption Led to Economic Armageddon*: “Esta asociación alcanzaría sus objetivos ‘haciendo más accesible la propiedad de la vivienda mediante la ampliación de la financiación creativa, la simplificación del proceso de compra de viviendas, la reducción de los costos de las transacciones, el cambio en los métodos convencionales de diseño y construcción de casas menos costosas, entre otras medidas’”⁸. Esa ampliación del Estado de Bienestar parecía ser muy razonable para muchos. ¿Por qué las personas no podrían adquirir sus propias viviendas solo por el hecho de no haber ahorrado para un pago inicial? ¿O por no tener buenos antecedentes crediticios? ¿O por no tener trabajo?

¿Por qué no hacer que adquirir una vivienda fuese «más accesible» a través de la «financiación creativa»? Se instruyó a organismos del gobierno, como la Administración Federal de la Vivienda (FHA), y a las «empresas patrocinadas por

7 Véase el debate sobre la responsabilidad y el poder del Estado en David Schmidtz y Robert E. Goodin, *Social Welfare and Individual Responsibility: For and Against* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

8 Gretchen Morgenson y Joshua Rosner, *Reckless Endangerment: How Outsized Ambition, Greed, and Corruption Led to Economic Armageddon* (Nueva York: Times Books, Henry Holt & Co., 2011), págs. 2-3.

el gobierno», como la Asociación Nacional Federal Hipotecaria («Fannie Mae»), para que convirtieran a los locatarios en propietarios mediante la disminución de las tasas de pago inicial, la reducción drástica de las condiciones de concesión de préstamos de los bancos, el aumento de los montos que se dirigen al mercado inmobiliario con la adquisición y «titularización» de más hipotecas y un sinfín de otras medidas. Se trató de un esfuerzo bipartidario de ingeniería social. La Administración Federal de la Vivienda, durante el gobierno de Bush, ofreció garantías de préstamos para hipotecas con tasas de pago inicial de cero por ciento. Tal como Alphonso Jackson, secretario interino del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, dijo efusivamente en 2004: «La oferta de hipotecas de la FHA sin pago inicial abrirá las puertas de la vivienda propia para cientos de miles de familias estadounidenses, en particular para las minorías». Y agregó que «no prevemos ningún costo para los contribuyentes»⁹.

De manera deliberada y sistemática, el gobierno de Estados Unidos socavó las normas bancarias tradicionales y alentó —de hecho, exigió— préstamos cada vez más riesgosos. Los riesgos que salieran bien generarían beneficios privados, y los riesgos que salieran mal recaerían sobre los contribuyentes, porque «un banquero, ante estos nuevos requisitos laxos, podría deshacerse de todos los préstamos riesgosos y pasarlos a las empresas patrocinadas por el gobierno responsables de la financiación de hipotecas de vivienda para millones de estadounidenses»¹⁰. Los beneficios privados y la socialización de las pérdidas caracterizaron el entrecruzamiento del estatismo del bienestar y el amiguismo.

Los precios de las viviendas subieron más y más, mientras se destinaban sumas cada vez mayores a ese sector. Fue como una fiesta. Todos se sentían más ricos a medida que se disparaban los precios de sus viviendas. Obtenían «hipotecas con tasa ajustable» para comprar casas más grandes de las que podían pagar, porque esperaban venderlas antes de que las tasas de interés subieran de nuevo. Obtener créditos era fácil, y los estadounidenses asumían segundas hipotecas para financiar vacaciones y adquirir barcos. Se construyeron más y más casas a la espera de precios cada vez más altos. El resultado fue una burbuja inmobiliaria de enorme magnitud. Se compraban viviendas para volver a venderlas rápidamente a los próximos compradores. Mientras tanto, los organismos gubernamentales de regulación financiera en todo el mundo otorgaron la clasificación de bajo riesgo a préstamos que, de hecho, eran de alto riesgo, incluyendo tanto la deuda pública

9 Lew Sichelman, «Bush to Offer Zero Down FHA Loan», *Realty Times*, 20 de enero de 2004, http://realtystimes.com/rtpages/20040120_zerodown.htm.

10 Gretchen Morgenson y Joshua Rosner, *Reckless Endangerment*, pág. 38.

(bonos) como los valores respaldados por hipotecas¹¹. Bancos alemanes compraron la deuda del gobierno griego, y bancos estadounidenses y de todo el mundo compraron valores respaldados por las hipotecas que, se les indujo a creer, estaban garantizadas por el gobierno de Estados Unidos.

Las políticas intervencionistas del gobierno estadounidense para hacer más accesible la adquisición de viviendas, ampliar el “financiamiento creativo” y destruir las buenas prácticas bancarias se sumaron a la arrogancia de los organismos gubernamentales de regulación financiera globales que estaban seguros de conocer las magnitudes reales de los riesgos, y de que los participantes del mercado que arriesgaban sus propios recursos no los conocían. El resultado fue que el sistema financiero mundial se envenenó de préstamos de riesgo, deudas incobrables y activos tóxicos, con resultados desastrosos. Las hipotecas impagadas se incrementaban a medida que subían las tasas de interés, y los valores respaldados por hipotecas de “bajo riesgo”, cuya compra por parte de las instituciones se había alentado, resultaron ser de no tan bajo riesgo, después de todo. El ahorro fue aniquilado, los propietarios de inmuebles se encontraron sin capacidad para pagar las hipotecas, las instituciones financieras colapsaron y quebraron, y la producción económica cayó. Se puede culpar a las numerosas distorsiones de incentivos causadas por la totalidad del sistema de intervención tanto en el mercado inmobiliario como en el financiero, pero sin la política del Estado de Bienestar estadounidense de “hacer la vivienda más accesible” y del “financiamiento creativo”, la crisis financiera no habría ocurrido. El descarrilamiento financiero global se produjo como resultado de una mala política después de otra, y dicho descarrilamiento fue puesto en marcha por el Estado de Bienestar¹².

11 “Cualquier hipoteca titularizada por una GSE [empresa patrocinada por el Estado], en virtud de las normas de Basilea [regulaciones globales adoptadas por los gobiernos], era rentable tanto para que los bancos estadounidenses la originaran como para que la recompraran como parte de un título”. Jeffrey Friedman, “A Crisis of Politics, Not Economics: Complexity, Ignorance, and Policy Failure”, *Critical Review*, Vol. 21, nros. 2–3 (2009), págs. 127–183, pág. 144.

12 Si desea obtener más detalles sobre la combinación de políticas de la Reserva Federal para bajar las tasas de interés, la “titularización” de hipotecas respaldada por el gobierno y las regulaciones financieras internacionales que llevó a clasificar la deuda pública y los valores respaldados por hipotecas como de “bajo riesgo”, véase Johan Norberg, *Financial Fiasco: How America’s Infatuation with Home Ownership and Easy Money Created the Economic Crisis* (Washington, DC: Cato Institute, 2009). Véase también *Critical Review*, “Special Issue: Causes of the Crisis”, ed. por Jeffrey Friedman, Vol. 21, números 2–3 (2009), y Jeffrey Friedman and Wladimir Kraus, *Engineering the Financial Crisis: Systemic Risk and the Failure of Regulation* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2011).

La crisis de deuda y el Estado de Bienestar

Mientras los gobiernos de Estados Unidos y de algunos países europeos inflaron frenéticamente una gigantesca burbuja inmobiliaria, la explosión del gasto en programas estatales de bienestar social para pensiones de retiro, de atención médica y muchos otros programas hundieron a los gobiernos del mundo en una crisis de deuda. Se ha prestado mucha atención al enorme aumento de la deuda pública y, en verdad, este ha sido asombroso. Al mismo tiempo, esos números son pequeños cuando se los compara con el gran cúmulo de pasivos no financiados, es decir, las promesas que se han hecho a los ciudadanos y en las que ellos confían, para las cuales no existe una financiación correspondiente. Si una firma privada engañara al público y a sus directores acerca de la magnitud de sus obligaciones, tal como hacen los gobiernos de forma sistemática, los funcionarios de esa firma irían a la cárcel por fraude. Los gobiernos se las arreglan para eximirse de las buenas prácticas contables, y engañan deliberada y sistemáticamente al público acerca de las obligaciones que cargan sobre los hombros de los futuros contribuyentes. A los gobiernos les resulta sencillo prometer hoy para pagar en el futuro. Pero el futuro llega muy rápido.

En 2006, los economistas Jagadeesh Gokhale y Kent Smetters calcularon (de manera bastante conservadora) que el desequilibrio presupuestario federal total para el gobierno de Estados Unidos en 2012 sería de alrededor de US\$80 billones. El desequilibrio presupuestario se define como “la diferencia en el valor actual entre lo que el gobierno proyecta gastar, en virtud de la legislación vigente, en todas las categorías de gasto —derechos, defensa, rutas y todo lo demás— y lo que proyecta recibir a través de los impuestos en todas las cuentas de ingresos”¹³. Eso fue en 2006; en la actualidad, Gokhale está actualizando los números, que prevé serán más elevados. Como escribió Gokhale: “Agreguemos los probables aumentos en el costo de atención médica asociados con la nueva ley de atención de salud, y es probable que este número sea demasiado optimista, pero no lo sabremos hasta que mi proyecto esté prácticamente terminado. Para Europa, estimo un desequilibrio general de €53,1 billones para 2010. Es decir, 434 por ciento del PIB anual combinado de los veintisiete países de la UE, que asciende a €12,2 billones. Este valor también está infravalorado porque las proyecciones se hicieron solo hasta 2050 (a diferencia de las proyecciones para Estados Unidos, que se extienden a perpetuidad)”¹⁴.

Eso significa que las promesas mencionadas no pueden cumplirse y no se van

13 Jagadeesh Gokhale y Kent Smetters, “Do the Markets Care About the \$2.4 Trillion U.S. Deficit?”, *Financial Analysts Journal*, Vol. 63, n.º 3, 2007.

14 Comunicación personal con el autor, 26 de marzo de 2012.

a cumplir. Los impuestos deberían aumentar a niveles astronómicos para financiar incluso una fracción de las promesas actuales. Es mucho más probable que los gobiernos no solo dejen de pagar su deuda reconocida (bonos en poder de acreedores), sino que desconozcan las promesas hechas a los ciudadanos en materia de pensiones, servicios de salud y otros beneficios. Les han estado mintiendo a sus ciudadanos durante años sobre sus finanzas, y las mentiras se hacen explícitas cuando se rompen las promesas porque *no se pueden cumplir*, como la situación de Grecia que estamos viendo desplegarse ante nuestros ojos. Una forma de descubrir las promesas es poner en marcha las máquinas de impresión y pagar con pilas de papel moneda agregando más y más ceros en cada billete, lo que significa que la moneda en la cual se canjean las promesas se devaluaría drásticamente. (La inflación es particularmente dañina como medio de lidiar con la deuda, porque no solo distorsiona el comportamiento, sino que recae desproporcionadamente sobre los pobres y sobre aquellos que no pueden protegerse de ella). Los Estados de Bienestar que conocemos pueden colapsar en cámara lenta en algunos países y con rapidez en otros, pero están colapsando de todas formas y, como siempre, la carga recaerá, sobre todo, en aquellos que carecen de las conexiones políticas y el nivel de complejidad necesarios para evitar las consecuencias.

Muchas personas responden con indignación a estos hechos citando sus intenciones y haciendo caso omiso de las consecuencias. “Nuestro objetivo es ayudar a las personas; no pretendíamos causar deliberadamente el derrumbe del sistema financiero mundial interviniendo en los mercados para que la vivienda fuese más accesible y bajar las condiciones bancarias, ¡ni tampoco tenemos la intención de que nuestro país vaya a la quiebra!”, dicen. Como muy acertadamente señaló el filósofo Daniel Shapiro: “Las instituciones no pueden caracterizarse adecuadamente por sus objetivos”¹⁵. Los mejores objetivos del mundo, si se combinan con malos incentivos a través de instituciones equivocadas, pueden generar terribles resultados¹⁶. Las intenciones de los defensores del Estado de Bienestar son irrelevantes

15 Daniel Shapiro, *Is the Welfare State Justified?* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007), pág. 5. El libro de Shapiro ofrece una comparación imparcial entre las reivindicaciones justificatorias realizadas en nombre de los estados de bienestar y la evidencia de su desempeño.

16 Un ejemplo es la insistencia del adalid del Estado de Bienestar James P. Sterba en que matar por inanición a los ciudadanos productivos en forma deliberada es adecuado para inducirlos a producir más, por lo que el Estado puede confiscar y redistribuir los resultados de sus esfuerzos productivos. Sterba argumenta que el derecho al bienestar es un “derecho negativo” consistente con la libertad de todos y propone, con base en el seguimiento de sus intuiciones, amenazar con confiscar los “recursos no excedentarios” de personas productivas, es decir, no solo el excedente de aquello que

para los resultados de sus políticas¹⁷. La mayor parte de la “filosofía política”, tal como se le practica comúnmente, se centra en comparar intuiciones acerca de lo correcto y lo incorrecto. Esta práctica, francamente, no es muy útil para la tarea de crear instituciones que funcionen, que sean sostenibles y que sean justas. Para ello necesitamos mucho más que la mera comparación de intuiciones; necesitamos historia, economía, sociología y ciencia política, no meramente la teoría moral divorciada de la práctica.

El futuro está en peligro, pero no se ha perdido

es necesario para sobrevivir, sino también la comida necesaria para la supervivencia física, con el fin de inducir al sector productivo a producir más para que el estado pueda redistribuir. Este profesor de filosofía cree que es compatible con el respeto a la libertad de las personas productivas amenazarlas con la inanición deliberada, porque “nuestro productor podría responder no haciendo nada. El pobre [*en la práctica, por supuesto, el estado, teóricamente actuando en nombre de los pobres: TGP*] podría entonces apropiarse de los recursos no excedentarios del productor y, después, al no producir más, el productor simplemente se consumiría porque no tiene el deseo de ser más productivo”. “Simplemente se consumiría” es el eufemismo que Sterba utiliza para referirse al catabolismo, edema, falla orgánica y otros síntomas de muerte por inanición. James P. Sterba, “Equality is compatible with and required by liberty”, en Jan Narveson y James P. Sterba, *Are Liberty and Equality Compatible?: For and Against* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010), pág. 23. Para obtener estremecedoras descripciones de cómo funcionó la propuesta de Sterba en la práctica, consulte Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin* (Nueva York: Basic Books, 2010) y Frank Dikötter, *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating Catastrophe, 1958–1962* (Nueva York: Walker Publishing Co., 2010). Estas propuestas radicales basadas exclusivamente en intuiciones acerca de la moralidad y la justicia que no han sido contrastadas con ningún conocimiento de la economía, la sociología o la historia, en general, conducen a desastres y son, cuando menos, moralmente irresponsables.

17 Existe abundante literatura sobre las reivindicaciones morales respecto del Estado de Bienestar, la mayoría de las cuales comienzan con intenciones y concluyen con intenciones. Me refiero a esa literatura en mi ensayo “Saving Rights Theory from Its Friends”, que originalmente apareció en *Individual Rights Reconsidered*, ed. por Tibor Machan (Stanford: Hoover Institution Press, 2001). Esa versión se puede descargar desde <http://tomgpalmer.com/wp-content/uploads/papers/palmer-individualrightsreconsidered-chapter2.pdf>. Se reimprimió en Tom G. Palmer, *Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice* (Washington, DC: Cato Institute, 2009), págs. 41–83.

Los Estados de Bienestar de la actualidad son responsables directos de dos grandes crisis económicas que están asfixiando al mundo: la crisis financiera mundial que convirtió en negativas las tasas de crecimiento económico en muchos países y borró del mapa billones de dólares de valoración de activos, y la crisis de deuda que ha sacudido a Europa y amenaza con derribar algunos de los gobiernos, divisas y sistemas financieros más poderosos del mundo. Incluso las mejores intenciones pueden generar terribles consecuencias cuando se implementan a través de instituciones e incentivos perversos.

Sin embargo, en esta historia no todo es pesimismo. Podemos liberarnos del Estado de Bienestar y de sus deudas aplastantes, burocracias humillantes y saqueo recíproco. No será fácil y supondrá reunir el valor para hacer frente a intereses especiales y políticos manipuladores. Pero se puede hacer y se debe hacer. Quienes se han manifestado en las calles contra los “recortes presupuestarios” (por lo general, meros recortes en las tasas de aumento del gasto) se están manifestando contra la aritmética. No se puede seguir sumando números negativos a números negativos y obtener una suma positiva; los números no dan. Necesitamos manifestaciones en las calles en nombre de la cordura, la responsabilidad fiscal, el recorte del Estado, la libertad y el poder de las personas para decidir sobre su propio futuro. Necesitamos un retroceso del poder del Estado para que se limite a proteger nuestros derechos y no a tratar de cuidarnos. Necesitamos tomar decisiones con una clara visión de las capacidades del Estado. Necesitamos ponerle fin al Estado de Bienestar.

Cómo el Estado de Bienestar hundió el sueño italiano

por Piercamillo Falasca

El periodista e investigador Piercamillo Falasca cuenta la historia de cómo políticas razonables lanzaron a Italia como un caso de éxito económico en las décadas de 1950 y 1960, pero las políticas del Estado de Bienestar iniciadas cuando la población era joven, la economía crecía y el futuro parecía muy lejano, han llevado al país a la quiebra. Falasca es vicepresidente de la asociación liberal clásica italiana Libertiamo.it y miembro del centro de investigación italiano Istituto Bruno Leoni.

“El crecimiento de la economía, la industria y el nivel de vida de su nación en los años de la posguerra ha sido verdaderamente fenomenal. Una nación que, en un momento, se encontraba literalmente en ruinas, acosada por un elevado nivel de desempleo e inflación, aumentó su producción y sus activos, estabilizó sus costos y divisas, y creó nuevos empleos y nuevas industrias a un ritmo sin precedentes en el mundo occidental”.

—Presidente John F. Kennedy

Durante las reuniones oficiales, las palabras amables y elogiosas pueden ser habituales, pero lo que el ex presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, dijo en 1963 en la cena ofrecida en su honor por el presidente italiano Antonio Segni en Roma fue una exposición de los hechos. Desde 1946 hasta 1962, la economía italiana creció a una tasa anual promedio de 7,7 por ciento, un desempeño brillante que continuó hasta casi fines de la década de 1960 (el crecimiento promedio durante toda la década fue del 5 por ciento). El denominado *Miracolo Economico* convirtió a Italia en una sociedad moderna y dinámica, que ostentaba empresas capaces de competir a escala mundial en cualquier sector, desde lavadoras y refrigeradores hasta componentes mecánicos de precisión, desde el sector de la alimentación hasta la industria cinematográfica.

El período de 1956 a 1965 fue testigo de un notable crecimiento industrial en Alemania Occidental (70 por ciento en la década), Francia (58 por ciento) y Estados Unidos (46 por ciento), pero todos ellos se vieron eclipsados por el espectacular desempeño de Italia (102 por ciento). Firmas importantes, como la automotriz Fiat; la fábrica de máquinas de escribir, impresoras y computadoras Olivetti; y las empresas de energía Eni y Edison, entre otras, cooperaron con una enorme cantidad de empresas pequeñas, muchas de ellas administradas por familias, en consonancia con el rol tradicionalmente importante de la familia en la sociedad italiana. Al menos un quinto de una población de cincuenta millones se mudó del sur pobre y árido al norte rico e industrializado, cambió su forma de vida, compró automóviles y televisores, aprendió el italiano estándar, inscribió a sus hijos en la escuela, ahorró dinero para comprar casas y ayudó a sus parientes que continuaban viviendo en las viejas aldeas. Después de 1960, el rápido aumento de los niveles de vida, así como el crecimiento de los negocios y las oportunidades de trabajo, provocaron el fin del flujo de italianos hacia el resto de Europa y América, poniendo punto final a la *diáspora* italiana que había llevado a casi veinte millones de personas a abandonar su tierra natal en menos de un siglo.

¿Cuál fue la fórmula mágica del boom económico italiano? Muchos años más tarde, un senador de la *Democrazia Cristiana* (un destacado partido católico de centro derecha), dijo en una entrevista: “Entendimos e inmediatamente nos dimos cuenta de que no podíamos conducir a la sociedad italiana. El país era más fuerte que la política, e incluso más inteligente. No hacer nada era una mejor opción que aplicar muchas medidas de gobierno”. ¿De qué “nosotros” estaba hablando el senador Piero Bassetti?

En los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, un grupo de economistas y políticos liberales con orientación hacia el mercado lograron ocupar puestos clave en el gobierno, eliminaron la legislación fascista e instituyeron la política democrática y las reformas del libre mercado. Una figura central fue el periodista y economista antifascista Luigi Einaudi, uno de los más prominentes liberales clásicos italianos, que regresó a Italia y se desempeñó, en la posguerra, como gobernador del Banco Central, después como Ministro de Finanzas y finalmente como Presidente de la República; influyó en gran medida sobre las políticas económicas implementadas por el primer ministro Alcide De Gasperi (1945-1953) y, después de la muerte de De Gasperi, por su sucesor Giuseppe Pella y otros.

Algunas de esas figuras pueden no ser muy conocidas fuera de Italia, pero representaron una extraordinaria “excepción” para la cultura política europea. Después de veinte años del régimen fascista de Mussolini y de los horrores de la

guerra, ese grupo de liberales clásicos representó la única esperanza para que la nación emergiera de su pasado totalitario y se introdujera en la libertad democrática capitalista. El contexto en el que operaba difícilmente podía ser considerado fácil. Italia era un país pobre que había sido devastado por el colectivismo fascista y la guerra, la mayor parte de la población estaba desempleada y no tenía educación, la infraestructura no existía o era muy mala, un poderoso partido comunista amenazaba con sustituir el colectivismo fascista por el colectivismo comunista, y las empresas controladas por el Estado dominaban gran parte de la economía.

La influencia de Luigi Einaudi fue de vital importancia. Una política monetaria prudente contuvo la inflación durante al menos veinte años (en 1959 el *Financial Times* alabó la lira como la moneda más estable de Occidente); los acuerdos de libre comercio ayudaron a Italia a volver a entrar en el mercado internacional; una reforma fiscal (la *Ley Vanoni*, llamada así por el ministro que la diseñó) redujo las tasas impositivas y simplificó el sistema de recaudación fiscal. En una era dominada por las ideas keynesianas y el gasto fácil, el gasto público italiano se mantuvo relativamente controlado: en 1960 apenas había llegado al nivel de 1937 (30 por ciento del PIB, con una participación significativa de inversiones de capital fijo), mientras que en otros países europeos había aumentado de manera espectacular.

Unos pocos, como el famoso jurista Bruno Leoni, advirtieron sobre los peligros de que las personas no recordaran lo que había causado su nueva prosperidad. El aumento de la prosperidad parecía la ocasión perfecta para introducir nuevos gastos e intervenciones del gobierno. Ya en la década de 1950, el gobierno italiano estableció la *Cassa del Mezzogiorno* (similar a la Autoridad del Valle del Tennessee de Roosevelt, pero en el sur pobre de Italia). En la década de 1960, los gobiernos italianos promulgaron leyes destinadas a la redistribución de la riqueza, la ampliación del control gubernamental de la economía (por ejemplo, la nacionalización del suministro eléctrico) y la instauración de un Estado de Bienestar más sólido.

En la relativamente próspera Italia, los movimientos redistribucionistas obtuvieron un amplio apoyo popular. En 1962, en el curso de importantes negociaciones por los contratos de trabajo de los trabajadores metalúrgicos, los sindicatos pidieron menos horas de trabajo, más vacaciones y más poder para organizar la actividad sindical en las fábricas. El *Partito Socialista Italiano* se unió a la coalición gobernante con los demócratas cristianos y se formó el primer “gobierno de centroizquierda”. En 1963, un programa de vivienda pública que se llevó a cabo a través de la nacionalización de la tierra, despertó una fuerte oposición de asocia-

ciones de empresarios y de propietarios privados (entre ellos la Iglesia Católica), que convenció a la Democracia Cristiana de abandonar la idea, pero esas causas colectivistas dominaron el resto de esa década y la década de 1970.

Varias políticas públicas importantes adoptadas en ese período sentaron las bases de la crisis italiana actual. La primera fue el debilitamiento de la disciplina fiscal, debido a una decisión del Tribunal Constitucional en 1966 que interpretó libremente la exigencia de equilibrio presupuestario constitucional; esa suspensión de los límites constitucionales permitió al Parlamento aprobar leyes para las cuales los gastos anuales no se cubrían mediante los ingresos fiscales (impuestos), sino con la emisión de bonos del Tesoro. Esa decisión generó una fuga en el presupuesto público que se fue agrandando año tras año. Luigi Einaudi murió en 1961, y todos sus llamamientos para volver a la disciplina fiscal se olvidaron rápidamente. Hasta principios de la década de 1960, el “déficit primario”, que se calcula restando el pago de intereses al déficit presupuestario total, era casi nulo; ese déficit aumentó rápidamente después de la decisión del Tribunal y se aceleró después de 1972, cuando el gasto deficitario se convirtió en una estrategia política sistemática. En 1975, el déficit primario ya había alcanzado un peligroso 7,8 por ciento del PIB.

La segunda fue la introducción de un generoso sistema de jubilaciones en 1969 (la *Ley Brodolini*). El mecanismo anterior basado en los aportes fue sustituido por un sistema redistributivo, según el cual los jubilados recibían pensiones que no estaban determinadas por la cantidad total de los ahorros obligatorios recaudados durante sus años de trabajo, sino simplemente por sus salarios anteriores. Se estableció una “pensión social” para cada ciudadano junto con un criterio de antigüedad para las jubilaciones, que permitió a los trabajadores jubilarse temprano, y se adoptó un enfoque laxo para la concesión de las pensiones por invalidez en el sur de Italia, que fue considerado un sustituto de políticas más eficaces a favor del crecimiento. Pocos prestaron atención a la cuestión de la sostenibilidad financiera. Después de todo, los votantes del futuro no son los votantes de hoy.

La tercera medida fue una mayor regulación de los mercados de trabajo mediante la adopción en 1970 del denominado Estatuto de los Trabajadores, que incluye el artículo 18, en el que se estipula que si un tribunal considera injusto el despido de un empleado de una empresa que tenga más de quince empleados con contratos fijos a largo plazo, entonces el empleado tiene derecho a ser reintegrado. La carga de la prueba recae exclusivamente sobre el empleador. Al hacer muy costoso el *despido* de empleados, la ley también hacía muy costosa la *contratación*, lo que reducía la movilidad laboral y, a la vez, fomentaba el trabajo ilegal.

La cuarta estableció, a través de leyes sucesivas entre 1968 y 1978, un sistema de salud nacionalizado que estaba prácticamente financiado en su totalidad por los impuestos, lo que implicaba que los consumidores tenían pocos incentivos para economizar en el uso de los servicios médicos.

Por último, en enero de 1970, el gobierno impuso una norma obligatoria para todos los empleados de los sectores de la ingeniería y la metalurgia, que reguló y limitó sustancialmente las horas de trabajo.

Los efectos negativos a largo plazo de estas y otras políticas no se vieron en el corto plazo debido al todavía fuerte crecimiento de Italia y la baja edad promedio de la población. Las jubilaciones generosas y los gastos de salud para un pequeño número de jubilados, fueron pagados por un gran número de trabajadores jóvenes. Año tras año, esas políticas, junto con la normativa cada vez más pesada de los mercados laborales y de servicios, redujeron la productividad, hicieron más rígido al mercado laboral, aumentaron drásticamente los costos de contratación y provocaron gastos públicos cada vez mayores que incrementaron la deuda estatal, la cual, a su vez, absorbió una proporción cada vez mayor del ahorro privado.

Con el tiempo, el envejecimiento demográfico redujo la relación entre la población activa y la población jubilada, por lo que los sistemas de pensiones y de salud se volvieron más demandantes y menos sostenibles. Durante las décadas de 1960 y 1970, todos los países europeos ampliaron su gasto público, pero Italia, literalmente, se salió de control y perdió la imagen de país fiscalmente responsable que tenía en la década de 1950. El gasto público subió del 32,7 por ciento del PIB en 1970 al 56,3 por ciento en 1993, impulsado en parte por una política imprudente de contratar más funcionarios públicos para compensar la falta de empleos privados, especialmente en el sur. (Por supuesto, la falta de trabajo se debía, en gran parte, a los costos extremos para contratar personal impuestos sobre el sector privado). Si bien la deuda pública había permanecido estable, en un promedio del 30 por ciento del PIB durante las décadas de 1950 y 1960, alcanzó un impresionante total de 121,8 por ciento en 1994.

Así concluyó el milagro italiano. La tasa de crecimiento promedio del PIB seguía siendo del 3,2 por ciento en la década de 1970, pero cayó al 2,2 por ciento en los 80. Gracias a una sistemática devaluación de la lira, las empresas italianas pudieron mantener su competitividad internacional por un tiempo (el primer ministro Bettino Craxi anunció que el país había superado el PIB británico en 1987), pero la alta inflación y la deuda pública estaban poniendo el futuro claramente en peligro.

En la década de 1990, se hicieron varios intentos de reforma, particularmente después de la crisis financiera y política de 1992-1993, cuando el país estuvo en riesgo de caer en cesación de pagos de deuda soberana y el sistema político de la posguerra fue arrasado por acusaciones de corrupción. Algunas privatizaciones de industrias estatales ayudaron a bajar la deuda pública a un nivel levemente más viable. Se realizaron cambios menores al sistema de jubilaciones y, en 1997, el parlamento italiano aprobó leyes para modernizar la legislación laboral, pero los obstáculos para suprimir las disposiciones del artículo 18 (relativo al derecho de reincorporación de los empleados despedidos) condujo a la creación de un mercado engoroso en dos niveles, que incluía tanto contratos al viejo estilo hiperegulado y rígido, como nuevos contratos flexibles de duración determinada.

Estas reformas suministraron un poco de combustible a un motor agotado y aplazaron por un tiempo el ajuste de cuentas. El plazo, sin embargo, había terminado.

Italia sigue siendo un país rico, pero el sistema político italiano actúa como un noble empobrecido, incapaz de adaptarse a su nueva condición. La consecuencia más profunda del Estado de Bienestar y de las intervenciones asistencialistas de Italia en los mercados de trabajo no es económica ni política, sino cultural. La cultura de la adicción al Estado de Bienestar es lo que ha hecho que el cambio sea tan difícil, incluso en años recientes, en los que Italia está experimentando una nueva crisis de deuda.

Los italianos contemporáneos no parecen estar dispuestos a arremangarse, como lo hicieron sus padres y abuelos, para producir riqueza en una economía libre y competitiva, y renunciar a los beneficios inaccesibles del Estado de Bienestar a cambio de un mayor nivel de libertad, ingresos y prosperidad. ¿Italia puede regresar a las lecciones liberales clásicas de Einaudi y restablecer el crecimiento económico y un futuro prometedor? Como ha ocurrido a lo largo de los siglos, lo que sucede en Italia puede ser un ejemplo para el mundo entero. Para bien o para mal.

Grecia como una historia de advertencia acerca del Estado de Bienestar

por Arístides Hatzis

Pocas democracias contemporáneas ofrecen historias de fracasos institucionales tan sorprendentes como la de Grecia. A pesar de su turbulenta historia política en el siglo veinte, la economía griega ganó terreno con décadas de creación de riqueza real, hasta que los principales partidos del país comenzaron a competir sobre la base del estatismo de bienestar, que se basa en el populismo y el clientelismo. El experto en derecho y economía, Arístides Hatzis, muestra de qué manera la búsqueda a corto plazo de ventajas políticas a través de políticas estatistas generó corrupción, endeudamiento y el colapso político. Hatzis es profesor de filosofía del derecho y teoría de las instituciones en la Universidad de Atenas y escribe sobre la crisis griega en GreekCrisis.net.

La Grecia moderna se ha convertido en un símbolo de bancarrota política y económica, un experimento natural de fracaso institucional. No es fácil que un solo país sirva como ejemplo clásico de tantas deficiencias, rigideces y distorsiones institucionales; sin embargo, el gobierno griego lo ha conseguido. El caso de Grecia constituye una historia de advertencia para todos los demás.

Grecia solía ser considerada algo así como un caso de éxito. Incluso se podría argumentar que fue un caso de éxito importante durante varias décadas. La tasa de crecimiento promedio de Grecia durante medio siglo (1929–1980) fue de 5,2 por ciento; durante el mismo período, Japón creció solo 4,9 por ciento.

Estos números son más impresionantes si se tiene en cuenta que la situación política de Grecia durante esos años fue todo menos normal. Desde 1929 hasta 1936, la situación política fue anómala, con golpes, contiendas políticas acañadas, dictaduras de corta duración y una lucha por asimilar más de 1,5 millones de refugiados de Asia Menor (alrededor de un tercio de la población de Grecia en ese momento). Desde 1936 hasta 1940, Grecia tuvo una dictadura de derecha con muchas similitudes con las demás dictaduras europeas de la época, y durante la Segunda Guerra Mundial (1940-1944), fue una de las naciones más devastadas en

terminos de porcentaje de víctimas humanas. Inmediatamente después de finalizada la guerra, se produjo una devastadora y feroz guerra civil (en dos etapas: en 1944 y de 1946 a 1949) tras una insurgencia organizada por el Partido Comunista. Desde 1949 hasta 1967, Grecia brindó un ejemplo típico de democracia no liberal paternalista con deficiencias en el Estado de Derecho, y, el 21 de abril de 1967, una junta militar tomó el poder y gobernó hasta julio de 1974, cuando el país se convirtió en una democracia liberal constitucional. La economía de Grecia se las ingenió para crecer a pesar de las guerras, insurrecciones, dictaduras y una turbulenta vida política.

Siete años después de adoptar la democracia constitucional, los nueve miembros (de entonces) de la Comunidad Europea (CE) aceptaron a Grecia como su décimo miembro (incluso antes que a España y Portugal). ¿Por qué? Se trató mayormente de una decisión política, pero también estuvo basada en décadas de crecimiento económico, a pesar de todos los contratiempos y obstáculos. Cuando Grecia ingresó a la CE, la deuda pública del país se ubicaba en el 28 por ciento del PIB; el déficit presupuestario era inferior al 3 por ciento del PIB; y el índice de desempleo era de entre 2 y 3 por ciento.

Pero ese no fue el final de la historia.

Grecia se convirtió en miembro de la Comunidad Europea el 1 de enero de 1981. Diez meses después (el 18 de octubre de 1981), el partido socialista de Andreas Papandreou (PASOK) asumió el poder con una agenda estatista y populista radical, que incluía la salida de la Comunidad Europea. Por supuesto que nadie fue tan estúpido como para cumplir esa promesa. Grecia, con el PASOK en el poder, permaneció en la CE, pero logró cambiar el clima político y económico de Grecia en apenas unos pocos años.

La crisis actual de Grecia es, sobre todo, el resultado de las políticas miopes del PASOK, en dos aspectos importantes:

(a) Las políticas económicas del PASOK fueron catastróficas; crearon una mezcla letal de un Estado de Bienestar sobredimensionado e ineficiente con la intervención sofocante y la regulación excesiva del sector privado.

(b) El legado político del PASOK fue incluso más devastador en el largo plazo, porque su éxito político transformó al partido conservador de Grecia (la “Nueva Democracia”) en una mala copia del PASOK. De 1981 a 2009, ambos partidos ofrecieron principalmente populismo del bienestar, amiguismo, estatismo, nepotismo, protecciónismo y paternalismo. Y así permanecen.

El resultado de hoy es producto de una competencia desastrosa entre los partidos para ofrecer a sus electores clientelismo, populismo del bienestar y un estatismo depredador.

¿Cuál es el motor del crecimiento?

La riqueza se crea a través de la cooperación y el intercambio voluntarios. Un intercambio voluntario no es un juego de suma cero en el cual las ganancias están equilibradas con las pérdidas. Es un juego de suma positiva que conduce a la creación de valor adicional compartido por los participantes. (Las transacciones involuntarias suelen ser juegos de suma negativa, ya que, en esos casos, las pérdidas de los perdedores son mucho mayores que las ganancias de los ganadores; un asaltante puede apuñalar a alguien en un callejón y conseguir €40 de su billetera, pero los gastos médicos y el sufrimiento de la víctima seguramente serán muy superiores a €40, al igual que las luchas políticas de redistribución de la riqueza siempre implican el gasto de escasos recursos de ambos lados, con el fin de despojar o evitar ser despojados, y el total de esos gastos puede ser mucho mayor que el valor de la riqueza redistribuida).

La prosperidad, ya sea que se llame riqueza, desarrollo económico o crecimiento, se relaciona decididamente con el número de transacciones voluntarias que se producen. La función del gobierno en este mecanismo es proteger derechos, en los cuales se basan los intercambios voluntarios, y permitir a las personas crear riqueza. El gobierno puede colaborar en este mecanismo garantizando los derechos de propiedad y reforzando contratos (“regularizando” los mercados, que es el significado original de “regulación”) y quizás también interviniendo con cuidado cuando se produce una falla en el mercado, pero sin distorsionar ese mercado ni causar un fracaso gubernamental aún más grande y desastroso.

La mayoría de los gobiernos contemporáneos han asumido otra función más ambiciosa y peligrosa. No la de “regular” estableciendo normas claras que “regularicen” el proceso de mercado, sino la de intervenir de manera arbitraria; no la de facilitar las transacciones de mercado, sino la de ocultarlas; no la de proteger las transacciones de suma positiva que generan riqueza, sino la de sustituirlas por transacciones de suma negativa a través de subsidios y endeudamiento público. La mayoría de los políticos de hoy en día cree que si se gasta lo suficiente, se generará crecimiento, y que si no hay crecimiento, significa que no se gastó lo que se debería haber gastado. Ese camino de acelerar el gasto público condujo a la crisis de Grecia, pero esto no es aplicable solo a Grecia, porque la misma dinámica ha llevado a la primera rebaja de crédito en la historia de Estados Unidos y a la crisis de deuda soberana europea de la actualidad.

Gastar es popular entre los políticos porque compra votos en el corto plazo; después de todo, en el largo plazo todos estaremos muertos o, al menos, no estaremos activos. Es popular entre los votantes porque tienden a ver los beneficios que

da el gobierno como un golpe de suerte. No les parece que el dinero provenga de sus propios bolsillos, sino “del gobierno”, o al menos de los bolsillos de otros.

Allá por el año 1974, los políticos griegos se olvidaron de las realidades económicas. Después de la caída de la dictadura militar, incluso el gobierno conservador nacionalizó los bancos y las corporaciones, subsidió empresas y aumentó las atribuciones del Estado de Bienestar. No obstante, sus políticas todavía eran limitadas en comparación con lo que hizo el primer gobierno socialista del PASOK durante la década de 1980. Después de 1981, la intervención del Estado aumentó, y la regulación y el amiguismo se convirtieron en la norma. Esa fue también la política de los gobiernos hasta 2009, con dos excepciones menores: una de ellas fue un corto período a principios de 1990 con los conservadores reformistas, durante el cual casi todos los intentos de reforma fracasaron rotundamente; y el otro período, con mejores resultados, fue justo antes de la entrada a la zona del euro en 2002 con los socialistas reformistas. Pero incluso entonces no se maquillaron los números y las reformas estructurales fueron mínimas.

¿Cómo fue posible tanto gasto, teniendo en cuenta que Atenas puede muy bien ser la capital mundial de la evasión fiscal? Puesto que los ingresos del gobierno eran limitados debido a la colosal evasión impositiva y a un sistema fiscal eternamente ineficiente, el resto del dinero provino de transferencias de la Unión Europea y, por supuesto, del endeudamiento. Como bien dijo el columnista Thomas Friedman del *New York Times*, “Desafortunadamente, después de unirse a la Unión Europea en 1981, de hecho Grecia se convirtió en apenas otro petroestado de Oriente Medio, solo que en lugar de pozos petroleros, tenía a Bruselas, que vertía en Atenas subvenciones, ayuda y euros con bajas tasas de interés en forma constante”.

El endeudamiento se volvió mucho más sencillo y económico después de que Grecia adoptó el euro en 2002. Después de 2002, Grecia disfrutó de un auge prolongado basado en el crédito barato y abundante, debido a que los mercados de bonos ya no estaban preocupados por la alta inflación o la devaluación de la moneda, lo que le permitió financiar grandes déficits de cuentas corrientes. Eso llevó a una deuda pública agobiante de €350.000 millones (la mitad con bancos extranjeros), pero, lo que es aún más importante, también produjo un efecto negativo que rara vez se analiza:

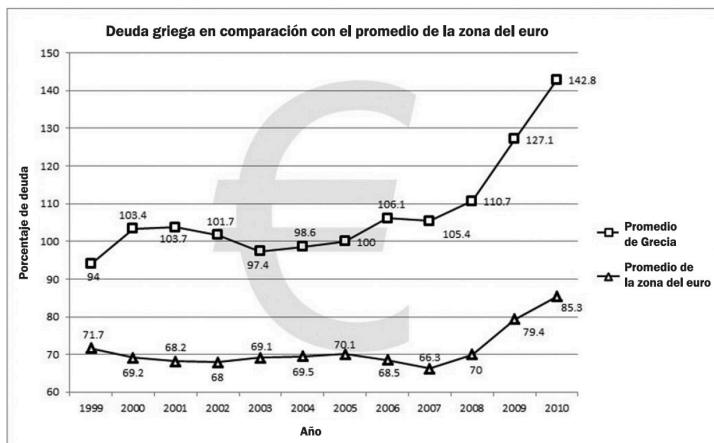
Las transferencias desde la UE y el dinero prestado fueron directamente a financiar el consumo, y no el ahorro, la inversión, la infraestructura, la modernización ni el desarrollo institucional.

La “fiesta” griega con el dinero de otros duró 30 años y —debo admitirlo— ¡de verdad lo disfrutamos! El ingreso promedio per cápita alcanzó los US\$31.700 en

2008, el vigésimo quinto más alto del mundo, por encima del de Italia y España, y el 95 por ciento del promedio de la UE. El gasto privado era 12 por ciento superior al promedio europeo, lo que proporcionó a Grecia el vigésimo segundo lugar entre los índices más altos del mundo de desarrollo humano y calidad de vida. Si esto te impresiona, recuerda que incluso esas cifras no representaban plenamente la realidad, ¡porque la economía informal de Grecia podía ascender al 25-30 por ciento del PIB!

El ingreso no declarado está, en su mayoría, relacionado con la evasión fiscal. Incluso en 2010, alrededor de un 40 por ciento de los griegos no pagaba ningún impuesto y alrededor del 95 por ciento de las declaraciones de impuestos no superaban los €30.000 anuales. Se calcula que una evasión impositiva tan generalizada le costó al presupuesto del Estado entre €20.000 y €30.000 millones por año, es decir, al menos dos tercios del déficit para 2009.

Grecia estaba moral y económicamente sumida en la corrupción. Tengamos en cuenta las tragicómicas e infames piscinas de Atenas. Una piscina es una señal de riqueza en Grecia, de modo que la oficina griega de servicios tributarios las utiliza para detectar la evasión fiscal. En 2009, solo 364 personas declaraban tener piscinas en su casa. Las fotos satelitales revelaron que, en realidad, en Atenas había 16.974 piscinas en casas particulares. Esto significa que solo el 2,1 por ciento de los dueños de piscinas presentaba declaraciones impositivas veraces. La pregunta interesante no es por qué el 97,9 por ciento mentía, sino por qué el 2,1 por ciento no lo hacía, ya que la evasión fiscal en Grecia era tan generalizada.



Fuente: Eurostat. También consulte: <http://www.rooseveltmcf.com/files/documents/BULLX-Greece-Aug-2011.pdf>

La mentira se convirtió en una forma de vida en Grecia. Aun así, se podría argumentar que mentir para proteger lo que uno creó está justificado. Pero en Grecia la riqueza no se había creado, sino que simplemente se había pedido prestada. En 1980, la deuda pública era de 28 por ciento del PIB, pero para 1990 había alcanzado el 89 por ciento y, a principios de 2010, era de más del 140 por ciento. El déficit presupuestario pasó de menos del 3 por ciento en 1980 al 15 por ciento en 2010. El gasto público en 1980 era solo del 29 por ciento del PIB; treinta años más tarde (2009) había alcanzado el 53,1 por ciento. Esas cifras fueron ocultadas por el gobierno griego incluso hasta 2010, cuando admitieron que, en realidad, no habían cumplido en absoluto la clasificación mínima para unirse a la zona del euro. El gobierno griego incluso había contratado firmas de Wall Street, especialmente Goldman Sachs, para ayudarle a maquillar los números y engañar a los prestamistas.

Ese lamentable estado de la economía griega fue el resultado de dos factores:

- la enorme ineficiencia y corrupción del Estado de Bienestar griego y,
- la maraña de impedimentos a las transacciones económicas voluntarias, creada por las intervenciones del Estado de Bienestar.

De acuerdo con el informe anual Doing Business del Banco Mundial para 2012, Grecia ocupaba el puesto 100 entre 183 países de todo el mundo en cuanto a la facilidad general para hacer negocios. Por supuesto, era el peor puesto tanto en la Unión Europea como en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Grecia, miembro de la Unión Europea durante los últimos treinta años, miembro de la zona del euro durante los últimos diez años, el vigésimo quinto lugar más rico del planeta, estaba clasificada por debajo de Columbia, Ruanda, Vietnam, Zambia y Kazajstán. Como lo señaló el Wall Street Journal: “un país tiene que esforzarse mucho para tener un desempeño tan malo”. La política del gobierno griego era hostil a la libertad de empresa y a la propiedad privada, y obstruyó gravemente la movilidad del capital y la mano de obra, generalmente en nombre de la “solidaridad social” y la “equidad”.

Grecia odia los negocios

Clasificación de Grecia, entre 183 países, según indicadores de Haciendo Negocios

Categoría	Clasificación
*Facilidad de hacer negocios	109
Puesta en marcha de una empresa	140
Manejo de permisos de construcción	50
Contratación de trabajadores	147
Registro de propiedades	107
Obtención de crédito	87
Protección de los inversionistas	154
Pago de impuestos	76
Comercio transfronterizo	80
Cumplimiento de contratos	89
Cierre de una empresa	43

*Clasificación general basada en las 10 categorías siguientes

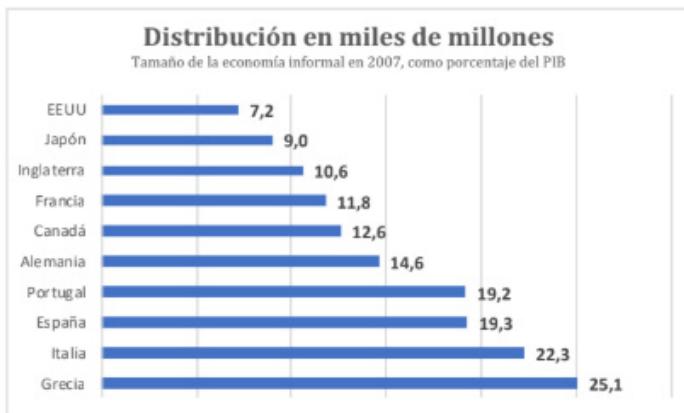
Fuente: Banco Mundial, Haciendo Negocios 2010

Fuente: <http://online.wsj.com/article/SB10001424052748703961104575226651125226596.html>

Para comenzar un nuevo negocio en Grecia en 2010, se necesitaba un promedio de quince días y €1.101, cuando el promedio para el resto de la UE era de ocho días y solo €417. Declarar impuestos consumía 224 horas al año en Grecia; en el Estado más rico de la Unión Europea, Luxemburgo, tomaba apenas 59. La clasificación para la protección de inversores era deplorable: el puesto 154 de 183. La mejor clasificación de Grecia correspondía a la facilidad para cerrar una empresa; el puesto del país era el 43.

Casi todas las profesiones de Grecia están en cierta medida altamente reguladas y organizadas en cárteles, lo que supone un costo para los consumidores y obstruye la creación de riqueza. A esto se le puede agregar una burocracia horriblemente ineficiente que le cuesta a Grecia el 7 por ciento del PIB, el doble de la media europea.

Las burocracias intervencionistas tienden a alimentar la corrupción. De acuerdo con un informe de Transparencia Internacional, el costo de la corrupción a pequeña escala era de alrededor de €800 millones (US\$1.080 millones) en 2009, un aumento de €39 millones con respecto a 2008.



Fuentes: Lars P. Feld, Universidad de Heidelberg: Friedrich Schneider, Johannes Kepler, Universidad de Lin

Fuente: <http://online.wsj.com/article/SB10001424052748704182004575055473233674214.html>

Fuente:<http://online.wsj.com/article/SB10001424052748704182004575055473233674214.html>

No es de sorprender que Grecia tenga la economía menos competitiva de los 27 miembros de la UE. De acuerdo con el Índice de Competitividad Global del Foro Económico Mundial para 2010-11, Grecia ocupó el puesto ochenta y tres, por debajo de países como Vietnam, Jordania, Irán, Kazajstán, Namibia, Botsuana y Ruanda. De acuerdo con el Informe sobre las inversiones en el mundo 2011 de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Grecia ocupa el puesto 119 entre 141 países en inversión extranjera directa. No llama la atención que el 50 por ciento de los jóvenes griegos estén desempleados. Ese es el resultado de un entorno económico que desalienta los emprendimientos, en el cual los costos burocráticos son muy elevados y hay demasiado nivel de corrupción.

El sobredimensionado Estado de Bienestar de Grecia ha convencido a muchos de que sus beneficios gozaban del estatus de “derechos sociales”. Para un político o un partido político, hacer recortes significativos sería un suicidio cuando la población se ha acostumbrado a tantos “derechos” otorgados por el estado, y cuando se le ha prometido a una población de edad avanzada enormes beneficios de salud y jubilación.

Grecia es el ejemplo clásico de la generación de “derechos” insostenibles. El gobierno gasta €10.600 por persona en beneficios sociales pero recibe ingresos por solo €8.300 por persona. Esto ocasiona un déficit ¡de €2.300 por persona!



Fuente:<http://fxtrade.oanda.com/analysis/infographics/greece-economic-crisis>

Al mismo tiempo, los sueldos del sector público han aumentado 44 por ciento (de 1996 a 2009) en términos reales. (En algunos sectores, subieron hasta un 86 por ciento). Los empleados recibieron el equivalente a 14 pagos salariales por año, incluidos dos pagos adicionales a modo de bonos (uno para Navidad, la mitad durante las vacaciones de Pascua y la otra mitad antes de las vacaciones de verano). Las jubilaciones también aumentaron sustancialmente.

Un griego que trabajó durante 35 años en el sector público tenía el derecho de jubilarse con una jubilación generosa a la edad de 58 años. Las mujeres se podían jubilar incluso antes; si una mujer tenía un hijo menor de edad, se podía jubilar a los 50. La edad promedio de jubilación en Grecia era de 61 años; en Alemania era de 67. La población mayor de 65 años en Grecia tiene una proyección de crecimiento que pasará del 18 por ciento de la población total que tenía en 2005 hasta un 25 por ciento en 2030.

Se podría argumentar que por más costoso que sea el Estado de Bienestar (con un costo de 19 por ciento del PIB en 1996, y 29 por ciento en 2009), al menos,

ofrece cierta sensación de seguridad y limita la desigualdad. Pero no en Grecia. Si bien el estado brinda salud y educación en forma “gratuita”, la familia griega paga 45 por ciento del gasto médico total (en su mayoría, a través de sobornos a los médicos, enfermeras y funcionarios públicos para que hagan su trabajo). Muchos hogares griegos (2,5 por ciento) quedan en bancarrota todos los años debido a los altos gastos médicos. Lo mismo sucede con la educación. Si bien es “gratuita” en todos los niveles, los hogares griegos gastan más para la educación de sus hijos (para clases particulares) que cualquier otra persona de la UE.

La larga fiesta financiada por el endeudamiento está llegando a su fin. Se está comenzando a sentir la resaca. Ahora es el momento de recuperar la sobriedad, en lugar de volver a emborracharse de deuda pública. Se debe atacar el amiguismo y la corrupción, y deben liberarse los mercados. Las personas deben tener la libertad para crear riqueza a través del intercambio voluntario.

La cleptocracia griega debe ser reemplazada por El Estado de Derecho. Una red de seguridad para los pobres desafortunados ya no debe ser la excusa para entregar beneficios abundantes a los ricos y poderosos que han dejado a los pobres y vulnerables en peores condiciones de las que hubieran estado en otras circunstancias.

La lección es que el desarrollo económico y la prosperidad no surgen del endeudamiento y el gasto por parte del gobierno. La prosperidad proviene del mercado, de las transacciones voluntarias, del ahorro, la inversión, el trabajo, la producción, la creación y el comercio. El gobierno tiene una tarea importante por delante, que es crear el Estado de Derecho, la seguridad y las instituciones legales que posibiliten esas transacciones voluntarias; cuando se crean en su lugar burocracias gigantes, derechos insostenibles y un sistema de robo, corrupción, privilegio y deshonestidad, se están dejando de lado esas importantes responsabilidades.

La problemática de Grecia es grave. No se resolverá de la noche a la mañana. Pero sí se puede resolver con el remedio correcto.

Sección II: La historia del Estado de Bienestar y qué desplazó

El legado de Bismarck

por Tom G. Palmer

Para entender el funcionamiento y el impacto del Estado de Bienestar, es bueno entender sus orígenes, los cuales se describen en este capítulo. En este ensayo, se revela la naturaleza del Estado de Bienestar como un sistema político diseñado para sostener el poder de aquellos que lo crearon. Su historia se remonta a la introducción de los planes de seguro obligatorios de la Alemania imperial y se extiende hasta los sistemas contemporáneos de Europa y América. Esos Estados de Bienestar excluyeron a las instituciones voluntarias preexistentes. Las instituciones que fueron relegadas por el Estado de Bienestar nos ofrecen una visión de lo que sería posible —sociedades con personas autónomas, con respeto propio, independientes y prósperas— si no existiera.

Los Estados de Bienestar son diferentes de los Estados socialistas. El socialismo, como término que ha sido utilizado durante muchas décadas, significa como mínimo el intento de planificar toda la economía, lo que se conoce como “planificación central”, y, con mayor frecuencia, supone la propiedad estatal manifiesta de los medios de producción; ambas situaciones implican el intento consciente de utilizar la planificación estatal para asignar tanto el capital como el trabajo entre diversos usos en competencia. Un estado socialista intentará planificar y dirigir la producción de papel, vehículos, alimentos, medicamentos, vestimenta y otros bienes. Algunos ejemplos de intentos por crear estados socialistas incluyen la Unión Soviética y sus clientes, Cuba y la República Popular de China, antes de su giro parcial hacia la autorización de la propiedad privada y los mercados. Un Estado de Bienestar, en cambio, no necesita que la propiedad de la totalidad de los medios de producción esté en manos del Estado, aunque es posible que en algunas industrias exista un gran componente de titularidad estatal, en general asociada a ciertos servicios, como educación, atención médica, recreación e incluso vivienda, todo lo cual está relacionado con el “bienestar”.

Un Estado de Bienestar no necesariamente intenta gestionar toda la actividad productiva, sino que procura hacerse cargo del bienestar, o el bien, de la pobla-

ción. Es más amplio que un gobierno limitado que proporciona justicia, defensa frente a la agresión, el Estado de Derecho y, tal vez, una serie limitada de “bienes públicos”, como proponen los liberales clásicos. Un estado liberal clásico se limita a crear condiciones pacíficas dentro de las cuales las personas son libres para procurarse su propio bienestar. Los Estados de Bienestar, en cambio, asumen la responsabilidad de garantizarlo, y no solo de asegurar las condiciones bajo las cuales las personas buscan obtenerlo; en este sentido, el Estado de Bienestar tiende a dominar, e incluso a monopolizar, la prestación del seguro de jubilación, la atención médica, la educación y la garantía de ingresos, y a organizar masivos pagos de transferencia que a menudo se justifican en nombre de la transferencia de ingresos de los “ricos” a los “pobres”, pero que, por lo general, reorganizan —o fugan— la gran masa de los pagos de transferencia hacia los “ricos”¹.

Los Estados de Bienestar no transfieren recursos con exclusividad, ni siquiera con preferencia, a los pobres. De diversas maneras, victimizan a los pobres para beneficio de aquellos que son más capaces de manipular el sistema. (Los mismos Estados de Bienestar que entregan “cupones de alimentos” y otros subsidios alimentarios a los pobres, también elevan el precio de la comida que adquieren a través de subsidios agrícolas, retenciones al ingreso de alimentos importados más económicos y precios mínimos obligatorios para los alimentos, por ejemplo). Los Estados de Bienestar logran la estabilidad política mediante la creación de grandes grupos interesados en todos los estratos de la sociedad, desde los más ricos a los más pobres. No se centran principalmente en la “redistribución” del ingreso hacia abajo, porque gran parte de la redistribución de la riqueza va en la dirección opuesta, de los pobres a los ricos. El grueso de la redistribución del ingreso en las sociedades más ricas se reparte entre las clases medias, puesto que el dinero se saca de un bolsillo y se pone en otro, deduciendo los gastos de gestión y las ineficiencias generadas por la burocracia, la politiquería y el amiguismo político².

1 También han generado una gran cantidad de “leyes morales” para dirigir el comportamiento hacia lo que se consideraba virtuoso por parte de las élites políticas. Esas medidas incluyeron la prohibición de la prostitución, la esterilización de los “moralmente degenerados”, la prohibición de productos tóxicos (incluso alcohol, marihuana, opiáceos, etc.), la proscripción del matrimonio interracial, la persecución y criminalización de las sexualidades minoritarias, la prohibición de todo comportamiento considerado demasiado riesgoso para uno mismo y, en general, la supresión de sustancias y conductas consideradas incompatibles con el bienestar de las personas. En los últimos años, como las costumbres populares han cambiado, algunas veces los estados de bienestar cambiaron con ellas, pero la historia de esos estados “progresistas” es de censura y represión moralista.

2 Daniel Shapiro destaca que “el racionamiento del gobierno suele favorecer a la clase media informada, conectada y bien motivada”. Daniel Shapiro, *Is the Welfare State Justified?*, pág. 149.

Orígenes del Estado de Bienestar

El Estado de Bienestar, en su forma moderna, surgió a finales del siglo XIX en Alemania, durante las maniobras políticas y la “consolidación estatal” del estadista alemán Otto von Bismarck, el canciller de hierro que derrotó militarmente a Francia y a Austria y unificó los otros estados alemanes en el “Segundo Reich” sobre la base de “sangre y hierro”.

Bismarck emprendió una larga guerra política contra los liberales clásicos del libre comercio en Alemania, quienes preferían medios pacíficos para la creación de una nación próspera, así como la paz con los vecinos de Alemania, en lugar de la guerra, la colonización y el militarismo. Como parte de su programa de consolidación del Estado en Europa Central, Bismarck fue precursor del Estado de Bienestar, que desde entonces ha llegado a colonizar gran parte del espacio político del mundo. Bismarck marcó el inicio del Estado de Bienestar alemán a través de una serie de planes obligatorios de seguro de accidentes, salud, discapacidad y vejez, los cuales promovió y promulgó en la década de 1880. Este canciller belicista llamó a sus medidas “socialismo de Estado” y declaró en 1882 que “muchas de las medidas que hemos adoptado para la gran bendición del país son socialistas, y el Estado tendrá que acostumbrarse incluso a un poco más de socialismo”³.

El historiador A. J. P. Taylor explicó que “Bismarck deseaba hacer que los trabajadores se sintieran más dependientes del estado y, por lo tanto, de él”⁴. Se

3 Citado en Brink Lindsey, *Against the Dead Hand: The Uncertain Struggle for Global Capitalism*, John Wiley & Sons, Nueva York, 2002, pág. 33.

4 A. J. P. Taylor, *Bismarck: The Man and the Statesman*, 1955, Sutton Publishing, Nueva York, 2003, pág. 204. Taylor destaca que un elemento del plan de Bismarck fue rechazado en el *Reichstag*; él quería que una parte del “aporte” saliese directamente del presupuesto del Estado. El *Reichstag*, en cambio, solo impuso un aporte para que fuese pagado directamente por el empleado y un supuesto aporte a pagar “por el empleador”. Como bien saben los economistas, sin embargo, el cien por ciento de la carga para ambas “participaciones” recayó sobre el empleado, porque provenía de dinero que, en otras circunstancias, se habría utilizado para pagar salarios; los empleadores pagan el valor del trabajo realizado y nada más, y tienden a pasar por alto cuánto recibe el empleado en efectivo. Bismarck fue pionero en la idea de un estado formado por “asociaciones corporativas”, que representaban los intereses del grupo, en lugar de representaciones de ciudadanos con derechos individuales. Como indica Taylor: “La idea traslada el énfasis hacia los grupos de interés en lugar de enfocarse en principios elevados. La palabra y el aparato serían adoptados nuevamente por los exponentes del fascismo del siglo XX (pág. 204). La acumulación de impuestos adicionales sobre el trabajo en forma de “participación del empleador” en los aportes a la seguridad social contribuyó a la caída del gobierno parlamentario de la República de Weimar, como indica Jürgen von Kruedener

trató, sobre todo, de una estratagema política para crear una población dependiente e impregnada de una ideología de colectivismo nacional.

Bismarck confirmó que la finalidad del “socialismo de estado” era generar dependencia y, por ende, la lealtad que necesitaba la poderosa Alemania para dominar Europa:

Toda persona que cuenta con una pensión a la vejez estará más contenta y será más fácil de manejar que alguien que no posee esa perspectiva. Obsérvese la diferencia entre un funcionario privado y un funcionario de la cancillería o del juzgado. Este último aguantará mucho más, porque tiene una jubilación que esperar⁵.

Consideraré una gran ventaja que tengamos 700.000 pequeños jubilados que obtengan sus rentas del Estado, especialmente si pertenecen a esas clases que no tienen mucho que perder en caso de conmoción y que erróneamente creen que en realidad pueden ganar mucho con ella⁶.

Taylor llegó a la conclusión de que “la seguridad social hizo menos independientes a las masas en todas partes; sin embargo, incluso el apóstol de la independencia más fanático dudaría en desmantelar el sistema que inventó Bismarck, y que todos los demás países democráticos han copiado”⁷. De hecho, el Estado de Bienestar ha hecho que las masas sean “menos independientes en todas partes”, es decir, más dependientes en todas partes. Pero ya hemos llegado al punto en que podemos y debemos animarnos a desmantelar “el sistema que inventó Bismarck”, porque los Estados de Bienestar del mundo están mortalmente sobreextendidos.

Fue el colapso en la década de 1930 del sobreextendido Estado de Bienestar de la República de Weimar, muy conocido en la época como el Estado de Bienestar

(“Die Überforderungender Weimarer Republik als Sozialstaat,” *Geschichte und Gesellschaft*, 11, n.º 3, 1985, págs. 358–76), porque el colapso “fue consecuencia del asistencialismo sobrecargado del estado, al cual el salario y las cargas salariales contribuyeron como su causa principal”. (pág. 376)

5 Citado en A. J. P. Taylor, *Bismarck: The Man and the Statesman*, pág. 203.

6 Discurso del 18 de mayo de 1889, citado en David Kelley, *A Life of One's Own: Individual Rights and the Welfare State*, Cato Institute, Washington, D.C., 1998, pág. 39.

7 A. J. P. Taylor, *Bismarck: The Man and the Statesman*, pág. 203. Taylor indica que Bismarck fue pionero en una amplia gama de planes del Estado de Bienestar y “al final, habló del ‘derecho al trabajo’ y pensó en un seguro contra el desempleo: el paso final del Estado de Bienestar del siglo XX”. (pág. 204)

más avanzado del mundo⁸, lo que marcó el comienzo de la dictadura, la guerra y el Estado de Bienestar más depredador y sanguinario que el mundo haya visto, el Tercer Reich. Como demuestra el historiador Götz Aly en *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State*, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, también conocido como Partido Nazi:

Estaba propagando dos antiguos sueños del pueblo alemán: unidad nacional y de clases. Esa fue la clave de la popularidad de los nazis, de la cual extrajeron la energía que necesitaban para alcanzar sus objetivos criminales. El ideal del *Volksstaat* —un estado de la gente y para la gente— era lo que ahora llamaríamos un Estado de Bienestar para aquellos alemanes que tuvieran el pedigree racial adecuado. En uno de sus pronunciamientos centrales, Hitler prometió “la creación de un estado socialmente justo”, una sociedad modelo que “continuaría erradicando todas las barreras [sociales]”⁹.

8 Jürgen von Kruedener, “Die Überforderungen der Weimarer Republik als Sozialstaat”, muestra los resultados obtenidos en lo que precisamente Bismarck había sido pionero; la carga sobre los trabajadores de la denominada “participación del empleador” en los pagos de la “seguridad social” aumentó drásticamente durante la República de Weimar. Kruedener llega a la conclusión de que “la trampa fatídica, de hecho, la tragedia de este estado, era que estaba objetivamente desbordado como Estado de Bienestar”. (pág. 376)

9 Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State*, Henry Holt & Co., Nueva York, 2006, pág. 13. Aly describe el saqueo de los judíos de Alemania, previo al saqueo del resto de Europa: “A fines de 1937, los funcionarios públicos del Ministerio de Finanzas habían llevado el crédito estatal a su límite máximo. Obligados a proponer formas cada vez más creativas de refinanciación de la deuda pública, centraron su atención en los bienes que poseían los judíos alemanes, que pronto fueron confiscados y añadidos a lo que se llamó *Volksvermögen*, o bienes colectivos del pueblo alemán. El concepto de los bienes colectivos, con su carga ideológica y para nada restringido a la sociedad alemana, implicaba la posibilidad de despojar a los que se consideraban ‘ajenos’ (*Volksfremden*) u ‘hostiles’ (*Volksfeinden*) a la principal corriente étnica” (pág. 41). El trabajo forzado, lejos de ser un subsidio para las firmas privadas, fue una redistribución de los esclavos judíos, polacos, ucranianos y otros para el Estado en su conjunto. Después de calcular los impuestos recaudados por el Estado sobre los “salarios” pagados por las empresas por mano de obra reclutada (“entre el 60 y el 70 por ciento fue pagado por esas firmas”), Aly llega a la conclusión de que entre 1941 y 1945, el trabajo forzado representó 13.000 millones de marcos alemanes (alrededor de US\$150.000 millones de la actualidad): “El volumen de esta cifra contradice la suposición histórica tradicional de que eran las compañías las que más se beneficiaban con el trabajo forzado. Por el contrario, la explotación fue perpetrada a una escala mucho más grande por el conjunto de la sociedad misma. Los miles

Aly continúa diciendo: “De una manera sin antecedentes históricos, [los líderes políticos del Tercer Reich] crearon las condiciones previas para el Estado de Bienestar social moderno”¹⁰. El Estado de Bienestar nacionalsocialista, que instituyó este sistema de amparo integral, dependencia y lealtad entre la población alemana, se financió, según documenta Aly con escalofriante detalle, despojando a los judíos de su riqueza (desde dinero, negocios y casas hasta empastes dentales, juguetes e incluso cabello), confiscando los activos de los enemigos del estado y saqueando al resto de Europa a través de requisas e inflación deliberada de las monedas de los países ocupados. También se trató de un esquema piramidal que exigía el pago de una base de personas cada vez mayor para canalizar un botín cada vez más elevado. Al igual que todos los esquemas piramidales, el Tercer Reich estaba condenado al fracaso.

El Estado de Bienestar del nacionalsocialismo ciertamente fue el más destrutivo y sanguinario en la historia del mundo, pero tiene más vínculos cercanos con los Estados de Bienestar menos malignos que conocemos en la actualidad de lo que muchos creen. Todos los Estados de Bienestar comienzan rechazando los principios liberales clásicos del gobierno limitado y la libertad individual. Crean sistemas de control político sobre el comportamiento del electorado a través de la dependencia deliberada inducida, normalmente justificada a través de una u otra doctrina de identidad colectiva y de propósito colectivo.

En los siglos XVIII y XIX, el liberalismo clásico eliminó la esclavitud y la servidumbre, liberó a los judíos y a otras minorías religiosas de su estatus de segunda clase, peleó por la libertad de culto y liberó el comercio, el espíritu empresarial y la creatividad, lo que generó el aumento más impresionante en los estándares de vida para las masas de la historia de la humanidad. Estos cambios generaron un contragolpe cultural y político contra el liberalismo y una añoranza por un pasado imaginario de armonía y solidaridad, en el cual los motivos “egoístas” se sometían al amor comunitario; el éxito del liberalismo provocó respuestas reaccionarias. Friedrich Engels, posterior colaborador de Karl Marx en la creación de una de las críticas más influyentes al liberalismo, condenó a este precisamente por promover la paz y el logro del bien común a través de la libertad de comercio:

de millones de ingresos estatales provenientes del trabajo forzado quitaron una carga considerable a los contribuyentes alemanes comunes. Y esa fue solo una de las ventajas que los ‘camaradas étnicos’ obtuvieron por aceptar la campaña del gobierno, no solo para hacer la guerra contra los demás, sino para despojarlos de todo lo que tenían”. (pág. 162–63)

10 Ibid., pág. 303.

Ustedes han dado lugar a la fraternización de los pueblos, pero esa fraternidad es la fraternidad de los ladrones. Ustedes han reducido la cantidad de guerras para obtener todos los beneficios más grandes en la paz, intensificar al máximo la enemistad entre los individuos, ¡la ignominiosa guerra de la competencia! ¿Cuándo han hecho ustedes algo “por pura humanidad”, desde la conciencia de la futilidad de la oposición entre el interés general y el interés individual? ¿Cuándo han sido éticos sin ser interesados, sin albergar, en el fondo de su mente, motivos egoístas e inmorales? Al disolver las nacionalidades, el sistema económico liberal hizo todo lo posible por universalizar la enemistad, por transformar a la humanidad en una horda de bestias voraces (¿para qué otra cosa existen los competidores?) que se devoran unas a otras *tan solo* porque cada una de ellas tiene intereses idénticos a las demás¹¹.

Además, Engels y otros reavivaron el antiguo odio irracional de cobrar intereses por los préstamos, un resentimiento antiguo que combina antiliberalismo con antisemitismo:

La inmoralidad de prestar a interés, de recibir sin trabajar, simplemente por realizar un préstamo, aunque esté implícita en la propiedad privada, es más que evidente, y ha sido reconocida como tal desde hace mucho tiempo por la conciencia popular libre de prejuicios, que en estos asuntos suele tener razón¹².

El dinamismo, el constante flujo en el cual los mercados libres colocaron las relaciones económicas y sociales, enfurecieron a los críticos de la élite que deseaban la estabilidad, la constancia y la certeza moral en las relaciones económicas:

La perpetua fluctuación de los precios, cuando se crea condicionada por la competencia, priva por completo al comercio de su último vestigio moral... ¿Dónde queda, en este torbellino, alguna posibilidad de intercambio que esté basada en un fundamento moral? En este continuo subibaja, todo el mundo *debe* tratar de encontrar el momento más favorable para la compra y la venta; todo el mundo debe convertirse en especulador, es decir, debe cosechar donde no ha sembrado; debe enriquecerse a costa de los demás, debe calcular sobre la

11 Friedrich Engels, “Outlines of a Critique of Political Economy”, en Lawrence S. Stepelevich, ed., *The Young Hegelians: An Anthology*, Humanity Books, Amherst, N. Y., 1999, págs. 278–302, pág. 283.

12 *Ibid.*, pág. 289.

desgracia de los demás, o dejar que la oportunidad gane en su lugar... el punto culminante de la inmoralidad es la especulación en la Bolsa de Comercio, donde la historia, y con ella la humanidad, se degrada hasta convertirse en un medio para satisfacer la avaricia del especulador ambicioso o apostador¹³.

El antiliberalismo avanzó codo a codo con el antisemitismo. En su ensayo “Sobre la cuestión judía”, Karl Marx ataca a la libertad de empresa por judaizar a toda la Europa cristiana; por, de hecho, disolver formas previas de solidaridad y convertir a los cristianos de Europa en su propia caricatura de los judíos¹⁴. Este fue un tema que iba a repetirse una y otra vez en el siguiente siglo.

Puesto que el liberalismo clásico continuó ampliando la libertad a más y más personas, el contragolpe reaccionario en su contra creció y alcanzó su punto culminante hacia fines del siglo XIX y principios del XX con las doctrinas antiliberales del nacionalismo, imperialismo, racismo y socialismo. Como argumenta Sheri Berman, ella misma una ferviente defensora del Estado de Bienestar (también conocido como “socialdemocracia”), en su detallada historia *The Primacy of Politics: Social Democracy and the Making of Europe's Twentieth Century*:

El avance de los mercados había causado un inmenso malestar en las sociedades europeas. Los críticos lamentaban la glorificación del interés propio y el individualismo desenfrenado, la erosión de los valores tradicionales y comunitarios y el aumento de los trastornos sociales, la atomización y la fragmentación que el capitalismo trajo consigo. Como resultado, el fin de siglo presenció el surgimiento del pensamiento comunitario y de los movimientos nacionalistas que argumentaron que solo un resurgimiento de las comunidades nacionales podría proporcionar el sentido de la solidaridad, pertenencia y propósito colectivo que las sociedades divididas y desorientadas de Europa tanto necesitaban¹⁵.

El socialismo marxista fue una de las respuestas políticas, pero mientras muchos intelectuales se vieron atraídos hacia él por sus presuntas afirmaciones

13 Ibid., pág. 293.

14 Véase Jerry Z. Muller, “The Long Shadow of Usury: Capitalism and the Jews in Modern European Thought”, en su obra *Capitalism and the Jews*, Princeton University Press, Princeton, 2010, págs. 15–71.

15 Sheri Berman, *The Primacy of Politics: Social Democracy and the Making of Europe's Twentieth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, págs. 13–14.

científicas sobre la inevitabilidad del reemplazo del capitalismo por el comunismo, otros lo abandonaron cuando esas reivindicaciones no se materializaron, y se volcaron a otras vías de acción directa para atacar y eliminar el individualismo liberal. Así, señala Berman:

Aunque obviamente diferían de manera crítica, el fascismo, el nacionalsocialismo y la socialdemocracia tenían similitudes importantes que no han sido apreciadas en su plenitud. Todos estos sistemas adoptaban la primacía de la política y pregonaban su deseo de utilizar el poder político para reformar la sociedad y la economía. Todos apelaban a la solidaridad comunitaria y al bien común. Todos construyeron organizaciones políticas masivas y modernas, y se presentaban como los “partidos del pueblo”. Y ambos adoptaron una posición intermedia con respecto al capitalismo: ni la esperanza de su desaparición como los marxistas ni la adoración sin sentido crítico como la de muchos liberales, sino la búsqueda de una “tercera vía”, basada en la creencia de que el estado puede y debe controlar los mercados sin destruirlos¹⁶.

Los masivos “partidos del pueblo” de Europa que allanaron el camino para los Estados de Bienestar de la actualidad han perdido la mayor parte de la retórica emocionante que los condujo al poder. Lo que han dejado atrás, sin embargo, son los pasivos no financiados acompañados por promesas grandilocuentes de asistencia durante todo el ciclo de vida de las personas, deudas y promesas incumplidas que los esquemas piramidales dejan a su paso, y la agitación social y económica de sociedades que se levantaron contra ellas mismas. (Las elecciones del 6 de mayo de 2012 en Grecia, que tuvieron lugar debido a la incapacidad del Estado de Bienestar de financiarse a sí mismo, llevó al parlamento a la coalición populista y extremista del Partido Radical de Izquierda y al partido abiertamente fascista Amanecer Dorado, lo que debería causar gran preocupación entre los partidarios de la democracia liberal que tienen algún conocimiento de la historia europea del siglo XX).

El Estado de Bienestar se arraiga en Estados Unidos

En Estados Unidos, el Estado de Bienestar llegó de una manera levemente diferente, aunque con fuertes similitudes con los movimientos antiliberales de Europa. Las políticas que promueven “transferencias” de recursos, con frecuencia mediante la concesión de privilegios especiales de diverso tipo, se afianzaron después del caso *Munn versus Illinois* (1877) de la Corte Suprema, que permitió

16 Ibid., págs. 16–17.

a las legislaturas estatales controlar los precios y las tarifas de los ferrocarriles, las instalaciones de almacenamiento de granos y otros negocios, lo que significó que esos mismos legisladores ahora tuvieran un enorme poder para beneficiar a algunos intereses a expensas de otros. El Presidente del Tribunal Supremo, Morrison Waite, escribió en opinión de la mayoría:

La propiedad se viste realmente de interés público cuando se usa de manera pública para convertirse en una consecuencia pública, y cuando afecta a la comunidad en su conjunto¹⁷.

De esta manera, comenzó una nueva etapa de lo que se llegó a conocer como “búsqueda de rentas”, buscar el propio beneficio a expensas de otros a través de los medios de acción política. Los agricultores buscaron beneficios a expensas de los trenes, los trenes buscaron beneficios a expensas de los competidores, los fabricantes buscaron beneficios a expensas de los consumidores, y así sucesivamente. Durante la llamada Era Progresista, el estado de transferencia floreció en el continente americano.

El colapso económico de la Gran Depresión vino como consecuencia de las desastrosas decisiones de la Junta de la Reserva Federal y de la posterior acumulación de una mala política tras otra, que incluyó el arancel Smoot Hawley que destruyó el comercio, lo que desencadenó una ola de proteccionismo que se extendió por el mundo y dio lugar a un colapso del comercio internacional. Esa experiencia llevó a muchas personas a culpar de la gravedad y duración de la Depresión no a las políticas intervencionistas destructivas, sino a que esas políticas no eran lo *suficientemente* intervencionistas. Durante la elección presidencial de 1932, el presidente republicano Herbert Hoover hizo alarde de la forma en que había aumentado el intervencionismo para hacer frente a las consecuencias de las intervenciones anteriores:

Teníamos dos caminos posibles por delante. Podríamos no haber hecho nada. Eso habría sido la ruina total. En su lugar, le hicimos frente a la situación con propuestas, a las empresas privadas y al Congreso, acerca del programa más gigantesco de defensa y contraataque económico que jamás se haya desarrollado en la historia de la República. Pusimos ese programa en acción¹⁸.

17 94 US 126 (1877), citado en Douglass C. North, Terry L. Anderson y Peter J. Hill, *Growth & Welfare in the American Past: A New Economic History*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1983, pág. 146.

18 Herbert Hoover, “Address Accepting the Republican Presidential Nomination”, 11 de agosto

Hoover prometió más intervencionismo si llegaba a ser reelegido. Franklin Roosevelt hizo campaña para presidente frente al gobierno fuertemente intervencionista de Hoover. Roosevelt prometió abolir la desastrosa política de prohibición del alcohol (lo que probablemente fue tan importante como cualquier otra cosa para asegurar su elección), y denunció con vehemencia el gasto excesivo de Hoover:

Acuso al gobierno actual de ser la administración de mayor gasto en tiempos de paz de toda nuestra historia. Se trata de un gobierno que acumuló oficina sobre oficina, comisión sobre comisión, y no ha podido prever las necesidades extremas y la reducción de la capacidad de obtener ingresos. Los burós y los burócratas, las comisiones y los comisionados se han mantenido a expensas del contribuyente¹⁹.

A pesar de la campaña contra las políticas intervencionistas de Hoover, el nuevo gobierno de Roosevelt se movió rápidamente para adoptar, continuar y adaptar las políticas de la administración Hoover y convertirlas en lo que se conoció como el Nuevo Trato, una serie incoherente de intervenciones en los procesos económicos que sostuvieron la más larga depresión en la historia de Estados Unidos²⁰.

Gran parte de ese programa, heredado de Hoover y ampliado por Roosevelt, incluyó acciones para mantener el ajuste de los precios a la baja (que era la respuesta normal ante la enorme reducción de la Reserva Federal en la oferta de dinero); esas medidas incluyeron, entre otras cosas, la destrucción de grandes cantidades de alimentos y la creación de un sistema de subsidios agrícolas perjudiciales que siguen siendo un pilar del Estado de Bienestar estadounidense; la creación de proyectos de obras públicas masivos, que retrasó el ajuste económico y prolongó

de 1932, www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=23198&st=&st1=#axzz1rUPy15Ew. Véase también Murray N. Rothbard, “Herbert Hoover and the Myth of Laissez-Faire”, en Ronald Radosh y Murray N. Rothbard, eds., *A New History of Leviathan*, E. P. Dutton & Co., Nueva York, 1972, págs. 111–145.

19 Franklin D. Roosevelt, “Campaign Address on Agriculture and Tariffs”, *The public papers and addresses of Franklin D. Roosevelt. Volume one, The genesis of the New Deal, 1928–1932*, Random House, Nueva York, 1938, pág. 742.

20 Véase Amity Shlaes, *The Forgotten Man: A New History of the Great Depression*, Harper, Nueva York, 2007; Douglas A. Irwin, *Peddling Protectionism: Smoot-Hawley and the Great Depression*, Princeton University Press, Princeton, 2011; y Gene Smiley, *Rethinking the Great Depression*, Ivan R. Dee, Chicago, 2002.

la depresión; y el establecimiento del sistema de “Seguridad Social” de impuestos forzosos destinados a la jubilación, según el modelo del sistema alemán, que encubría la mitad del impuesto al trabajo llamándolo “aporte del empleador”. El establecimiento de programas de ayuda social masivos (a menudo promovidos en nombre de “los pobres”, pero que en realidad abarcan a cada vez más sectores de la población hasta que se vuelven universales) es lo que caracteriza el Estado de Bienestar moderno, y las similitudes del sistema estadounidense con la evolución de Europa son, por cierto, sorprendentes²¹.

Muchos estadounidenses no saben que viven en un Estado de Bienestar, porque se les ha enseñado a identificar el término “bienestar” exclusivamente con programas gubernamentales orientados a la transferencia de ingresos a los pobres, sin darse cuenta de que todos pagan impuestos para la Seguridad Social, Medicare y muchos otros programas de ayuda social enormes (y en bancarrota) que atrapan a todos en el Estado de Bienestar. Por otra parte, aunque los estadounidenses negros son una minoría en lo que refiere a receptores de programas de asistencia social “condicionados al nivel de recursos”, la mayoría de los estadounidenses asocia la asistencia social casi exclusivamente con la pobreza y los negros, debido principalmente a la introducción de programas contraproducentes como el de la “Guerra contra la pobreza” y el de la “Gran Sociedad”, iniciados en la década de 1960 por el gobierno de Estados Unidos. El resultado no fue exactamente lo que se prometió, ya que la proliferación y expansión de los programas dirigidos a los pobres, y lo más importante, a los estadounidenses negros, dio lugar al colapso social, al vaciamiento de las ciudades estadounidenses, al debilitamiento de las organizaciones de voluntarios de la sociedad civil, a la destrucción de la familia biparental, al aumento de los índices de criminalidad y a niveles de desempleo sin precedentes entre los jóvenes.

21 Para consultar un análisis de las similitudes (en combinación con reiteradas declaraciones sobre las claras diferencias), véase John A. Garraty, “The New Deal, National Socialism, and the Great Depression”, *The American Historical Review*, Vol. 78, N.º 4 (octubre de 1973), págs. 907–94; y Wolfgang Schivelbusch, *Three New Deals: Reflections on Roosevelt's America, Mussolini's Italy, and Hitler's Germany, 1933–1939*, Henry Holt & Co., Nueva York, 2006. Mussolini, de hecho, en 1934 se mostraba bastante favorable al Nuevo Trato: “El experimento estadounidense debe ser seguido muy de cerca. En Estados Unidos, la intervención del Gobierno en los negocios es directa y, algunas veces, adopta una forma parentoria. Los códigos no son más que contratos colectivos, que el Presidente exige que sean aceptados por ambos partidos. Debemos esperar antes de emitir un juicio de valor sobre ese experimento”. Benito Mussolini, “Speech in the Senate on the Bill Establishing the Corporations”, 13 de enero de 1934, en Benito Mussolini, *The Doctrine of Fascism*, Ardita, Roma, 1935, reproducido en Nueva York, Howard Fertig, 2006, pág. 69.

La socióloga Frances Fox Piven señaló que la “Guerra contra la pobreza” y la “Gran Sociedad” tuvieron su origen en los detalles de la lucha política partidista estadounidense. En la década de 1950, los votantes negros comenzaron a volverse cada vez más importantes para la contienda electoral nacional. El candidato presidencial republicano Dwight Eisenhower había obtenido el 21 por ciento de los votos emitidos por votantes negros en 1952, y ese porcentaje había aumentado a 39 por ciento en 1956. Richard Nixon obtuvo el 32 por ciento de los votos emitidos por votantes negros en 1960²². Según observó Piven:

Para 1960, los demócratas sintieron que el voto negro, particularmente en las ciudades, se había convertido en algo fundamental para ganar las elecciones presidenciales. (La historia de cómo Kennedy captó Illinois por apenas 8.000 votos, que fue el resultado de las aplastantes mayorías en los barrios negros del lado sur de Chicago, se fijó con rapidez en la tradición democrática.) Aun así los negros no se habían incorporado a los partidos políticos urbanos ni las agencias de los gobiernos municipales les otorgaban una cuota de protección, poder y servicios acordes con su cantidad de votos. Para remediar este desequilibrio, los gobiernos de Kennedy-Johnson desarrollaron gradualmente un enfoque de dos vías: en primer lugar, crearon una serie de nuevos programas dirigidos a zonas pobres y barrios marginales, dejando de lado a los gobiernos estatales y locales; en segundo lugar, fomentaron diversas tácticas para presionar a las agencias municipales para que prestasen más servicios a los negros²³.

La clave del éxito de esta estrategia fue evitar niveles de gobierno que estaban dominados por grupos que veían a los votantes negros estadounidenses como amenazas a sus sistemas de amparo, en particular los gobiernos estatales, que, cuando estaban a cargo de los demócratas, solían ser explícitamente hostiles hacia los votantes negros (sobre todo en los estados del sur que, en ese entonces, estaban controlados por el Partido Demócrata); y los gobiernos urbanos del norte, que a menudo estaban a cargo de coaliciones de demócratas de la “etnia blanca” (polacos, italianos, eslovacos, etc.) que no estaban dispuestos a compartir los despojos del amparo y el poder político con los negros. Por lo tanto, “el gobierno

22 De Hanes Walton, *Invisible Politics: Black Political Behavior*, State University of New York Press, Albany, 1985, pág. 123.

23 Frances Fox Piven, “The Great Society as Political Strategy”, en Richard A. Cloward y Frances Fox Piven, *The Politics of Turmoil: Poverty, Race, and the Urban Crisis*, Vintage Books, Nueva York, 1975, págs. 271–83, págs. 271–72.

federal tuvo que tomar una iniciativa única. Debió establecer una relación directa entre el gobierno nacional y los barrios marginales, una relación en la que se ignoraron tanto a los gobiernos estatales como a los locales... Si los fondos se hubieran canalizado a través de líderes políticos locales de la etnia blanca, probablemente nunca habrían llegado al barrio marginal”²⁴.

La prueba de la naturaleza política estratégica de la “Gran Sociedad” fue que los republicanos, cuando accedieron al poder, simplemente trabajaron para cambiar los beneficios sociales para sus electores. Las sumas de dinero que se habían canalizado directamente hacia los barrios negros se transformaron en “subvenciones en bloque” para ser administradas por gobiernos estatales (en la mayoría de los casos, controlados ya sea por demócratas o republicanos blancos) y se crearon nuevas formas de amparo para satisfacer sus agendas políticas, porque, según señaló Piven, tales acciones “no se están realizando porque la política republicana se basa en una formulación más clara de la naturaleza de nuestros problemas internos, como plantearían [Daniel Patrick] Moynihan y otros críticos, sino simplemente porque las propuestas republicanas están diseñadas para hacer frente a diferentes imperativos políticos”²⁵.

Los “programas contra la pobreza” del Estado de Bienestar estadounidense no solo aseguraron un importante bloque de votantes para uno de los partidos (y, por lo tanto, polarizaron muchísimo la política partidista estadounidense en función de la raza), sino que también tuvieron enormes consecuencias para el bienestar económico de millones de personas. Mientras escribo este ensayo, los índices de desempleo entre los jóvenes negros ascienden casi duplican los índices de los jóvenes blancos y asiáticos, y son un 50 por ciento más elevados que entre los jóvenes hispanos²⁶. Los índices de desempleo entre los jóvenes negros habían sido comparables a los índices de desempleo entre blancos, y a menudo menores, hasta que se iniciaron los programas de la Gran Sociedad, cuando las cifras comenzaron a distanciarse²⁷. El índice de pobreza en Estados Unidos, que había venido cayendo abruptamente en las décadas de 1940, 1950 e incluso 1960, dejó de caer en la década de 1970 cuando se afianzaron los programas de la Gran Sociedad, y comenzó a subir ligeramente a medida que el índice de participación en la fuerza

24 Ibid., págs. 276-77.

25 Ibid., págs. 283.

26 <http://bls.gov/news.release/youth.t01.htm>.

27 Walter E. Williams, *Race and Economics: How Much Can Be Blamed on Discrimination?*, Hoover Institution Press, Stanford, 2011, págs. 41-43.

laboral de los varones afroamericanos jóvenes caía sustancialmente²⁸. Debido a las fallas visibles de la “guerra contra la pobreza”, muchos estadounidenses, independientemente de su raza, asociaban “bienestar” con programas dirigidos a las poblaciones negras de las áreas urbanas pobres. De hecho, el dinero dedicado a programas dirigidos a los pobres o a las minorías es solo una fracción del total controlado y asignado por el Estado de Bienestar estadounidense. En todo caso, buena parte del dinero utilizado en la “Guerra contra la pobreza” es consumido por la burocracia en sí misma. “Con una alarmante uniformidad”, escribió Daniel Patrick Moynihan en 1973, “los profesionales de clase media —cualquiera sea su origen racial o étnico— cuando se les pide idear formas de mejorar la condición de los grupos de clase baja, presentan planes cuyo primer efecto sería mejorar la condición de los profesionales de clase media, y cuyo segundo efecto podría o no ser mejorar la condición de los pobres”²⁹. De acuerdo con Richard A. Cloward y Frances Fox Piven: “Las burocracias del Estado de Bienestar se legislaron en nombre de los pobres, pero los pobres no eran su verdadera clientela. Los organismos públicos, de hecho, estaban orientados hacia otros grupos mucho más poderosos que podían proporcionarles la legitimación y el apoyo político que las burocracias públicas necesitan para su supervivencia y expansión”³⁰.

El Estado de Bienestar no es una mera colección de programas de transferencia de ingresos discretos y desconectados; es una *estrategia política* coherente que acarrea restricciones perjudiciales para la capacidad de los pobres de mejorar su

28 Charles Murray, *Losing Ground: American Social Policy, 1950–1980*, Basic Books, Nueva York, 1984, introducción a la edición del décimo aniversario en 1994, pág. xviii.

29 Daniel P. Moynihan, *The Politics of a Guaranteed Income*, Vintage Books, Nueva York, 1973, pág. 54. El economista Walter E. Williams señaló en 1980: “Resulta que si computáramos todos los gastos anuales federales, estatales y locales que están justificados sobre la base de la lucha contra algunos aspectos de la pobreza, descubriríamos que se gastan más de US\$250.000 millones en estos programas. Se deduce que si simplemente entregásemos ese dinero a los pobres, una familia pobre de cada cuatro recibiría alrededor de US\$40.000 al año. Estas familias no reciben ese dinero. La mayor parte va a personas que no son pobres, burócratas y profesionales que cobran por atender a los pobres. Es como alimentar a los caballos para que los gorriones también puedan alimentarse”. Walter E. Williams, “The Poor as First Victims of the Welfare State”, *Imprimis*, Vol. 9, N.º 7, julio de 1980, pág. 6. El libro de Williams *The State Against Blacks* (McGraw-Hill, Nueva York, 1982) presentó una acusación convincente y bien documentada de todo el sistema de intervencionismo igualmente perjudicial para quienes presuntamente recibían la ayuda del Estado de Bienestar. Algunos de los datos han sido actualizados en su libro *Race and Economics: How Much Can Be Blamed on Discrimination?*

30 Richard A. Cloward y Frances Fox Piven, *The Politics of Turmoil*, pág. 4.

suerte (para evitar que los grupos privilegiados tengan que competir con ellos), junto con subsidios de renta para compensar parcialmente a los pobres por esos graves perjuicios. Los políticos, que se presentan a sí mismos como amigos de los pobres cuando les entregan subsidios alimentarios, son los mismos que votan para mantener los precios de los alimentos elevados imponiendo precios mínimos obligatorios; los mismos políticos que imponen restricciones de ingreso al mercado laboral a través de licencias y desvalorizan a los trabajadores no calificados a través de leyes de salario mínimo, y que después ofrecen pagos de ingresos a aquellos que expulsaron del mercado laboral mediante sus políticas. Walter Williams señaló:

La ley del salario mínimo y otras restricciones al mercado laboral realmente reducen las oportunidades de empleo y, por lo tanto, los ingresos de quienes fueron desplazados del mercado. Este hecho sugiere que, como parte de tales estrategias restrictivas sindicales, debe haber una estrategia política que reclame diversos tipos de programas de mantenimiento que proporcionen ingresos a los desempleados como consecuencia del cierre de los mercados: si la alternativa a no trabajar fuera el hambre, se presentaría un clima socialmente volátil. Por lo tanto, es muy probable que los sindicatos lideren el apoyo a los programas de subsidios de renta (por ejemplo, cupones de alimentos, asistencia social, el programa de reclutamiento laboral Job Corps, proyectos de empleo en la administración pública y varios tipos de programas de compensación laboral) que representan una redistribución de los ingresos de la sociedad en general hacia aquellos que tienen restringido el mercado de trabajo en primer lugar. *Disfrazan* los verdaderos efectos de las restricciones de acceso al mercado causadas por los sindicatos y otros agentes económicos lanzando unas pocas migajas a aquellos a quienes se les negó el trabajo con el fin de mantenerlos en silencio, creando, de este modo, una clase de bienestar permanente³¹.

El Estado de Bienestar fue, es y seguirá siendo, en el fondo, una estrategia política para controlar a las personas; no para proporcionarles un mayor bienestar, sino para manipularlas como electores políticos, en una nueva versión de la antigua relación de “patrones” y “clientes”. No se manipula solo a los elementos más pobres de la población, sino a todo el mundo.

El politólogo Edward Tufte, en su libro *Political Control of the Economy*, de-

31 Walter E. Williams, *Black America and Organized Labor: A Fair Deal?*, Lincoln Institute for Research and Education, Washington, DC, 1980, pág. 25.

mostró de qué manera se manipulan sistemáticamente los pagos de transferencia, principalmente entre las clases medias, según el ritmo fijado por los cronogramas de elecciones, de manera que se refuerzen los “ciclos económico-electorales”, es decir, subas y bajas electoralmente sincronizadas, ya que los gobiernos cronometran los pagos de transferencia para maximizar el ingreso disponible justo antes de las elecciones, lo que tiende a reforzar el apoyo de los votantes al partido gobernante.

El ciclo económico-electoral genera una economía tambaleante y de marchas y contramarchas en todo el mundo. Los gobiernos pierden el tiempo con los pagos de transferencia, haciéndoles una juguete al sistema de seguridad social y al impuesto salarial en el año de elecciones. Existe un prejuicio contra las políticas con beneficios inmediatos muy visibles y costos diferidos ocultos: políticos miopes para votantes miopes. Los intereses especiales inducen a los políticos que forman coaliciones a imponer pequeños costos sobre muchos para obtener grandes beneficios para unos pocos. El resultado es la inestabilidad económica y la ineficiencia³².

El sistema de amparo y clientelismo conocido como Estado de Bienestar finalmente se ha topado con algo que, en última instancia, no puede ser manipulado: *la aritmética*.

Todas las obligaciones gubernamentales, principalmente la jubilación estatal, la salud y otros programas del Estado de Bienestar, alcanzaron niveles insostenibles. Es muy evidente en las calles de Atenas, en las cuales multitudes de manifestantes “opositores al gobierno”, compuestos casi en su totalidad por empleados públicos, arrojaron bombas molotov a otros empleados gubernamentales, es decir, a la policía. Es visible en Estados Unidos, en donde los últimos dos gobiernos sumaron más deuda que todos los gobiernos anteriores de la historia estadounidense, no solo para financiar sus intervenciones y presencia militar global, sino incluso para pagar pasivos sin límite en el marco de la “Ley de Modernización, Mejora y Medicamentos Recetados de Medicare” del presidente Bush y la “Ley de Protección al Paciente y Cuidado de Salud Accesible” del presidente Obama (también conocida como “Obamacare”). Solo la insensatez del presidente Bush añadió entre US\$17 y US\$18 billones al desequilibrio presupuestario³³. Los pasivos no financiados de

32 Edward Tufte, *Political Control of the Economy*, Princeton University Press, Princeton, 1978, pág. 143.

33 Citado en el testimonio del académico titular del Cato Institute Jagadeesh Gokhale ante la

la insensatez del presidente Obama, si se aplicaran, son más difíciles de calcular debido a las incertidumbres sobre su implementación, pero han sido cuidadosamente estimados en una suma adicional de US\$17 billones durante un horizonte de tiempo de setenta y cinco años, basado en cálculos y métodos de la Oficina del Actuario de los Centros de Servicios Medicare y Medicaid³⁴. En 2008 el presidente de la Reserva Federal de Dallas, Richard Fisher, describió “la matemática de Medicare”, el programa médico del gobierno de Estados Unidos, en términos contundentes:

El programa se divide en tres partes: Medicare Parte A, que cubre internaciones hospitalarias; Medicare B, que cubre visitas al consultorio médico; y Medicare D, el beneficio en medicamentos que entró en vigencia hace apenas 29 meses. El valor actual de horizonte ilimitado descontado del pasivo no financiado para Medicare A es de US\$34,4 billones. El pasivo no financiado de Medicare B representa un adicional de US\$34 billones. El déficit para Medicare D añade otros US\$17,2 billones. ¿El total? Si hoy deseáramos cubrir el pasivo no financiado de los tres programas, quedaríamos atascados en una factura de US\$85,6 billones. Esta cifra es más de seis veces superior a los gastos para la Seguridad Social. Es más de seis veces la producción anual de toda la economía de Estados Unidos³⁵.

Esas obligaciones serán repudiadas porque no existe suficiente riqueza para pagarlas. Pueden ser repudiadas a través de la inflación, lo que significa que la carga caería en forma desproporcionada sobre los pobres y los menos favorecidos, y sería a expensas de distorsiones y desplazamientos en las economías del mundo; o pueden ser repudiadas simplemente no pagándolas; o pueden ser repudiadas “manipulando las reglas” para descalificar a ciertos grupos o categorías con el fin de que no reciban los beneficios prometidos. Las deudas oficiales de los Estados

Comisión de Seguridad Nacional y Asuntos Gubernamentales, Subcomité de Administración Financiera Federal, Información del Gobierno y Seguridad Internacional, 109.^º Congreso, 1ra. sesión, el 22 de setiembre de 2005, www.hsgac.senate.gov/download/092205gokhale. Véase también CEO de la Reserva Federal de Dallas Richard Fisher, “Storms on the Horizon: Remarks before the Commonwealth Club of California”, www.dallasfed.org/news/speeches/fisher/2008/fs080528.cfm.

34 “President’s Health ‘Reform’ Grows Unfunded Obligations By \$17 Trillion”, <http://budget.senate.gov/republican/public/index.cfm/2012/3/president-s-health-reform-grows-unfunded-obligations-by-17-trillion>.

35 Richard Fisher, “Storms on the Horizon”.

de Bienestar del mundo ya alcanzaron niveles muy elevados, pero los desequilibrios presupuestarios, cuando se calculan incluyendo la totalidad de los pasivos no financiados —las promesas de proporcionar beneficios en el futuro, para las cuales no hay ingresos disponibles— eclipsan esas deudas reconocidas oficialmente. Las deudas no se pagarán y las promesas no podrán cumplirse. Cada vez más, las personas —y muy especialmente los jóvenes— necesitan comenzar a pensar en alternativas al Estado de Bienestar.

Antes del Estado de Bienestar... Y después

Los políticos adoran señalar lo que ocurrió después de que ellos instituyeron una política. “Miren”, nos dicen, “desde que introdujimos nuestra ley contra daños y perjuicios, bajó el nivel de daños y perjuicios”, y así asumen todo el crédito por las mejoras posteriores a la implementación de la nueva ley. Para probar sus afirmaciones, es recomendable mirar las tendencias *antes* de la aprobación de la ley. Si ya existía una tendencia a la baja, tal vez con un ángulo incluso más pronunciado, se debilita la credibilidad acerca de que la nueva ley fuera la responsable de las mejoras posteriores³⁶. El análisis de la línea de tendencia es una forma útil de comprobar si las políticas han mejorado las condiciones. ¿Qué estaba sucediendo antes de que se implementara la política? Tal vez exista otra cosa que explique las mejoras.

Los defensores del Estado de Bienestar quieren que creamos que antes del Estado de Bienestar, no había ninguna previsión para los necesitados, ni asistencia médica, ni educación, ni previsión para la vejez: “no había bienestar”. Esto no es así. De hecho, en muchos casos, el Estado de Bienestar sencillamente se apoderó de las instituciones y de los acuerdos que se habían creado con asociaciones voluntarias y luego procedió a reclamar el crédito para sí.

En el caso de las instituciones de beneficencia, antes de su desplazamiento por parte del Estado de Bienestar, hubo una proliferación notable de instituciones voluntarias para ayudar a las personas a hacer frente a los problemas cotidianos, desde atender la necesidad de atención médica durante los momentos de infortunio hasta tender una mano amiga ante los golpes de la vida. Los historiadores han documentado la extraordinaria historia de las “sociedades de socorros mutuos” que proporcionaban esa “ayuda mutua” antes de que el Estado de Bienestar las aplastara. Estas sociedades proporcionaban solidaridad social, seguros contra fa-

36 La prueba de la línea de tendencia se explica en Charles Murray, *What It Means to Be a Libertarian: A Personal Interpretation*, Broadway Books, Nueva York, 1997, págs. 47–56.

talidades, apoyo moral y mucho más, todo ello de forma voluntaria. En el caso de Gran Bretaña, de acuerdo con el historiador Simon Cordery:

Estas organizaciones de autoayuda colectiva proporcionaban a los trabajadores la seguridad del seguro mutuo junto con las oportunidades de la solidaridad normal, basada en rituales. Estas organizaciones constituyeron el conjunto más grande de asociaciones voluntarias en Gran Bretaña, que llegó a tener cerca de seis millones de miembros —el equivalente a la mitad de todos los hombres adultos— en 1904³⁷.

Muy pocas personas están al tanto de que las sociedades de socorros mutuos, las cuales están documentadas en otros capítulos de este libro, tenían más miembros que los sindicatos, que estaban mucho más documentados en las crónicas; contaban con mucho más apoyo que los movimientos socialistas que ocuparon el poder en tantos países; y poseían sistemas muy superiores de prestación de servicios sociales y garantía de la dignidad de los trabajadores³⁸.

El estado imperial socialista de Bismarck usó la fuerza para obligar a los trabajadores alemanes a pagar el “seguro”, mientras que Gran Bretaña, más liberal, descansaba en el voluntariado. Según observó el historiador E. P. Hennock:

En Prusia, y seguidamente en el Imperio Alemán, el seguro era obligatorio para categorías específicas de la población. En Inglaterra y Gales, el Jefe del Registro Civil intentó, con escaso éxito, controlar la acción de una multitud de organismos voluntarios. Sin embargo, en la década de 1870, el seguro voluntario bajo las condiciones sociales y culturales de Inglaterra se había insertado

37 Simon Cordery, *British Friendly Societies, 1750–1914*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003, pág. 1.

38 Véase David Beito, *From Mutual Aid to the Welfare State: Fraternal Societies and Social Services, 1890–1967*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000; David Green, *Working Class Patients and the Medical Establishment*, St. Martin’s Press, Nueva York, 1985; Nicolas Marques, “Le monopole de la sécurité sociale face à l’histoire des premières protections sociales”, *Journal des Économistes et des Études Humaines*, vol. X n.º 2, sept-oct. 2000, www.euro92.com/acrob/marques%20mutuelles.pdf; David G. Green y Lawrence Cromwell, *Mutual Aid or Welfare State: Australia’s Friendly Societies*, Allen & Unwin, Sídney, 1984; David Green, *Reinventing Civil Society: The Rediscovery of Welfare Without Politics*, Institute of Economic Affairs, Londres, 2000; Anton Howes, “Friendly Societies, the State and the Medical Profession in Great Britain 1900–1939”, tesis no publicada, King’s College, Londres, 2012.

en la población más plenamente que la obligatoriedad selectiva local en Prusia. Para principios de la década de 1890, después de haber introducido la obligatoriedad en todo el Imperio [alemán], el sistema voluntario todavía estaba insertado en la sociedad inglesa al menos con la misma intensidad. Pero una vez que la obligatoriedad a nivel nacional estuvo en vigencia el tiempo suficiente para generar confianza política en su funcionamiento, su expansión se aceleró y produjo resultados muy superiores a todo lo logrado por medios voluntarios. La ventaja de la obligatoriedad administrada en forma burocrática yacía en procedimientos que, de manera políticamente aceptable, podrían imponerse progresivamente sobre segmentos adicionales de la población³⁹.

¿Cuán valioso era un supuesto incremento en la velocidad de ampliación de la cobertura cuando esto significaba sustituir la autonomía de los trabajadores por un gobierno burocrático que eliminó o atenuó drásticamente la competencia entre los proveedores de servicios?

Además, según Hennock señala con dureza en otra parte del texto, el sistema del Imperio Alemán se estableció sobre la base de un sistema “de reparto” insostenible desde el principio. En referencia al sistema corporativo obligatorio conocido como “*Berufsgenossenschaften*” (asociaciones profesionales) al que fueron asignados los trabajadores y por el cual fueron obligados a pagar por su seguro, Hennock observa que Bismarck “descubrió que las *Berufsgenossenschaft* completamente inclusivas no tendrían necesidad de acumular reservas de capital para cubrir sus obligaciones futuras. Al igual que las instituciones estatales normales, podían operar basándose en el principio de reparto, cumpliendo sus obligaciones cada año con el aumento del aporte necesario de sus miembros en el año siguiente. Puesto que los pasivos se acumulaban solo gradualmente, este acuerdo reducía los costos en los primeros años y lograba que los niveles propuestos de compensación fuesen viables después de todo. Si bien esto se logaría a costa de acumular problemas para el futuro, permitía que cualquier reflexión sobre las subvenciones estatales se pospusiera por el momento”⁴⁰.

En otras palabras, los políticos descubrieron que podían seguir posponiendo

39 E. P. Hennock, *The Origin of the Welfare State in England and Germany, 1850–1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, pág. 176. Hennock parece no entender (al igual que muchos de esa época) que las denominadas “contribuciones del empleador” provenían en su totalidad del paquete de pago del trabajador y no representaban una transferencia de los empleadores a los empleados, sino una mera reducción del sueldo de bolsillo de estos últimos.

40 Ibid., pág. 92.

el problema porque no tenían que tratar con personas libres de tomar sus propias e informadas decisiones, basándose en los precios y otros indicadores actuales, sobre las obligaciones y responsabilidades futuras. El socialismo de Estado de Bismarck reemplazó la preocupación responsable por el futuro con el cortoplacismo, por el oportunismo, mediante el sistema de reparto de aplazamiento de los problemas para las generaciones futuras. Este sistema debilitó en gran medida las asociaciones de voluntarios que habían sido uno de los pilares de la sociedad alemana anteriormente, y, cuando se exportó a Gran Bretaña y otros países, tuvo los mismos efectos allí también. No se trataba de que antes del Estado de Bienestar no hubiera nada. Había algo mejor, pero fue destruido por el Estado.

De manera similar, los servicios educativos provistos de manera voluntaria ya habían difundido la alfabetización antes de que el Estado los hiciera a un lado y empezara a revertirse la tendencia. El historiador especializado en educación E. G. West observó que “cuando el gobierno hizo su debut en la educación en 1833, principalmente en la función de subvencionador, fue como si saltara sobre la montura de un caballo que ya estaba galopando”⁴¹. Según documentó, en repetidas ocasiones, el académico especializado en educación James Tooley, los estados actualmente reclaman, casi en forma universal, que se imparta de educación a los alumnos, pero con frecuencia uno busca en vano la supuesta educación impartida de forma “gratuita y obligatoria”. Cuando la solución estatal de ofrecer educación “gratuita y obligatoria” falla, la provisión voluntaria funciona hasta para los más pobres entre los pobres, según documentó Tooley en sus estudios y en su libro *The Beautiful Tree: A Personal Journal into How the World’s Poorest Are Educating Themselves*⁴².

41 Citado en James Bartholomew, *The Welfare State We're In*, Politico's, Londres, 2004, pág. 153. El libro de Bartholomew demuestra, en forma admirable, cómo el Estado de Bienestar ha recibido el crédito por avances que se debieron a otras causas y documenta los efectos negativos del Estado de Bienestar como el deterioro del civismo y el ascenso de la dependencia, la criminalidad y otras patologías de la sociedad moderna. Los libros de West lideraron el estudio de la educación sin el Estado. Un breve ensayo sobre el tema: “The Spread of Education Before Compulsion: Britain and America in the Nineteenth Century”, se puede encontrar en *The Freeman*, Vol. 46, Número 7, julio de 1996, www.thefreemanonline.org/featured/the-spread-of-education-before-compulsion-britain-and-america-in-the-nineteenth-century/. Para consultar un estudio sobre los problemas relacionados, véase James Tooley, *Education Without the State*, Institute of Economic Affairs, Londres, 1998, esp. capítulo 3, “The Secret History of Education Without the State”. www.iea.org.uk/sites/default/files/publications/files/upldbook56pdf.pdf.

42 James Tooley, *The Beautiful Tree: A Personal Journal into How the World’s Poorest Are Educating Themselves*, Cato Institute, Washington, DC, 2009.

Las instituciones voluntarias de la sociedad civil que proporcionaban servicios sociales, atención médica y educación fueron, en algunos casos, blanco de destrucción deliberada, y, en otros, simplemente consideradas superfluas. Las asociaciones voluntarias de trabajadores que se involucraban en la solución de sus propios problemas fueron un impedimento importante para varios partidos y causas estatistas. “La gran mayoría de nosotros tiene una creencia sólida y consolidada en el principio del voluntarismo en oposición al de la obligatoriedad estatal”, proclamaba un escritor en una edición de 1909 de la revista *Oddfellows*⁴³. Las sociedades de socorro mutuo de Alemania y Gran Bretaña fueron objeto de destrucción precisamente porque fomentaron la independencia, en lugar del colectivismo, entre las masas de la población. Las asociaciones voluntarias de la sociedad civil se atrofiaron en Estados Unidos a medida que el Estado reafirmaba políticas diseñadas para crear distritos electorales y dependencia. Las personas de todo el mundo se habituaron a recurrir al Estado para resolver sus problemas, en lugar de preguntarse de qué manera podían mejorar su situación trabajando pacíficamente con otras personas.

Podemos desmantelar el Estado de Bienestar y evitar los efectos catastróficos de su colapso. Si Grecia no constituyó una advertencia suficiente, el destino de la República de Weimar debería concentrar nuestra atención en la necesidad de lidiar con el daño impuesto a la sociedad por los Estados de Bienestar. Podemos evitar una catástrofe y sustituir el Estado de Bienestar por instituciones que son más justas, más equitativas, más eficientes y más útiles para aquellos que padecen necesidades.

La tarea de crear transiciones pacíficas y ordenadas de la dependencia inducida por el Estado, por una parte, a la libertad y la independencia, por el otro; de la pobreza perpetuada a la movilidad ascendente; y del clientelismo a la ciudadanía activa recae sobre la generación que está llegando a la adulterez en la actualidad. Sus mayores les fallaron. Depende de ellos expresar, a través de la participación sistemática y constructiva en el debate público y de la formación política, su ira justificada contra el despilfarro, la irresponsabilidad y la imprudencia de sus mayores, que pensaron que dejar el problema para el futuro lo haría desaparecer. Ahora estamos en ese futuro, y esta generación no puede posponer más el problema. Es el final del camino para el Estado de Bienestar.

43 *Oddfellows' Magazine*, N.º 414, junio de 1909, citado en Simon Cordery, *British Friendly Societies, 1750–1914*, pág. 155.

Después del Estado de Bienestar

El Estado de Bienestar está en crisis. Las promesas hechas en su nombre son una mezcla de ilusión y mentiras absolutas. Surgió como mecanismo de poder; desplazó, descartó y aplastó las instituciones voluntarias y participativas; debilitó y atomizó a las sociedades y recortó la responsabilidad personal; sustituyó la independencia y los derechos por dependencia y amparo. Al usurparle a los ciudadanos la responsabilidad por su propio bienestar, los convirtió en clientes, vasallos, sujetos, suplicantes.

La ideología del Estado de Bienestar radica en la confusión entre procesos y resultados. Los defensores del Estado de Bienestar afirman que apuntan a resultados nobles, pero prestan poca o ninguna atención a los procesos mediante los cuales desean alcanzarlos. Incluso algunos autoproclamados liberales, quienes habían trabajado para derribar los sistemas de poder y de sometimiento que habían oprimido a los hombres en el pasado, llegaron a creer que los resultados beneficiosos podían ser legislados. Herbert Spencer llamó al “liberalismo social” del estatismo de bienestar emergente de su época “el nuevo conservadurismo” porque, en su búsqueda de lo que consideraban fines liberales, estaban adoptando los métodos de los sistemas de control social conservadores y jerárquicos.

La obtención del bien popular, que antiguamente era el rasgo visible externo común a las medidas liberales (luego, según el caso, obtenido a través del relajamiento de las restricciones), resulta que ha sido buscado por los liberales, no como un fin para ser obtenido indirectamente mediante el relajamiento de las restricciones, sino como el fin que se puede obtener en forma directa. Y al tratar de obtenerlo en forma directa, han utilizado métodos que se oponían intrínsecamente a los utilizados en un principio⁴⁴.

De esta manera, el “liberalismo social” llegó a desviarse del liberalismo auténtico, que ahora suele denominarse “liberalismo clásico”. El foco de la reforma se convirtió no en principios, normas e instituciones, sino en intentos por lograr los resultados en forma directa a través del poder coercitivo. Los resultados muy rara vez están sujetos a elección. Normalmente, elegimos los medios (incluso las reglas y los procesos), no los resultados, con la esperanza de que esos medios arrojen los resultados deseados⁴⁵. Cuando los hacedores de políticas se olvidan de que los

44 Herbert Spencer, “The New Toryism” [1884], en Herbert Spencer, *Political Writings*, ed. por John Offer, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pág. 69.

medios importan —y, en el caso de la cooperación humana, de que los incentivos importan y que no hay varitas mágicas que puedan blandirse sobre el mundo para lograr los resultados—, podemos estar seguros de que habrá terribles consecuencias no deseadas tras la aplicación de las políticas que aquéllos nos imponen. No tarda en llegar el día —y en algunos países ya ha llegado— en que las consecuencias no deseadas de los Estados de Bienestar se conviertan en inconfundibles. Es hora de terminar con el show de magia, de levantar el telón y descubrir que los magos son simples políticos y burócratas, seres humanos normales como el resto de nosotros.

Quienes creen en el valor moral, la dignidad y los derechos de los seres humanos deben adoptar la posición del liberal clásico Benjamin Constant:

Ellos [quienes detentan la autoridad] están muy preparados para evitarnos toda clase de problemas, salvo los de obedecer y pagar. Nos dirán: ¿cuál es, en definitiva, la finalidad de sus esfuerzos, el motivo de su trabajo, el objeto de todas sus esperanzas? ¿No es la felicidad? Bueno, déjenos a nosotros esa felicidad y se la devolveremos. No, señores, no debemos dejársela a ellos. Sin importar cuán commovedor pueda ser tan amable compromiso, pidamos a las autoridades que se mantengan dentro de sus límites. Hagamos que se limiten a ser justos. Nosotros asumiremos la responsabilidad de ser felices por nosotros mismos⁴⁵.

Los Estados de Bienestar que hemos conocido están cayendo. Es hora de prepararse para lo que viene después. Si los líderes intelectuales y políticos insisten en más y más intervención estatal para resolver los problemas de la antigua intervención estatal, nuestras sociedades seguirán cayendo en el amiguismo, el autoritarismo populista y la amargura de aún más promesas rotas. Lo que se necesita es más libertad, más opciones, más comportamiento responsable y más atención a evitar la enorme injusticia de cargar obligaciones sobre los futuros contribuyentes para proporcionar beneficios a los actuales votantes. La fuerza no sustituye a la libertad, ni produce seguridad, ni felicidad, ni prosperidad, ni paz.

Es hora de prepararse para la libertad, la responsabilidad y la prosperidad que vienen después del *Estado de Bienestar*.

45 Véase también Mark Pennington, *Robust Political Economy: Classical Liberalism and the Future of Public Policy*, Edward Elgar, Cheltenham, 2011, para obtener una ampliación de la idea general de que los procesos, y no los resultados, son el objeto normal de la opción política.

46 Benjamin Constant, “The Liberty of the Ancients Compared with that of the Moderns” [1819], en Benjamin Constant, *Political Writings*, ed. por Biancamaria Fontana, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pág. 326.

La evolución del socorro mutuo

por David Green

La autoayuda y la caridad no son las únicas alternativas al Estado de Bienestar, como se ha afirmado con frecuencia. Las sociedades de ayuda mutua, ejemplificadas por las sociedades mutualistas descritas por el historiador y politólogo David Green, proporcionaban solidaridad, asistencia, beneficios médicos y otros beneficios sociales, así como un marco para la transmisión de valores morales. David Green es fundador y director de Civitas, un instituto para el estudio de la sociedad civil con sede en Londres. En sus libros, demuestra de qué manera la provisión del seguro de salud (iniciada en Gran Bretaña en 1911) y otros elementos de asistencia social por parte del Estados socavó las sociedades mutualistas. Green es el autor de numerosos libros, entre ellos, Working Class Patients and the Medical Establishment and Reinventing Civil Society: The Rediscovery of Welfare Without Politics (Londres: Civitas, 2000), del cual se extrajo este capítulo.

La mayoría de las crónicas históricas sobre la provisión de asistencia social tienden a equiparar la mejora en los servicios sociales con el crecimiento de la participación del gobierno. Con los años, el Estado de Bienestar llenó los espacios vacíos que supuestamente dejaba el mercado. Un análisis más detallado de la evidencia, sin embargo, demuestra que la realidad era muy diferente. Las personas necesitadas a causa de su incapacidad para ganar lo suficiente para abastecerse a sí mismas, ya fuese en forma temporal o permanente, recibían apoyo de una gran variedad de maneras. La familia y los vecinos desempeñaban su rol, pero, debido a que su ayuda era informal y no estaba documentada, los historiadores han tendido a subestimarla. La caridad también era importante, y en general se supone que la asistencia social organizada previa al Estado de Bienestar se dejaba a cargo de las organizaciones benéficas, pero el método organizado más importante para que

las personas satisficieran las necesidades de sus semejantes era, con mucho, la ayuda mutua. En Gran Bretaña, las sociedades mutualistas fueron las proveedoras más importantes de asistencia social durante el siglo XIX y principios del siglo XX¹.

Las sociedades mutualistas estaban autogobernadas por asociaciones de beneficios mutuos fundadas por trabajadores manuales para brindar ayuda en tiempos difíciles. Estas sociedades hacían una marcada distinción entre la filosofía que las impulsaba y la filantropía que era el pilar del trabajo benéfico. Las asociaciones de beneficios mutuos no estaban dirigidas por un grupo de personas con la intención de ayudar a otros grupos diferentes, sino que eran asociaciones de individuos que se comprometían a ayudarse unos a otros cuando surgiera la ocasión. Ninguna ayuda era una cuestión de generosidad, sino de derecho, ganado por las contribuciones regulares depositadas en el fondo común por parte de todos los miembros, y justificado por la obligación de hacer lo mismo para otros miembros si se presentaban dificultades. Comenzaron como clubes locales, que tenían un fondo común en un cofre de madera o una caja fuerte, pero el siglo XIX fue testigo de la evolución gradual de las federaciones nacionales con cientos de miles de miembros e inversiones cuidadosamente gestionadas.

Durante el siglo XIX y hasta principios del siglo XX, la mayoría de las familias sentía orgullo de autoabastecerse, pero los salarios eran tan modestos que si el sostén de la familia se enfermaba o fallecía, las penurias eran el resultado invariable. La filosofía forjada por esta dura realidad era la ayuda mutua. En los primeros años del siglo XX, las sociedades mutualistas tuvieron un largo historial de funcionamiento como clubes sociales y de beneficencia, y también ofrecían beneficios tales como: pago por enfermedad cuando el sostén de la familia era incapaz de llevar un salario al hogar debido a enfermedad, accidente o edad avanzada; asistencia médica, tanto para el afiliado como para su familia; una subvención por fallecimiento suficiente para ofrecer un funeral decente; y apoyo financiero y material para viudas y huérfanos de los miembros fallecidos. Los servicios médicos solían estar a cargo del médico de la logia o filial designada por el voto de los miembros, pero la mayoría de las ciudades grandes también tenía un instituto médico, que ofrecía los servicios que ahora prestan los centros de salud. Las sociedades también proporcionaban una red de apoyo para facilitar que los miembros pudieran viajar en busca de trabajo.

Entre las sociedades más antiguas, se encuentra la Incorporation of Carters (Corporación de Carreteros), fundada en 1555 en Leith, Escocia, pero no fue sino

1 Para obtener una comparación con las sociedades mutualistas australianas, véase David G. Green and Lawrence Cromwell, *Mutual Aid or Welfare State*.

hasta el siglo XVIII que la cantidad de sociedades aumentó rápidamente.

La membresía de las sociedades mutualistas creció de manera constante durante el siglo XVIII. Para 1801 un prestigioso estudio a cargo de Sir Frederic Eden estimó que había alrededor de 7.200 sociedades con alrededor de 648.000 miembros masculinos adultos, en una población total de alrededor de nueve millones. Esto puede compararse con una cifra que se basa en un informe sobre la Ley de Pobres del año 1803, cuando se estimó que había 9.672 sociedades con 704.350 miembros solo en Inglaterra y Gales².

Para la época en que el gobierno británico introdujo el seguro social obligatorio para doce millones de personas en virtud de la Ley Nacional de Seguros de 1911, al menos nueve millones ya tenían cobertura por parte de asociaciones voluntarias de seguros registradas y no registradas, que eran, principalmente, sociedades mutualistas. En 1910, el último año completo antes de la Ley de 1911, había 6,6 millones de miembros de sociedades mutualistas registradas, aparte de las que no estaban registradas. El índice de crecimiento de las sociedades mutualistas durante los treinta años anteriores se había ido acelerando³. En 1877, la membresía registrada había sido de 2,75 millones. Diez años más tarde, era de 3,6 millones, con un aumento promedio de 85.000 al año. En 1897, la membresía había llegado a 4,8 millones, habiendo sufrido un aumento promedio de 120.000 al año. Para 1910, la cifra había alcanzado los 6,6 millones, con un aumento a un ritmo anual promedio de 140.000 desde 1897.

Fue en el apogeo de su expansión que el Estado intervino y transformó a las sociedades mutualistas mediante la introducción de un seguro nacional obligatorio.

Orígenes

Al principio las sociedades eran reuniones locales de hombres que se conocían entre sí y que se reunían regularmente para socializar, por lo general en un bar. Todos los miembros pagaban una contribución periódica que les daba un derecho acordado para recibir un beneficio. Algunas sociedades dividían anualmente el superávit, a menudo antes de Navidad; otras acumulaban fondos de un año a otro. Algunas de las sociedades no tenían reglas escritas y otras elaboraban reglamentos. Cada sociedad era completamente autónoma, y esta naturaleza autogestionada

2 P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England 1815–1875*, Manchester University Press, Manchester, 1961, págs. 4–5.

3 P. H. J. H. Gosden, *Self-Help*, Batsford, Londres, 1973, pág. 91; William (Lord) Beveridge, *Voluntary Action*, Allen & Unwin, Londres, 1948, pág. 328.

era una de las atracciones más fuertes para sus miembros. Se trataba de organizaciones que se podían adaptar rápidamente y de cualquier manera para satisfacer las necesidades de sus miembros cuándo y cómo fuera necesario. Cuando el gobierno introdujo un esquema de registro, muchas sociedades decidieron no registrarse, porque hacerlo significaba poner un límite legal a su capacidad de adaptación. Según comenta P. H. Gosden, el principal historiador de las sociedades mutualistas: “Si la mayoría de los miembros deseaba gastar parte de sus contribuciones en una fiesta anual, no iban a permitir que los colocaran en una posición en la cual funcionarios de gobierno les impidieran hacerlo”⁴.

Muchos de los primeros clubes estaban organizados como sociedades de reparto, es decir, cada miembro pagaba la misma cantidad al fondo común y si había un superávit después del pago de los beneficios anuales, se dividía en forma equitativa entre los miembros. Este tipo de sociedades retuvo su popularidad hasta bien entrado el siglo XX, pero sus desventajas pronto se volvieron evidentes. En primer lugar, la falta de un fondo acumulado significaba que a veces se quedaban sin dinero en efectivo y, en segundo lugar, debido a la renovación anual de la membresía, algunas personas muy enfermas a veces quedaban excluidas al final del año. Estos defectos condujeron a la aparición de las federaciones con reservas acumuladas y el derecho a la pertenencia continua siempre que se pagaran las contribuciones.

Las federaciones comenzaron a desarrollarse a partir de principios del siglo XIX y llegaron a conocerse como órdenes afiliadas. Para la época de la Comisión Real de las Sociedades Mutualistas de 1874, había treinta y cuatro sociedades con más de 1.000 miembros cada una, con la Manchester Unity of Oddfellows y la Ancient Order of Foresters que, por sí solas, representaban casi un millón de miembros entre las dos.

El surgimiento de las federaciones tuvo implicaciones considerables para los gobiernos internos de las sociedades. La ética prevalente en los primeros clubes era que todos debían tener igualdad de voto en las decisiones comunes. Y puesto que era posible que todos los miembros se reunieran en un solo lugar, la práctica normal para la toma de decisiones era reunirse en una asamblea general de todos los integrantes. Estas reuniones primitivas no solo se realizaban para tomar decisiones, sino también para esparcimiento, según lo reflejan las reglas de los primeros clubes. Invariablemente, se ocupaban tanto del mantenimiento del orden como de la distribución de cerveza entre los miembros.

Las primeras instituciones de trabajadores manuales probaron diversos métodos

4 P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England*, pág. 18.

de autogobierno. En primer lugar, estaba el referéndum: aunque los miembros que no se pudieran reunir en un solo lugar, todos podían votar. En segundo lugar, estaba la solución de tener una filial gobernante, con un poder que iba rotando de una filial a otra. En tercer lugar, se encontraba la reunión de delegados, donde cada delegado estaba totalmente sujeto a las instrucciones de los electores. En cuarto lugar, estaba la asamblea de representantes, que abarcaba miembros electos que eran libres de tomar las decisiones que consideraran mejores, a la luz de los hechos de los cuales tenían conocimiento y según los deseos o intereses de sus electores, de acuerdo con su criterio.

Paulatinamente, emergió una estructura federal de tres niveles —filial, distrito y unidad— que combinó la autonomía local significativa con la representación en los niveles del distrito y la unidad (nacional). En las órdenes afiliadas, las filiales —que eran conocidas como logias entre los Odd Fellows y como tribunales entre los Foresters— retenían amplio poder, aunque la autoridad que tomaba la decisión final estaba en manos de una asamblea anual o bienal.

El funcionario más importante era el Gran Secretario, quien algunas veces recibía ese título y otras, diversas denominaciones: Secretario Corresponsal, Secretario Permanente o Escribano del Tribunal Supremo. Las sociedades se enorgullecían de la ausencia de barreras al acceso de cualquiera de los miembros a un cargo directivo:

Los derechos de cada miembro individual son escrupulosamente respetados y vigilados; cada individuo tiene los mismos derechos y privilegios, el mérito es el único medio por el cual se puede llegar a ocupar puestos de honor, y no se permiten barreras artificiales para evitar que la virtud y el talento ocupen su puesto adecuado⁵.

No fue sino hasta fines del siglo XIX que se introdujo un nivel intermedio de organización entre las filiales locales y el nivel nacional. Se consideró conveniente ampliar la responsabilidad del beneficio por fallecimiento más que solo a los miembros de cada filial, donde incluso algunas muertes en rápida sucesión podían agotar un pequeño fondo. Muchas sociedades desarrollaron una estructura distrital para distribuir el riesgo. Cada distrito tomaba su autoridad directa del cuerpo central, pero era gobernada por un comité de representantes de las filiales individuales. Además de controlar los fondos funerarios, los distritos también

⁵ Ancient Order of Foresters, *General Laws, Observations on the Advantages of Forestry*, 1857.

servían como tribunales de apelación intermedios, y supervisaban la gestión de las diferentes logias examinando las cuentas e interviniendo en casos necesarios. Las logias debían enviar informes y balances generales anuales al distrito, así como al cuerpo central⁶. Sin embargo, a algunas filiales les disgustaba el control adicional que implicaba el sistema distrital y rehusaban afiliarse.

Para mediados del siglo XIX, este proceso de evolución, desde el club local con su democracia participativa hasta una estructura en tres niveles con una asamblea de representantes y un director ejecutivo de tiempo completo, ya estaba muy avanzado. Pero la idea original de democracia pura retuvo mucha fuerza y era a menudo el patrón con el que se juzgaban los cambios propuestos en la estructura de la toma de decisiones. Durante el apogeo del club de salud local autónomo, en general se sostendía que todo el mundo estaba en igualdad de condiciones para ejercer funciones, una creencia común en otras organizaciones de la clase trabajadora, especialmente cuando eran nuevas. Por ejemplo, en un artículo destacado publicado en el *Clarion* poco después del establecimiento del Partido Laborista Independiente en 1893, el editor (en vista de que Sidney Webb era el miembro más influyente del partido) declaró:

Es medianamente cierto que en lo que se refiere a las funciones ordinarias de funcionarios y delegados, como miembros del comité o del Parlamento, un ciudadano medio, si es completamente honesto, será lo suficientemente inteligente como para hacer todo lo necesario... Dejemos que los funcionarios se retiren después de prestar servicio por un año y elijamos a funcionarios nuevos en su lugar⁷.

Las sociedades mutualistas conservaron gran parte de este espíritu y, durante muchos años, se desarrollaron estructuras que equilibraban la necesidad de desempeñar eficazmente las tareas organizativas y el deseo de la máxima participación de los miembros.

Las sociedades y la democracia participativa

Las sociedades mutualistas son de interés especial porque buscan combinar

⁶ Josef Maria Baernreither, *English Associations of Working Men*, Swan Sonnenschein, Londres, 1893, pág. 380; G. D. Langridge, *A Lecture on the Origin, Rise and Progress of the Manchester Unity Independent Order of Odd Fellows*, Manchester Unity, Melbourne, 1867, págs. 20–21.

⁷ Sidney and Beatrice Webb, *Industrial Democracy*, The Authors, Londres, 1913, pág. 36, nota 1.

un alto nivel de control por parte de los miembros individuales con una administración eficiente. El Estado de Bienestar suele ser criticado por su excesiva centralización, pero este no ha sido un problema afrontado solo por los gobiernos. Una vez que las órdenes afiliadas habían dejado de ser clubes puramente locales, el equilibrio de poder entre el centro y las filiales fue un problema constante.

Las sociedades afiliadas ofrecían una cantidad de soluciones únicas a este viejo problema, soluciones que minimizaban los costos y maximizaban las ventajas de la eficiencia que puede aportar un alto nivel de participación. El enfoque adoptado por los Foresters era que toda la autoridad legal se originaba “a partir de los miembros en su conjunto y junto con ellos”. El poder de los miembros, dicen los Foresters en su primer discurso: “es como la luz del sol: primigenia, original, inherente e ilimitada para cualquier ser humano. El poder de nuestros funcionarios es solo prestado, delegado y limitado por la intención de los miembros, ante quienes todos los funcionarios son responsables”. En la filial, todos los Foresters se reunían en igualdad de condiciones:

En el Tribunal y ante la ley, nadie es más importante que otro. Todos se reúnen allí en términos de perfecta igualdad... Ningún cargo es demasiado alto para que el más pobre no pueda aspirar a llegar a él, ninguna tarea es demasiado humilde para que el más rico no pueda inclinarse a realizarla. Inteligencia para gobernar, capacidad para ejercer la autoridad con la humildad adecuada, pero con la firmeza necesaria y la conducta personal para asegurar el respeto, son todos los requisitos que se necesitan para el cargo; y éstos están al alcance de cada miembro⁸.

Los primeros clubes otorgaban al presidente de la filial la facultad de imponer multas por mala conducta, y las órdenes afiliadas siguieron su ejemplo. La Foresters' Court Old Abbey, con sede en Guisborough, facultó a su jefe de seguridad a imponer una multa de tres peniques a los miembros por interrumpirse uno al otro o de seis peniques por maldecir o utilizar lenguaje abusivo u ofensivo⁹.

Al mismo tiempo, las federaciones, así como los primeros clubes, eran muy conscientes de la necesidad de evitar que los presidentes abusaran de su poder. La mayoría de las sociedades imprimían sus expectativas sobre un nuevo presidente en su ceremonia de juramentación. El jefe de seguridad de los Foresters tomó el siguiente juramento al entrar en funciones:

8 Ancient Order of Foresters, Lecture 1, 1879, págs. 41–42.

9 Ancient Order of Foresters, Court *Robert Gordon*, Rules 53 y 55, 1877.

Yo [nombre], habiendo sido elegido Jefe de Seguridad en este acto, prometo solemnemente y declaro ante ustedes y los camaradas presentes, que haré todo lo que esté en mi poder para promover el bienestar general, la paz y la armonía del Tribunal, y que procuraré actuar con imparcialidad en todos los asuntos relacionados con el cargo para el que he sido designado¹⁰.

Las sociedades no dependían por completo de apelaciones morales. Las reglas también establecían lo que un presidente podía y no podía hacer. Las *Leyes generales* de los Foresters, por ejemplo, estipulaban que si el cargo de presidente quedaba vacante “sin el permiso de los camaradas asambleístas o sin el nombramiento previo de alguna persona competente para sucederlo”, o si el funcionario rehusaba someter a votación “alguna propuesta que se había realizado legalmente”, podría recibir, si el delito no era “tan flagrante como para causar una moción para su deposición”, una multa de cinco chelines por la primera infracción, diez chelines por la segunda y así hasta veintiún chelines por reincidencia¹¹.

En numerosas sociedades, la ceremonia de apertura de la logia también servía para inhibir la tendencia de los funcionarios a detentar demasiado poder. En la Manchester Unity, al inicio de cada reunión, se requería a cada funcionario que estipulara solemnemente las obligaciones que tenía para con los miembros de su logia. El secretario financiero, por ejemplo, debía decir: “Mantener cuentas justas e imparciales entre cada miembro y la Logia, explicar y equilibrar tales cuentas cada vez que sea requerido por ustedes o una mayoría de la Logia y, en la medida de mis posibilidades, mantener cuentas claras e inteligibles”¹².

En los primeros clubes, la rotación de las funciones se empleaba para garantizar el reparto de las responsabilidades y las ventajas del cargo, pero gradualmente la rotación dio lugar a elecciones ordinarias. En la Manchester Unity, por ejemplo, con excepción del secretario financiero que se mantuvo en funciones con la complacencia de la logia, era costumbre que las funciones principales cambiaran de manos en cada elección semestral o anual.

Campos de formación para la democracia

Cada sociedad mutualista tenía sus peculiaridades. Pero las órdenes afiliadas

10 Ancient Order of Foresters, *Formularies*, 1879, pág. 12.

11 Ancient Order of Foresters, *General Laws*, 1857, Rule 82.

12 Independent Order of Oddfellows, Manchester Unity, *Lodge Ritual and Lecture Book with Procedure*, 1976, págs. 9–10.

comparten una tradición y son comparables para la mayoría de los efectos. En la Manchester Unity, el nuevo integrante podía ser elegido para cualquier cargo de asistente: encargado, custodio, organizador y secretario auxiliar. La tarea del custodio era controlar la puerta y asegurarse de que se proveyera la contraseña correcta. El organizador ayudaba a los miembros en la ceremonia de iniciación. El encargado analizaba a cada asistente para establecer su derecho a estar presente y tenía a su cargo la custodia de las insignias de la logia. Cada logia tenía dos secretarios, el secretario electo y el secretario financiero. La tarea principal del secretario electo era llevar las actas de la reunión. Se esperaba que cada uno de estos puestos, salvo el de secretario financiero, cambiara de manos con cada elección.

Además de los dos secretarios, cada logia también contaba con tres cargos principales, el noble principal o presidente, el viceprincipal o vicepresidente y el noble principal inmediatamente anterior. Estos cargos cambiaban de manos en forma regular. Se esperaba que todos los miembros buscaran ocupar estos puestos —que “fueran pasando de silla”, como se decía— y se exigía que mostraran su capacidad asumiendo cargos de menor importancia y escalando posiciones en la orden.

Pero lo que se esperaba no era una mera sucesión de turnos. Asumir un cargo directivo también era un proceso por el cual el miembro podía adquirir nuevas capacidades. Y para muchos trabajadores manuales, la logia ofrecía la oportunidad de autosuperación que no existía en el lugar de trabajo. Pero la política de cambio de presidente cada seis meses también acarreaba el riesgo de que el nuevo funcionario fuese incompetente. Para superar este peligro y asegurarse de que el principiante gozara de asesoramiento inmediato, cada noble principal designaba a dos colaboradores. Estos se sentaban a cada lado del nuevo presidente en las reuniones y le susurraban consejos en el transcurso de la reunión. Tradicionalmente, el noble principal elegía a un consejero experimentado para que se sentara a la derecha, un miembro que hubiera ocupado anteriormente la función y que estuviera bien informado acerca de reglas y procedimientos. El consejero de la izquierda era un amigo cuya tarea consistía en brindar apoyo moral inquebrantable. En este sentido, un alto nivel de conocimiento compartido sobre el cargo se combinaba con un desempeño eficiente. Y los trabajadores manuales, cuyas funciones en el lugar de trabajo eran tal vez rutinarias y limitadas, podían desarrollar sus talentos y compartir la satisfacción de saber que estaban haciendo su parte para mantener el ideal de servicio mutuo que inspiró el movimiento de las sociedades mutualistas.

Un miembro que había ocupado cargos en la logia podía aspirar a puestos aún

más altos. Un individuo que había estado en cuatro funciones de menor importancia, asumido cargos menores, servido como viceprincipal, noble principal y noble principal inmediatamente anterior, podía ser elegido para el más alto cargo de principal anterior o púrpura. Si tenía éxito se convertía en miembro principal anterior de la logia y era elegible para ocupar un cargo distrital o a nivel nacional. Los funcionarios distritales eran secretario de distrito, maestro principal de distrito, maestro principal suplente de distrito y maestro principal inmediatamente anterior de distrito.

Por encima del distrito, estaban el maestro principal, el maestro principal suplente y el maestro principal inmediatamente anterior. Estos puestos estaban sujetos a elecciones anuales. La junta directiva comprendía a estos tres funcionarios y otros nueve individuos elegidos por la conferencia anual. Se retiraban anualmente pero podían presentarse a reelección. Cada uno de ellos debía contar con el grado púrpura. El secretario principal tenía un nombramiento de jornada completa, era elegido inicialmente por la conferencia anual y podía ocupar un cargo a su elección.

Respeto por las reglas y por cada persona

Las principales sociedades invariablemente tenían un reglamento elaborado, que era casi un objeto de veneración para los trabajadores manuales que componían la membresía. Todos los miembros eran iguales ante las reglas. Por otra parte, las reglas no se imponían desde afuera, sino que se iban diseñando con el transcurso de los años por los mismos miembros: eran adoptadas, adaptadas, anuladas y revisadas con regularidad según cambiaran las circunstancias. Si las reglas imponían restricciones, como era de esperar, eran restricciones aceptadas libremente por cada miembro.

Los miembros de las sociedades mutualistas estaban orgullosos de sus reglas. Estaban orgullosos no de las reglas en sí, sino de los principios que encarnaban. Las reglas estipulaban lo que cada miembro debía aportar, los derechos que tenía y los deberes de quienes ocupaban los cargos. Limitaban los poderes de los funcionarios y garantizaban el reparto de las ventajas y las responsabilidades del cargo. Y las reglas mantenían la autonomía de las filiales con respecto a las unidades distritales y nacionales dentro de cada federación. En sentido estricto, las sociedades se regían por las leyes en lugar de regirse por los hombres y, en ese sentido, eran campos de formación admirables para la participación en el proceso democrático de la nación.

Sociedades mutualistas en el cambio de siglo

Durante la última parte del siglo XIX, comenzaron a desarrollarse nuevos tipos de sociedades conforme cambiaban las condiciones. Al clasificar los tipos de sociedad, se suele distinguir entre sociedades que proporcionaban beneficios por enfermedad (sociedades generales) y aquellas que no lo hacían (sociedades especializadas). El pago del beneficio por enfermedad era, para la mayoría de las sociedades, su única tarea primordial.

En 1910, antes de que se sintiera el impacto de la Ley Nacional del Seguro de 1911, había 26.877 sociedades de todos los tipos con 6.623.000 miembros registrados¹³. Las sociedades generales se subdividían de la siguiente manera:

Membresía de las sociedades mutualistas generales de 1910

	N.º de filiales o sociedades	Miembros
Órdenes y filiales	20.580	2.782.953
Acumulación unitaria	3.117	1.277.185
Sociedades de reparto	1.335	292.909
Depósito y seguro contra discapacidad Holloway	81	381.491
Total		4.734.538

Fuente: Beveridge, *Voluntary Action*, Cuadro 21.

La membresía total de las sociedades mutualistas especiales en 1910 era de 1.888.178, de los cuales 855.962 miembros se encontraban en sociedades con beneficios funerarios y por fallecimiento; 403.190, en sociedades que asistían en caso de catástrofe y pérdidas diversas; y 329.450, en sociedades que proporcionaban asistencia médica¹⁴.

13 William (Lord) Beveridge, *Voluntary Action*, Table 20.

14 Ibid., Cuadro 22.

Conclusión

Las sociedades mutualistas, por lo tanto, surgieron en todas las formas y tamaños, y esta flexibilidad era lo que les otorgaba gran parte de su atractivo. Según argumentó Beveridge en *Voluntary Action*, era notable cómo muchas de las grandes instituciones que resultaron ser populares comenzaron como una reunión nocturna de más o menos una docena de personas después del trabajo, muchas veces, en el cuarto trasero de un bar. Algunas fracasaron y otras tuvieron éxito. Al hacerlo, argumentó Beveridge, cambiaron el mundo:

En un Estado totalitario o en un campo ya convertido en un monopolio estatal, quienes están insatisfechos con las instituciones que encuentran pueden buscar una solución solo intentando cambiar el gobierno del país. En una sociedad libre y en un campo libre, la solución es diferente; individuos disconformes con nuevas ideas pueden crear una nueva institución que cubra sus necesidades. El campo está abierto a la experimentación y al éxito o al fracaso; la continuidad es el factor clave de la invención.

Socorro mutuo para el bienestar social: el caso de las sociedades fraternales estadounidenses

por David Beito

*El historiador David Beito documenta la manera en que los estadounidenses utilizaron la libertad de asociación para crear vastas redes de sociedades de ayuda mutua. Con la posible excepción de las iglesias, las sociedades fraternales fueron proveedoras líderes de asistencia social en Estados Unidos antes de la Gran Depresión. Su composición total alcanzó un porcentaje estimado del 30 por ciento de la población masculina adulta y fueron especialmente poderosas entre los inmigrantes y los afroamericanos. A diferencia de las relaciones de rivalidad generadas por los programas de asistencia social del gobierno y la caridad privada, la asistencia social fraterna se basaba en la reciprocidad entre el donante y el receptor. Para la década de 1920, las sociedades fraternales y otras instituciones de asistencia mutua habían entrado en un período de decadencia del cual jamás se recuperaron. Entre las muchas posibles razones de su decadencia, se incluyen el surgimiento del Estado de Bienestar, las normativas restrictivas del seguro estatal y la competencia de las compañías aseguradoras privadas. David Beito es profesor de historia en la Universidad de Alabama, en Tuscaloosa, y es autor de libros tales como *From Mutual Aid to the Welfare State: Fraternal Societies and Social Services, 1890–1967*; *Taxpayers in Revolt: Tax Resistance during the Great Depression* y, en colaboración con Linda Royster Beito, *Black Maverick: T.R.M. Howard's Fight for Civil Rights and Economic Power*. Una versión más extensa de este ensayo apareció originalmente en *Critical Review*, Vol. 4, N.º 4, 1990, págs. 709–736.*

De la enorme cantidad de ejemplos que podrían mencionarse, que incluye el apoyo de la iglesia, y de familiares y vecinos, las sociedades fraternales se destacan como uno de los casos más fascinantes y más olvidados por los historiadores del bienestar. Solo las iglesias les hacían sombra a las sociedades fraternales como instituciones proveedoras de asistencia social antes del advenimiento del Estado

de Bienestar. En 1920, alrededor de dieciocho millones de estadounidenses pertenecían a alguna sociedad fraternal, es decir, casi el 30 por ciento de todos los adultos mayores de veinte años¹.

Las sociedades fraternales estaban controladas por sus miembros y organizadas alrededor de un sistema descentralizado de logias a nivel local. Con frecuencia, incluían un ritual secreto que era la recopilación de expresiones, ceremonias y otras prácticas. La mayoría de los miembros no creía en las cualidades “mágicas” del ritual. Sus funciones principales eran servir como entretenimiento y poner a prueba la solidaridad de dichos miembros. La logia (con sus rifas, ventas de pasteles, celebraciones y picnics) también era un centro de vida comunitaria en numerosos barrios urbanos y pequeñas ciudades. De igual importancia era la práctica de dotar a los miembros y sus familias de un amplio sistema de apoyo mutuo para el bienestar social².

Si bien las líneas divisorias suelen ser difusas, las sociedades fraternales se pueden dividir en dos categorías: la sociedad secreta y la sociedad fraternal de seguros. La principal diferencia entre las dos era de énfasis más que de categoría. Las sociedades secretas se especializaban en los componentes *sociales e informa-*

1 Las estimaciones de la membresía de las sociedades fraternales provienen del Informe del Comité de Investigación del Presidente sobre tendencias sociales, *Recent Social Trends in the United States*, vol. 2, McGraw-Hill, Nueva York, 1933, pág. 935. Las cifras poblacionales para los estadounidenses mayores a veinte figuran en el Departamento de Comercio de Estados Unidos, *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970*, pt I, US Government Printing Office, Washington, DC, 1975, págs. 15–20. Las sociedades fraternales de seguros representaban alrededor de 10.000.000 de esta composición, mientras que las sociedades secretas conformaban el resto. Las cifras en *Recent Social Trends* sirven como estimaciones provisionales de la afiliación en las sociedades fraternales. No obstante, se debe conservar una cuota de precaución. Al no compensar la cantidad de individuos que se afilian a más de una organización, estas cifras sobreestiman la afiliación en las sociedades fraternales. Por otra parte, infravaloran la membresía al no incluir a los miembros de numerosas sociedades (muchas de ellas administradas por afroamericanos e inmigrantes) y sociedades de socorro locales organizadas a nivel de los barrios o a escala profesional. Si bien esas sociedades de socorro proporcionaban ayuda mutua, carecían de los rituales y los atributos fraternales de la logia. Para conocer más sobre las sociedades de socorro, véase Charles Richmond Henderson, *Industrial Insurance in the United States*, University of Chicago Press, Chicago, 1908, págs. 63–83.

2 La mejor discusión sobre el rol funcional del ritual sigue siendo la de Noel P. Gist, “Secret Societies: A Cultural History of Fraternalism”, University of Missouri Studies 15, 1 de octubre de 1940. También véase Marc C. Carnes, *Secret Ritual and Manhood in Victorian America*, Yale University Press, New Haven, 1989.

males de la ayuda mutua. Las de mayor envergadura incluían a los masones, los Elks (Alces) y los Odd Fellows (Extraños). Solo la pertenencia a los masones conformaba un sorprendente 12 por ciento de la población adulta masculina blanca en 1930. Los sindicatos, en cambio, rara vez incluyeron más del 10 por ciento de la fuerza laboral hasta la década de 1930. Como la mayoría de las sociedades secretas, los masones evitaron los contratos escritos o las garantías de seguro regularizadas para sus miembros. “Como regla general”, escribió Lynn Dumenil, “los voceros masónicos estaban consternados ante la posibilidad de que los hombres se unieran a la masonería por razones mercenarias e hicieron hincapié, en repetidas ocasiones, en que una de los compromisos masónicos incluyera el juramento de que el iniciado no había sido influenciado por el deseo de obtener beneficios personales”³.

A pesar de estas restricciones oficiales, las sociedades secretas sirvieron como los principales cauces de la ayuda recíproca a lo largo de la historia de Estados Unidos. Un masón de buena reputación podía estar seguro de que, si así lo pidiera, la orden no solo pagaría su funeral, sino que llevaría a cabo una ceremonia elaborada. Si estuviera enfermo o padeciera alguna necesidad, en general, podría contar con sus camaradas de la logia para organizar una colecta de recaudación de fondos o nombrar a un comité visitante. La pertenencia masónica podía abrir las puertas al empleo y a la promoción de negocios. Samuel Gompers, masón de larga data y mejor conocido como el presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo, relató un incidente especialmente ilustrativo. En 1897, Gompers, mientras caminaba por la calle, se encontró con un extraño, que también resultó ser un camarada de la logia. Después de intercambiar dos señales masónicas, el extraño admitió que había sido contratado por una compañía minera para monitorear al líder del sindicato. Luego le entregó los negativos de las fotografías que había tomado a Gompers. Este recordó que “con frecuencia mi afiliación a la orden masónica resultó ser una protección para mí”⁴.

También existía un costado más visible a los programas de ayuda mutua de las sociedades secretas. Durante fines del siglo XIX y principios del XX, muchas de las órdenes más grandes se embarcaron en programas para construir orfanatos y hogares de ancianos para los miembros mayores y sus cónyuges. Treinta y nueve jurisdicciones de los masones y cuarenta y siete correspondientes a los Odd

³ Walter Basye, *History and Operation of Fraternal Insurance*, The Fraternal Monitor, Rochester, 1919, págs. 35–36; Lynn Dumenil, *Freemasonry and American Culture, 1880–1930*, Princeton University Press, Princeton, 1984, págs. 225, 22.

⁴ Lynn Dumenil, *Freemasonry and American Culture, 1880–1930*, pág. 21.

Fellows habían construido hogares para sus mayores en 1929. En 1914, el monto promedio gastado por los hogares masónicos para el cuidado de cada residente era superior a US\$1.800. Si bien en esta época no había seguridad social, pocos hogares necesitaban cubrir su capacidad⁵.

En general, la sociedad fraternal de seguros tenía un impacto más sustancial en el bienestar social que la sociedad secreta. Ambas compartían los atributos de un sistema de logia en cuanto a organización, rituales y la prestación de un apoyo mutuo informal. La principal diferencia entre ellas era que la sociedad fraternal de seguros ofrecía políticas de seguro formales a sus miembros, mientras que la sociedad secreta no lo hacía. La piedra angular de la protección fraternal del seguro era el beneficio por fallecimiento (en realidad una forma de seguro de vida) que se pagaba al beneficiario de los miembros fallecidos. Era especialmente prevalente entre los jornaleros. “Los hombres ricos se aseguran en las grandes empresas para obtener un patrimonio”, observó un artículo en la revista *Everybody’s Magazine* de 1910, “los pobres se aseguran en las órdenes fraternales para obtener pan y carne. Es un seguro contra la necesidad, el refugio para pobres, la caridad y la degradación”⁶.

Una gran parte de la ayuda mutua dispensada por las sociedades fraternales de seguros, muy similar a la proporcionada por las sociedades secretas, no quedaba registrada. Virtualmente todas las organizaciones de este tipo, independientemente de su clase o composición étnica, acentuaban siempre la responsabilidad de cada miembro de proporcionar ayuda a sus “hermanas” y “hermanos” necesitados. A este respecto, un portavoz de los Modern Woodmen of America (Modernos Leñadores de América) (que llamaban “vecinos” a sus miembros y “campamentos”

5 US Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, *Care of Aged Persons in the United States*, US Government Printing Office, Washington, DC, 1929, págs. 162, 15, 163; y Lynn Dumenil, *Freemasonry and American Culture, 1880–1930*, pág. 20. En 1929, la oficina de estadísticas identificó 112 hogares fraternales para ancianos en Estados Unidos, la mayoría de ellos, conducidos por sociedades secretas y destinados a miembros indigentes, con una población de más de 7.000 personas. Varias sociedades fraternales de seguros también construyeron este tipo de hogares, pero en general confiaban más en el seguro para asistir a sus mayores. Sobre los orfanatos de las fraternidades, véase C. W. Areson y H. W. Hopkirk, “Child Welfare Programs of Churches and Fraternal Orders”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science 121*, septiembre de 1925, págs. 85-95.

6 Harris Dickson e Isidore P. Mantz, “Will the Widow Get Her Money? The Weakness in Fraternal Life Insurance and How It May Be Cured”, *Everybody’s Magazine 22*, junio de 1910, pág. 776.

a sus logias) escribió en 1934: “Unos pocos dólares aquí, una pequeña suma allá para ayudar a que un miembro afligido se vuelva a levantar o mantener vigente su protección durante una crisis en sus asuntos financieros; cosechar el trigo de un vecino enfermo, acarrear su grano hasta el mercado, cortar la madera para proporcionarle combustible durante el invierno o construir una casa para reemplazar otra que fue destruida por un incendio a medianoche: así es como ha estado funcionando la fraternidad entre un millón de miembros en 14.000 campos”. El sociólogo Peter Roberts describió de qué manera las sociedades fraternales entre los trabajadores del carbón de Pensilvania, en el cambio de siglo, realizaban rifas con regularidad para ayudar a los miembros que excedían el límite de tiempo de sus beneficios por enfermedad⁷.

La guía con la información histórica más fácilmente disponible (al menos sobre las sociedades más grandes) son los registros del Congreso Fraternal Nacional (NFC), el principal centro de información para las organizaciones de seguros fraternales. Las sociedades afiliadas al Congreso presumían de tener más de nueve millones de miembros y 120.000 logias en 1919. Pagaban un beneficio por fallecimiento promedio de US\$1.100 (alrededor de US\$91 por mes), el equivalente a las ganancias anuales promedio para un trabajador estadounidense de esa época⁸.

Las sociedades más pequeñas (muchas de ellas con sede local y sin ser miembros del NFC) muy a menudo pagaban beneficios por fallecimiento más bajos. Para obtener un mejor panorama del tamaño promedio de las pólizas generales de beneficios por fallecimiento de las sociedades fraternales, se han realizado varios estudios locales durante el período que necesita consultarse. Uno de los mejores fue una encuesta detallada de la titularidad de seguro de vida entre las familias asalariadas en Chicago, realizada en 1919 por la Comisión de Seguros de Salud del Estado de Illinois. La Comisión descubrió que el 74,8 por ciento de los maridos tenían un seguro de vida, el 58,8 por ciento de las esposas y el 48,8 por ciento de los niños menores de 14 años. Poco más de la mitad de las pólizas a nombre de los maridos se realizaba en órdenes fraternales. Estas pólizas promediaban US\$768, lo que se traduce en un promedio mensual de más de US\$64. Lo que no estaba contabilizado en esta cifra era la cantidad de individuos que tenían múltiples pólizas de

7 Este Erwood Buffum, *Modern Woodmen of America: A History*, vol. 2, Modern Woodmen of America, 1935, pág. 5; y Peter Roberts, *Anthracite Coal Communities: A Study of the Demography, the Social, Educational and Moral Life of the Anthracite Regions*, Macmillan, Nueva York, 1904, pág. 309.

8 Walter Basye, *History and Operation of Fraternal Insurance*, págs. 15–16: y US Department of Commerce, *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970*, pt. 1, pág. 168.

seguro, tanto en compañías privadas como en sociedades fraternales⁹.

Como característica común, las sociedades permitían a los miembros mayores cobrar el valor de su certificado de seguro, ya sea en un pago único o en cuotas. A menudo, el beneficiario utilizaba el dinero para iniciar un pequeño negocio. A pesar de esto, sería equivocado clasificar al beneficio por fallecimiento de la fraternidad con el nombre de “pensión” a la vejez en el sentido de una renta permanente de jubilación. De acuerdo con un estudio de 1930 realizado por la Comisión del Seguro de Vejez de Nueva York, el beneficio por fallecimiento solía complementar otros medios de subsistencia. La Comisión estimaba que alrededor del 43 por ciento de las personas mayores en el Estado se autoabastecían a través de empleo remunerado, pensiones, ahorro u otras formas de ingresos, mientras que la familia y los amigos abastecían a otro 50 por ciento (incluyendo las amas de casa). Menos del 4 por ciento de los ancianos de Nueva York dependía de la caridad pública o privada¹⁰.

¿Qué comparaciones se pueden realizar entre el beneficio fraternal por fallecimiento y la asistencia gubernamental a los pobres? Probablemente el beneficio análogo financiado por impuestos más cercano a los beneficios por fallecimiento fueran los programas de pensiones para madres de los diversos estados. Aunque limitados en gran medida a las viudas, se trató de antecedentes del posterior programa federal de Asistencia para Familias con Hijos a Cargo (AFDC). La cantidad de beneficiarios cubiertos (así como el tamaño de los beneficios) distaba mucho de lo ofrecido por las sociedades fraternales. En 1931, 93.620 familias (cifra que llegó hasta 45.825 en 1921) recibieron los programas de pensiones para madres y cada familia obtuvo un subsidio de alrededor de US\$22. Por otro lado, al menos nueve millones de individuos (la mayoría de la clase

9 Illinois Health Insurance Commission, *Report of the Illinois Health Insurance Commission of the State of Illinois* (1919), 224–25.

10 US Department of Labor, *Care of Aged Persons*, 158; y New York Commission on Old-Age Security, *Report of the New York State Commission*, J. B. Lyons, Nueva York, 1930, págs. 312–13. Citado en Carolyn L. Weaver, *The Crisis in Social Security: Economic and Political Origins*, Duke University Press, Durham, 1982, págs. 41–42. Para 1928, alrededor del 14 por ciento de la fuerza de trabajo estaba afiliada a planes de pensión privados. La cantidad total de planes de jubilación privados vigentes en la actualidad aumentó durante los primeros, y peores, años de la Depresión. La percepción común —muy propagada tanto antes como después del establecimiento de la Seguridad Social— de que los mayores dependían muchísimo de la asistencia a los pobres, es un mito. Menos del 1 por ciento de las personas de edad avanzada vivía en asilos de pobres en 1923, aproximadamente el mismo porcentaje que en 1880. Carolyn N. Weaver, *The Crisis in Social Security*, págs. 48, 63.

trabajadora) tenían un seguro fraternal ese año. Cuando menos, la afirmación de Michael B. Katz de que “los fondos públicos siempre han aliviado a más personas que los privados” parece muy dudosa¹¹.

Seguro de salud y contra accidentes de las sociedades fraternales

Durante el siglo XIX, la protección del seguro de la sociedad fraternal se centró en el beneficio por fallecimiento. Esto fue siempre así, pero, para principios de la década de 1900, muchas sociedades fraternales comenzaron a establecer también un seguro formal de salud y contra accidentes. En 1917, aproximadamente 45 de las 59 órdenes fraternales de California ofrecía un beneficio por enfermedad o accidente, mientras que 140 de 159 de Illinois también lo hacían. No obstante, estas cifras son menos impactantes de lo que parecen. Por un lado, la implementación del seguro contra enfermedad solía quedar a discreción de las logias locales. Igual de importante era que aun cuando existía un fondo para beneficios de salud, los miembros individuales con frecuencia decidían no suscribirse. Si nos basamos en la guía ofrecida por los estudios locales y estatales, probablemente no más del 40 por ciento de los miembros de las sociedades fraternales se suscribieron a un fondo formal de beneficios por enfermedad para 1920. Sin embargo, el porcentaje cubierto había aumentado rápidamente en las dos décadas anteriores¹².

Dependiendo de la orden y de la logia en particular, el tamaño, la calidad y

11 US Department of Labor, Children's Bureau, *Mothers' Aid*, 1931, US Government Printing Office, Washington, DC, 1933, págs. 8, 17; y Michael B. Katz, *In the Shadow of the Poorhouse: A Social History of Welfare in America*, Basic Books, Nueva York, 1980, pág. xii. Si desea obtener una buena síntesis de la literatura reciente sobre la frecuencia de afiliación de la clase trabajadora en órdenes fraternales de blancos nativos, como los Odd Fellows, los Knights of Pythias (Caballeros de Pitias) y la Ancient Order of the United Workmen (Antigua Orden de Trabajadores Unidos), véase Mary Ann Clawson, *Constructing Brotherhood: Class, Gender, and Fraternalism*, Princeton University Press, Princeton, 1989, 87–110.

12 *Report of the Social Insurance Commission of the State of California*, California State Printing Office, Sacramento, 1917, págs. 81, 89; y *Report of the Illinois Health Insurance Commission of the State of Illinois*, págs. 464. En 1919, la Comisión de Seguros de Salud de Illinois calculó que el 25,8 por ciento de los asalariados de Chicago tenía un seguro por enfermedad (la mayoría en sociedades fraternales) y el 23,7 tenía uno por discapacidad. Muchas sociedades que no ofrecían seguros contaban con métodos informales, usualmente *ad hoc*, para atender los problemas de salud de sus afiliados. *Report of the Illinois Health Insurance Commission of the State of Illinois*, págs. 216, 218, 221.

la combinación de los beneficios médicos ofrecidos variaba mucho. El beneficio médico típico consistía en un pago semanal en efectivo. Los miembros de las sociedades fraternales de California tenían derecho a recibir beneficios por enfermedad que oscilaban entre US\$7 y US\$10 por semana en 1917, mientras el período de elegibilidad máximo promediaba las trece semanas. Puesto que la duración promedio de la enfermedad para los trabajadores era de menos de dos semanas (en términos de cantidad de días laborales perdidos), todos salvo una pequeña minoría de beneficiarios contaba con ayuda para cubrir todo el período de necesidad. Por otra parte, para aquellos cuyos beneficios habían vencido (solo alrededor del 10 por ciento de quienes se suscribían al seguro de salud de las sociedades fraternales se postulaba en un solo año), era práctica común en muchas sociedades ampliar el período de elegibilidad o hacer una colecta¹³.

Antes de la Depresión, las sociedades fraternales dominaban por completo el mercado del seguro de salud (al menos entre la clase trabajadora), mientras que sus competidoras comerciales quedaban muy por detrás. En gran medida, el secreto del éxito de las sociedades fraternales yacía en las fortalezas competitivas peculiares ofrecidas por la estructura fraternal en sí misma. A diferencia de las compañías privadas, las sociedades fraternales tenían una posición enviable para controlar la amenaza de “riesgo moral”, la pesadilla de la industria del seguro. Para el seguro de salud, uno de los principales peligros morales es que los individuos saquen ventaja de su condición de asegurados y sobrecarguen el sistema con reclamos banales. La validez de un reclamo de seguro de salud es altamente subjetiva y, por ende, difícil de verificar. El seguro de vida tiene dificultades de riesgo moral menos abrumadoras porque los beneficiarios pueden cobrar solamente si presentan un certificado de defunción. Esto explica, en parte, por qué las sociedades fraternales continuaban dominando el mercado del seguro contra enfermedad mucho después de haber perdido su ventaja competitiva en los seguros de vida¹⁴.

13 *Report of the Social Insurance Commission*, 82, 89, 302; *Report of the Illinois Health Insurance Commission of the State of Illinois*, págs. 123, 474; y Peter Roberts, *Anthracite Coal Communities*, págs. 309–10. En 1929, alrededor del 9 por ciento de los empleados industriales de Estados Unidos perdió ocho o más días de trabajo por enfermedad. US Public Health Service, *Public Health Reports* 47, 15 de enero de 1932, págs. 136.

14 Estoy en deuda con Jennifer Robach por señalar las posibles ventajas del seguro de las sociedades fraternales para hacer frente a los riesgos morales. Véase su ejemplar “Social Insurance in Ethnically Diverse Societies”, Center for Study of Public Choice, George Mason University, octubre de 1989. Para más información sobre los primeros experimentos de empresas comerciales para ofrecer

La sociedad fraternal contaba con varias armas en su arsenal para protegerse contra el riesgo moral en los reclamos de seguros contra enfermedad. En primer lugar, cada nuevo solicitante de membresía debía presentar un certificado de buena salud expedido por un médico. En segundo lugar, y lo que es más importante, las sociedades fraternales, a diferencia de las compañías privadas, podían hacer uso de las amplias reservas de solidaridad de los miembros. Como señaló la Comisión de Seguridad Social de California: “La naturaleza del ‘beneficio mutuo’ de las sociedades, sin dudas, tiende a contrarrestar la tendencia a fingir una enfermedad. Las personas que podrían no tener escrúpulos al hacer tratos con una empresa comercial tienden a tener más cuidado cuando se trata de una organización cuya situación financiera es un asunto de interés directo para sí mismas”. La historia del seguro contra enfermedad de la sociedad fraternal confirma la predicción de la economista Jennifer Roback sobre que “el riesgo moral podría ser monitoreado con mayor eficacia dentro del grupo que fuera de él... En resumen, el incumplimiento puede ser más fácilmente detectado por personas que comparten los mismos valores y funciones de utilidad. El grupo asegurador [o sociedad fraternal] tiene una especie de contrato social con sus asegurados”¹⁵.

Para la segunda década del siglo XX, los beneficios por enfermedad de las sociedades fraternales incluían tratamiento médico cada vez con mayor frecuencia. Solo por nombrar dos ejemplos, los Foresters de Reading, Pensilvania, proporcionaban atención médica (que incluía visitas a domicilio) por US\$1 al año, mientras que por US\$2, la Fraternal Order of Eagles cubría todo salvo obstetricia y tratamiento para enfermedades venéreas. “La práctica de la logia” impuso una fuerte presencia especialmente en las principales zonas urbanas. En el Lower East Side de Nueva York, 500 médicos tenían contrato solo con logias judías¹⁶.

seguros de salud y las dificultades posteriores de riesgo moral que encontraron, véase Frederick L. Hoffman, *History of Prudential Insurance Company of America, 1875–1900*, Prudential Press, 1900, págs. 6–62. En 1909, el prominente ejecutivo de seguros John F. Dryden, que no era ningún defensor de las sociedades fraternales, afirmaba que “la aseguración de una suma estipulada durante la enfermedad solo puede ser tramitada de manera limitada y con seguridad por las organizaciones fraternales que tengan un conocimiento perfecto y completo de la supervisión de los miembros individuales” (John F. Dryden, *Addresses and Papers on Life Insurance and Other Subjects*, The Prudential, Insurance Company of America, Newark, 1909, pág. 32).

15 *Report of the Social Insurance Commission of the State of California*, pág. 110, y Jennifer Roback, “Social Insurance in Ethnically Diverse Societies”, pág. 10.

16 James G. Burrow, *Organized Medicine in the Progressive Era: The Move Toward Monopoly*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1977, págs. 121–23.

El método preferido para las sociedades o logias individuales era celebrar contratos con los médicos para tratar a los miembros y sus familias con un criterio per cápita. Este método guardaba más que un leve parecido con una organización moderna de atención de la salud. Apuntaba en particular a los médicos más jóvenes deseosos de establecer una clientela o a médicos de edad avanzada que buscaban brindar atención de tiempo parcial. En años posteriores, Samuel Silverberg, médico de una logia durante este período, recordó que la “sociedad me pagaba cierta cantidad de dinero por la cobertura de una cantidad de pacientes; cincuenta centavos por cada miembro nuevo cada tres meses, setenta y cinco centavos o un dólar por familia. Cada integrante tenía derecho a venir a mi consultorio y solicitarme una consulta a domicilio... El miembro de la sociedad recomendaba al médico a sus amigos y, de esa manera, se podía ejercer la profesión. Pero era difícil, muchas corridas subiendo y bajando escaleras de inquilinatos”¹⁷.

A medida que ampliaba la práctica de las logias, se acentuaba la oposición de médicos importantes que temían que esto pudiera suponer un perjuicio para sus privilegios de pago por servicio. Era común que un médico importante como H. T. Partree, quien, al igual que Silverberg, había trabajado al inicio de su carrera para una logia, fustigara la práctica de la profesión por contrato como una “competencia indecorosa”. Este profesional recordaba con amargura que:

se prestaba servicio médico a los miembros por una tarifa de US\$1 per cápita al año. Descubrí que la cantidad y variedad de dolencias que requerían atención era algo sorprendente. El trabajo era sumamente desagradable, y me enfurecía la idea de que a cualquier logia... pudiera permitírselo, siquiera por un segundo, estar al mando del servicio médico bajo esos términos degradantes.

La Sociedad Médica del Condado de Shasta en California se hizo eco de estos miedos anticompetitivos de la profesión al advertir que la práctica de las logias, si no se limitaba en su alcance, colocaría “nuestros servicios a la altura de los de un lustrabotas o un vendedor de maní”¹⁸.

Para la década de 1910, las asociaciones médicas y las comisiones estatales de

17 Samuel Silverberg citado en George Rosen, “Contract or Lodge Practice and its Influence on Medical Attitudes to Health Insurance”, *American Journal of Public Health* 67, abril de 1977, págs. 374–75.

18 H. T. Partree, “Contract Practice: Its Ethical Bearings and Relations to the Lodge and Industrial Insurance”, *Bulletin of the American Academy of Medicine* 10, diciembre de 1909, pág. 596; y James G. Burrow, *Organized Medicine in the Progressive Era*, pág. 126.

todo el país se lanzaron a la ofensiva de destruir la “mala práctica de las logias” o al menos a recortar sus alas. La Cámara de Delegados de la Sociedad Médica del Estado de California hizo su parte amenazando con expulsar a cualquier médico que suscribiera un contrato con una organización para proporcionar atención a las familias con ingresos mensuales de más de US\$75. Según la Comisión de Contratos de Trabajo del Condado de Erie, Nueva York, la sociedad médica recomendaba “medidas antagónicas” contra el profesional bajo contrato “si la persuasión no lograba convencerlo de su error”¹⁹.

La ayuda mutua entre los inmigrantes, los afroamericanos y las mujeres

Un logro histórico impresionante, pero poco reconocido, de las sociedades fraternales y otras instituciones de ayuda mutua fue su papel en el reasentamiento de las vastas poblaciones de inmigrantes de fines del siglo XIX y principios del XX. Las personas nacidas en el extranjero constituyan el 40 por ciento de la población de las doce ciudades más grandes de Estados Unidos en 1900; otro 20 por ciento eran hijos de inmigrantes. Cada grupo inmigrante podía recurrir al menos a una sociedad de socorros mutuos, y normalmente a muchas más, para conseguir vivienda, clases de inglés e información sobre empleos²⁰.

La sociedad fraternal de inmigrantes, un parente cercano de la sociedad de ayuda al inmigrante, contribuyó a generar tasas de seguros sumamente elevadas entre los grupos de inmigrantes, incluidos los de zonas empobrecidas de Europa oriental y meridional. Para 1918, la composición de las más grandes organizaciones checas superó los 150.000 miembros. Un informe de la Comisión de Inmigración de Massachusetts de 1914 identificó dos o más sociedades griegas en cada ciudad en la que había una comunidad de esa nacionalidad. Springfield, Illinois, con una población total de italianos de menos de 3.000 personas en 1910, podía adjudicarse una docena de sociedades italianas. A pesar de este rápido crecimiento, la sociedad fraternal de inmigrantes tuvo sus detractores. Particularmente indiferentes fueron los reformadores progresistas de principios del siglo XX. Como

19 George Rosen, “Contract or Lodge Practice and its Influence on Medical Attitudes to Health Insurance”, pág. 378; y James G. Burrow, *Organized Medicine in the Progressive Era*, págs. 128, 131.

20 Samuel P. Hays, *The Response to Industrialization: 1885–1914*, University of Chicago Press, Chicago, 1957, pág. 95.

era de esperar, Theodore Roosevelt declaró que:

Los estadounidenses deberían, de por sí, hacer estas cosas para los inmigrantes. Si permitimos que el inmigrante reciba ayuda de representantes de gobiernos extranjeros, de sociedades extranjeras, de prensa e instituciones dirigidas en un idioma extranjero y para el interés de gobiernos extranjeros; y si permitimos que los inmigrantes existan como grupos foráneos, cada grupo escindido del resto de los ciudadanos del país, estaremos generando para nosotros mismos amargos problemas para el futuro²¹.

La popularidad de la sociedad fraternal entre los afroamericanos rivalizaba con la de los inmigrantes, y a menudo la superaba. Los afroamericanos, excluidos de las principales órdenes de blancos, fundaron sus propias organizaciones paralelas. En 1910, el sociólogo Howard W. Odum estimó que, en el Sur, la “totalidad de los miembros de las sociedades de negros, pagas o no, es prácticamente igual a la totalidad de los miembros de la iglesia... No es infrecuente que solo un pueblo con menos de quinientos habitantes de color tenga quince o veinte logias subordinadas, cada una de las cuales representa a una orden diferente”. Odum caracterizó a las sociedades fraternales como “una parte vital” de la “vida comunitaria, a menudo el centro” de la comunidad afroamericana²².

La sociedad afroamericana más famosa era la Prince Hall Masonic Order (Orden Masónica de Prince Hall). William Muraskin estima que, durante las décadas de 1920 y 1930, la Orden inscribió más del 30 por ciento de afroamericanos masculinos adultos de muchas ciudades pequeñas de todo el Sur. Las logias locales y estatales proporcionaron un amplio rango de servicios de ayuda mutua,

21 Citado en Hace Sorel Tishler, *Self-Reliance and Social Security, 1870–1917*, National University Publications, Port Washington, 1971, pág. 95. Para más información sobre las sociedades fraternales (y las sociedades de socorros mutuos relacionadas) de grupos de inmigrantes específicos, véase David M. Emmons, *The Butte Irish: Class and Ethnicity in an American Mining Town, 1875–1925*, University of Illinois Press, Urbana, 1989, págs. 94–132; Michael R. Weisser, *A Brotherhood of Memory: Jewish Landsmanshaftn in the New World*, Basic Books, Nueva York, 1985; William I. Thomas, *The Polish Peasant in Europe and America*, vol. 2, Dover Publications, Nueva York, 1958, págs. 1578–1643; y Humbert S. Nelli, *Italians in Chicago, 1880–1930: A Study in Ethnic Mobility*, Oxford University Press, Nueva York, 1970, págs. 156–99.

22 Howard W. Odum, *Social and Mental Traits of the Negro: Research into the Conditions of the Negro Race in Southern Towns*, Columbia University Press, Nueva York, 1910, págs. 102–3, 109, 99.

entre ellos, seguro médico, orfanatos, agencias de empleo y hogares de ancianos. La membresía de los masones de Prince Hall representa casi el “Quién es quién” de la historia afroamericana: Adam Clayton Powell Jr., Oscar DePriest, Thurgood Marshall, Carl Stokes, Booker T. Washington y W. E. B. Du Bois²³.

Los masones representaban solo la punta del iceberg de las sociedades fraternales afroamericanas. Los afroamericanos organizaron versiones paralelas de los Odd Fellows, los Elks y los Knights of Pythias. Muchas otras sociedades, como los True Reformers, los Knights and Daughters of Tabor y la Grand United Order of Galilean Fishermen, no tenían homónimos blancos. En 1904, las versiones afroamericanas de los masones de Prince Hall, los Knights of Pythias y los Odd Fellows tenían, entre todas, 400.000 miembros y 8.000 logias esparcidas por todo el territorio de Estados Unidos. Cinco años antes, W. E. B. Du Bois había estimado que al menos el 70 por ciento de los afroamericanos adultos del séptimo distrito electoral de Filadelfia pertenecía a sociedades fraternales o a sociedades de beneficios mutuos menos estructuradas y pequeñas sociedades de seguros²⁴.

Las sociedades fraternales y otras organizaciones de ayuda mutua dieron a los afroamericanos toda clase de acceso al seguro. A diferencia de sus contrapartes blancas, las sociedades secretas afroamericanas eran más propensas a ofrecer seguros formales de vida y por enfermedad, así como ayuda mutua informal. En 1919, la Comisión de Seguros de Salud de Illinois estimó que el 93,5 por ciento de las familias afroamericanas de Chicago tenía, por lo menos, un miembro que contaba con seguro de vida. Los afroamericanos constituyan el grupo étnico más asegurado de la ciudad, seguido por los bohemios (88,9 por ciento), los polacos (88,4 por ciento), los irlandeses (88,5 por ciento) y los nativos blancos (85,2 por ciento). El hecho de que los afroamericanos trabajaran mayoritariamente en ocu-

23 William A. Muraskin, *Middle-class Blacks in a White Society: Prince Hall Freemasonry in America* University of California Press, Berkeley, 1975, págs. 118, 133–59, 54–56.

24 Booker T. Washington, *The Story of the Negro, The Rise of the Race from Slavery*, vol. 2, Negro Universities Press, Nueva York, 1969, págs. 148–70; W. E. B. Du Bois, *Economic Cooperation Among Negro Americans* Atlanta University Press, Atlanta, 1907, págs. 109, 115, 122; y W. E. B. Du Bois, *The Philadelphia Negro: A Social Study*, Schocken Books, Nueva York, 1967, págs. 185–86, 221–27.

Los mexicano-estadounidenses también conformaron versiones de esas sociedades “blancas” como los Masones y los Leñadores del Mundo. La mayoría de las sociedades fraternales mexicano-estadounidenses, sin embargo, no tuvieron paralelismos blancos directos. José Amaro Hernández, *Mutual Aid for Survival: The Case of the Mexican American*, Robert E. Krieger Publishing Co., Malabar, Florida, 1983, págs. 65–66.

paciones mal pagas y no calificadas, como el servicio doméstico y trabajos de baja categoría, hacía que estas cifras fuesen aún más notables. También representan un impactante testimonio de la resistencia de las familias afroamericanas en la era de la segregación de las leyes de Jim Crow y la marginalidad económica²⁵.

Los altos índices de seguros afroamericanos no fueron excepcionales en Chicago. Una encuesta de 1919 de los migrantes sureños afroamericanos en Filadelfia reveló que el 98 por ciento de las familias (independientemente de su categoría de ingresos) tenía uno o más miembros asegurados, más del 40 por ciento de ellos en sociedades fraternales. En la ciudad minera de Homestead, Pensilvania, en 1910, el 91,3 por ciento de las familias afroamericanas contaba con seguro de vida, ligeramente por detrás del 93 por ciento de las familias eslavas, pero delante de las 80 por ciento de las familias blancas nativas. Estadísticas de este tipo impresionaron a Isaac Rubinow, defensor líder del seguro gubernamental a la vejez que, en 1913, señaló a los afroamericanos y a los inmigrantes como grupos “en los cuales el hábito del seguro mutuo a través de la asociación voluntaria se ha desarrollado hasta el máximo nivel en Estados Unidos”²⁶.

La logia fraternal (a pesar de sus connotaciones de género específicas) no era un coto completamente masculino. La alta participación de las mujeres en las sociedades fraternales no se ha analizado en forma debida por los historiadores. Muchas sociedades fraternales tenían ramas auxiliares de mujeres, como las Eastern Star (Estrella Oriental) de los masones y las Rebekahs (Rebecas) de los Odd Fellows. Una de las más importantes sociedades fraternales gestionada

25 *Report of the Illinois Health Insurance Commission of the State of Illinois*, pág. 222.

26 Sadie Tanner Mossell, “The Standard of Living Among One Hundred Negro Migrant Families in Philadelphia”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 98, noviembre de 1921, pág. 200; Margaret F. Byington, *Homestead: The Households of a Mill Town*, Charities Publication Committee, Nueva York, 1910, pág. 91; y Hace Sorel Tishler, *Self-Reliance and Social Security, 1870–1917*, pág. 96. Esta alta incidencia en la tenencia de pólizas de seguros de vida de afroamericanos persistió incluso hasta fines de la década de 1960. En 1967, el Centro de Investigación por Encuestas de la Universidad de Michigan descubrió que un porcentaje mayor de afroamericanos que de blancos poseía seguro de vida en cada grupo de ingresos. Aproximadamente 80,33 por ciento familias afroamericanas tenían algún tipo de seguro de vida en comparación con el 77,5 por ciento de familias de blancos. Las estimaciones más recientes son más difíciles de conseguir, pero, en vista de la rápida expansión del Estado de Bienestar desde 1967, sería interesante averiguar si los índices relativos de seguros de afroamericanos y de blancos han cambiado. Citado en Roland W. Bailey, ed., *Black Business Enterprise: Historical and Contemporary Perspectives*, Basic Books, Nueva York, 1971, pág. 167.

y financiada exclusivamente por mujeres fue Ladies of the Maccabees (Señoras de los Macabeos). Llamaron “colmenas” a sus logias y ofrecieron servicios a las integrantes que incluían el seguro de maternidad. Las órdenes fraternales también influían en la vida de las mujeres de otras maneras. La mayoría de los hogares fraternales para ancianos admitía a las viudas de los miembros en los mismos términos que a sus esposos. Si bien no hay estadísticas nacionales disponibles, la Comisión de Pensiones de Vejez de Pensilvania descubrió que las mujeres constituyan el 76 por ciento de los residentes de hogares fraternales y de beneficencia para personas mayores de ese estado. Además, las mujeres eran las principales beneficiarias de los beneficios por fallecimiento²⁷.

La idoneidad de la ayuda mutua

¿Qué grado de idoneidad tenía la protección de ayuda mutua que ofrecía la sociedad fraternal? Para responderla correctamente, es necesario abordar la pregunta desde varios niveles. En primer lugar, uno podría preguntarse: ¿idóneo para qué? La sociedad fraternal se ocupó de una gran cantidad de necesidades individuales: becas para grupos étnicos, entretenimiento, el establecimiento de relaciones comerciales, así como beneficios de seguro y previsión social. No es sorprendente que cada sociedad tuviera diferencias marcadas en cuanto a las metas en las que hacían hincapié. El historiador inclinado a buscar “la mejor manera” está destinado a desilusionarse cuando estudie la sociedad fraternal. Los masones y los Odd Fellows acentuaban el secreto y los rituales solemnes, mientras que los Knights of Maccabees, y la Ancient Order of United Workmen se concentraban en la protección del seguro. Otros, como la Ancient Order of Hibernians (Antigua Orden de los Hibernios) y la Alianza Nacional de Polonia, hicieron de la solidaridad étnica su principal credo²⁸.

Como proveedora de bienestar social, la sociedad fraternal de seguros no era una panacea, pero, en el contexto de la época, hacía un trabajo confiable para satisfacer las necesidades de los afiliados y sus familias. En la vasta mayoría de

27 US Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, *Monthly Labor Review* 28, marzo de 1929, págs. 421, 424; Charles W. Ferguson, *Fifty Million Brothers: A Panorama of American Lodges and Clubs*, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1937, pág. 144; y *Report of the Pennsylvania Commission on Old Age Pensions*, Harrisburg, 1919, pág. 67.

28 Los hibernios, por supuesto, eran irlandeses estadounidenses. Véase Michael F. Funchion, ed., *Irish American Voluntary Organizations*, Greenwood Press, Westport, 1938, págs. 51–61.

los casos, como hemos visto, los beneficios por enfermedad de las sociedades fraternales cubrían el período de enfermedad que se requería. Lo mismo podía decirse de la utilidad del beneficio por fallecimiento. Ayudaba a amortiguar el golpe financiero que significaba perder a un miembro de la familia (en general el asalariado principal).

Para los estadounidenses de la década de 1990, la “idoneidad” de la asistencia social ha adquirido un significado concreto. La cuestión de la idoneidad se ha reducido a la cuestión de la cantidad de gasto asignado. El concepto de idoneidad ampliamente prevalente antes de la Gran Depresión, no solo entre las sociedades fraternales, sino entre los estadounidenses en general, tuvo connotaciones más allá de lo monetario. Se trató de algo muy ligado a cuestiones de carácter, autoestima e independencia. Como lo expresó la publicación *Fraternal Monitor*, la voz principal del movimiento fraternal: “El fraternalismo tiene un interés vital en asuntos que relacionados con la autoayuda, la libertad individual y el mantenimiento de los derechos individuales por parte de la población en su conjunto, siempre que dichos derechos no interfieran con los de los demás”. En numerosas ocasiones, predijo que un papel ampliado del gobierno en la asistencia social desalentaría la ayuda mutua y el sentimiento comunal. “El problema de las jubilaciones estatales”, atacó, “es que socavan la raíz del carácter y la vida nacionales. Destruyen la idea de la responsabilidad individual”²⁹.

Si la medimos por estos parámetros de idoneidad menos cuantificables, la sociedad fraternal dotaba a sus miembros de las ventajas lamentablemente ausentes en los programas de asistencia social del gobierno. En su estudio sobre la vida social del inmigrante en las comunidades del carbón en 1904, Peter Roberts identificó “la independencia, la autosuficiencia y la previsión” como cualidades fomentadas por las sociedades fraternales que observó. Y agregó que

los trabajadores disfrutaban de sus logias porque la administración de los asuntos estaba en sus manos... Los resultados obtenidos por los empleados en la administración de sus asuntos podían no ser los mejores, pero ganaban experiencia en el hacer y adquirían un tacto empresarial y una visión de la naturaleza del mundo económico que son de mayor valor social que las consideraciones financieras³⁰.

29 *Fraternal Monitor* 22, 1 de diciembre de 1911, pág. 16; y *Fraternal Monitor* 19, 21 de enero de 1908: págs. 10–11.

30 Peter Roberts, *Anthracite Coal Communities*, págs. 263–64.

Pobres dignos e indignos

Se ha convertido en un rito de iniciación para los historiadores del bienestar social menoscabar la legitimidad de las preocupaciones previas a la Depresión acerca de la responsabilidad, el carácter y la iniciativa en cuanto a la provisión de asistencia social. Tales ideas han sido invariablemente descartadas, ya sea como instancias de la moral victoriana trasnochada de la clase media o, peor aún, como parte de una campaña de la élite para controlar a los pobres. Por la misma razón, los historiadores han menoscabado la antigua distinción entre pobres “dignos” e “indignos” como falaz y han elogiado los esfuerzos para que la ayuda gubernamental a los pobres fuese un beneficio o un derecho humano básico. Según la visión de Katz: “la distinción entre pobres dignos e indignos siempre ha sido una ficción conveniente, pero destructiva” y ha desviado la atención de las causas sociales más cruciales de la pobreza. Influenciado por las visiones de Michael Walzer, Katz sostiene que este tipo de categorías estigmatizan con crueldad a los pobres como “objetos de caridad” y los privan de lo que simplemente les corresponde como miembros iguales de la comunidad. Este historiador ha dirigido su munición más pesada contra la diferenciación “dignos/indignos” creada por los trabajadores de la caridad de finales del siglo XIX y principios del siglo XX³¹.

Katz y otros historiadores del bienestar social se han precipitado demasiado en desestimar el razonamiento subyacente a estas dicotomías de caridad-sociedad. En su favor, los trabajadores de la caridad estaban dispuestos a enfrentarse a las complejidades y sutilezas de un dilema espinoso. Sus distinciones entre los pobres, si bien imperfectas, se basaban en una premisa razonable: esa pobreza, al igual que otras condiciones humanas, tiene una multitud de causas y soluciones. Siguiendo este criterio, Mary Richmond, una líder prominente del movimiento de beneficencia, observó en 1899:

Cuando nos preguntamos quiénes son los pobres, debemos responder que abarcan tipos de carácter ampliamente divergentes —el egoísta y el altruista, el noble y el miserable, el trabajador y el parásito— y, al caminar entre ellos, tenemos que estar preparados para encontrarnos con seres humanos, que suelen ser diferentes de nosotros, tanto en cosas triviales como externas, pero que son iguales a nosotros en todo lo demás³².

31 Michael B. Katz, *In the Shadow of the Poorhouse*, pág. 291; y Katz, *The Undeserving Poor: From the War on Poverty to the War on Welfare*, Pantheon, Nueva York, 1989, págs. 179–80, 184, 239.

32 Mary E. Richmond, *Friendly Visiting among the Poor: A Handbook for Charity Workers*, Patterson Smith, Montclair, NJ, 1969, págs. 11–12.

El diagnóstico convencional de los historiadores del bienestar social sobre la pobreza parece simplista en comparación. Aplicada a la política pública, la teoría del Derecho que defienden se traduce en el credo simplista (y engañoso) de que “no hay pobres indignos”. Si bien no es su intención, el efecto neto que esto tiene es el de agrupar a todos los pobres en una masa indiferenciada. Este punto de vista es mucho más condescendiente con los pobres que el enfoque de las sociedades de beneficencia. Es particularmente injusto que los pobres que trabajan, aunque sean candidatos para la beneficencia, se nieguen a solicitarla por el orgullo de mantenerse independientes. Según la lógica de los teóricos del bienestar social, estas personas son tontas por intentar valerse por sí mismas.

Dicho esto, los historiadores del bienestar social en verdad tienen razón. Los trabajadores sociales privados así como los públicos durante fines del siglo XIX y principios del siglo XX podían llegar a extremos condescendientes, entrometidos y paternalistas para investigar la “dignidad” de los beneficiarios. La condescendencia de las técnicas de investigación de los casos, como las “visitas amistosas”, era a la vez inequívoca e inquietante³³.

Si bien la crítica de Katz sobre la “categorización” de la asistencia a los pobres como producto de la falta de información de individuos “más afortunados” y ajenos a este problema muchas veces se ajusta a las burocracias de la beneficencia y el bienestar social, pierde valor como herramienta explicativa cuando se aplica a las prácticas de las sociedades fraternales. En primer lugar, incluso aquellas sociedades fraternales controladas por los grupos más pobres y oprimidos restringieron su ayuda a aquellos miembros que “la merecían”. Sería difícil encontrar una sociedad fraternal de cualquier clase económica o grupo étnico que distribuyera la ayuda como un derecho incondicional. Era típico que el capítulo de Georgia de los masones de Prince Hall prohibiera a las logias “recibir o retener como miembro... a todo hombre que fuese un blasfemo profano habitual, un libertino conocido, un bebedor excesivo o alguien culpable de cualquier delito que implice depravación moral o... realizase alguna práctica desmoralizante”³⁴.

33 Para más información sobre las prácticas de investigación de la organización de caridad durante el inicio del siglo XX, véase Walter I. Trattner, *From Poor Law to Welfare State: A History of Social Welfare in America*, Free Press, Nueva York, 1989, págs. 89–92.

34 Michael B. Katz, *The Undeserving Poor*, pág. 184; y William A. Muraskin, *Middle Class Blacks in a White Society*, pág. 46. Las sociedades fraternales entre los afroamericanos libres del Norte antes de la Guerra Civil tuvieron restricciones similares. En 1832, un grupo de afroamericanos observó que, en Filadelfia, “los miembros de esas sociedades se regían por normas y regulaciones que tendían a promover la industria y la moralidad entre ellos. Por todo incumplimiento o violación

William Muraskin considera estas restricciones de la ayuda fraternal como intentos de los grupos oprimidos por ganar respetabilidad imitando la moral victoriana hegemónica de clase media. Este argumento no es convincente. Por ejemplo, ¿cómo puede explicar este argumento la popularidad de similares restricciones en los programas de ayuda mutua administrados por los sindicatos radicales de trabajadores? La organización socialista y con conciencia obrera Federación de Obreros de Occidente (un organismo predecesor de la organización internacional Trabajadores del Mundo) se caracterizó por negarles beneficios a los miembros cuando “la enfermedad o el accidente era causado por intemperancia, imprudencia o conducta inmoral”. Por supuesto, los historiadores pueden refugiarse definitivamente en las afirmaciones de que los trabajadores que apoyaban este tipo de restricciones eran víctimas de “falsa conciencia” o “mistificación”. Pero esto no es más que afirmar que el historiador adhiere al ideal de un mundo en el que cada uno recibe según su necesidad. Este ideal no brinda ninguna pauta para entender las realidades de un mundo en el cual los recursos son limitados y el comportamiento suele ser autodestructivo³⁵.

Cuando se lo ve de esta manera, toda la empresa de establecer analogías entre las restricciones de elegibilidad para recibir la ayuda de caridad/asistencia social y las de las organizaciones fraternales se torna, en el mejor de los casos, dudosa. Las advertencias de la sociedad de caridad dieron un paso en falso, no tanto por su contenido específico, sino porque provenían de personas ajenas a esta problemática, que, en su mayoría, nunca habían sido pobres. Al igual que los burocratas del Estado de Bienestar moderno, los trabajadores de la caridad de principios del siglo XX nunca podrían comprender realmente las condiciones de los pobres ni ganar del todo su respeto. No sorprende que los pobres se ofendieran y desconfiaran del sistema impersonal y burocrático que les entregaba limosnas³⁶.

Las restricciones de acceso a la ayuda de la caridad y la beneficencia giraban en torno a una relación de confrontación entre el donante y el receptor, mientras que las de las sociedades fraternales se apoyaban en principios de reciprocidad.

a estas reglas por intemperancia e inmoralidad de cualquier tipo, los miembros pueden ser objeto de suspensiones o expulsiones”. Leonard P. Curry, *The Free Black in Urban America, 1800–1850: The Shadow of the Dream*, University of Chicago Press, Chicago, 1981, págs. 203–4.

35 William A. Muraskin, *Middle Class Blacks in a White Society*, pág. 84–85; y Alan Derickson, *Workers' Health, Workers' Democracy: The Western Miners' Struggle, 1891–1925*, Cornell University Press, Ithaca, 1988, pág. 66.

36 Estoy especialmente en deuda con Jeffrey Friedman por señalar el contraste entre la ayuda benéfica y las restricciones, con base en relaciones de confrontación, y las de las sociedades fraternales que se centran en lazos de reciprocidad.

En el fondo, las relaciones de confrontación entre el donante y el receptor parecen endémicas en *cualquier* sistema impersonal de ayuda a los pobres (público o privado, basado en derechos o en condicionados por los ingresos) controlados y financiados por burócratas distantes y otras personas ajena (lo que incluye al contribuyente). El donante y el receptor en la sociedad fraternal eran pares dentro de la misma organización. Solían conocerse entre sí a nivel personal. Si bien el proceso de decidir la elegibilidad para recibir la ayuda por parte de las sociedades fraternales sin duda provocó su parte de tensión y excesiva simplificación, rara vez tenía la calidad degradante y condescendiente de las burocracias de la caridad o la asistencia social, ya que, por lo general, era una cuestión de que ciertos pobres determinaran si otros pobres merecían o no la ayuda.

Esta idea fraternal de reciprocidad, por supuesto, implicaba obligaciones mutuas entre los miembros y la organización a la cual pertenecían. Esto era completamente antagónico a la idea de que el donante debe entregar beneficios al receptor como un derecho en un solo sentido. Para subrayar este punto, Walter Basye, editor de la publicación *Fraternal Monitor*, afirmó que “la fraternidad, al igual que la religión o los ahorros bancarios, les da más a quienes aportan más. Y el mejor depósito bancario de la fraternidad es el respaldo y el sincero interés”³⁷.

Si bien los beneficios de la sociedad fraternal no eran derechos incondicionales, tampoco podían ser clasificados correctamente como beneficencia. Los líderes de la sociedad fraternal eran tan críticos de la caridad paternalista como los historiadores del bienestar moderno. El manual de los Colored Knights of Pythias declaraba que “nuestros hermanos enfermos no serán abandonados a la fría mano de la caridad pública; se los visitará y sus necesidades serán abastecidas a partir de los fondos que ellos mismos han contribuido a aumentar y que, en caso de necesidad, reclaman con honor sin la humillación de demandar el socorro parroquial o individual, ante el cual la mente nacida libre retrocede con desdén”. En 1910, una publicación mutualista mexicano-estadounidense proclamó con orgullo que “uno jamás verá vagabundos mexicanos, ni siquiera los más indigentes, porque siempre trabajan, independientemente de su edad o condición social y educativa, para ganarse el pan de cada día con dignidad”³⁸.

37 Walter Basye, *History and Operation of Fraternal Insurance*, pág. 20; y Michael B. Katz, *The Undeserving Poor*, pág. 179. De acuerdo con Terence O'Donnell, el “*esprit de corps* de una sociedad fraternal de beneficencia es uno de sus activos más valiosos, y es mucho más amplio que la ‘buena voluntad’ que una empresa puramente comercial pueda reivindicar”. Terence O'Donnell, *History of Life Insurance in its Formative Years*, American Conservation Company, Chicago, 1936.

38 *History and Manual of the Colored Knights of Pythias*, National Baptist Publishing Board, Nashville, 1917, págs. 448–49; y Jose Amaro Hernandez, *Mutual Aid for Survival*, pág. 93.

Las restricciones a la ayuda de las sociedades fraternales se fundamentaban en una ética de la solidaridad. Al limitar los beneficios a los miembros considerados merecedores de esa solidaridad, compartían un terreno común con los sindicatos. En los sindicatos de trabajadores, los miembros que violaban ciertas restricciones (no pagar las cuotas o trabajar durante una huelga, por ejemplo), perdían su posibilidad de reclamar beneficios. La única diferencia importante entre las organizaciones laborales y fraternales era que las primeras podían utilizar la fuerza, y a menudo lo hacían, para coaccionar a los revoltosos, mientras que las segundas debían depender totalmente del cumplimiento voluntario y las sanciones morales.

Ayuda mutua, antes y ahora

El nutrido registro histórico de la ayuda mutua y la autoayuda plantea un contraste sorprendente con la presente vida social y económica de los más pobres. Cuando consideramos la calidad de la vivienda, los ingresos y los bienes de consumo, la población de los barrios pobres de principios del siglo XX tendría buenas razones para envidiar a la actual “clase baja”. La envidia, sin embargo, probablemente se despertaría del otro lado si hablamos de la solidez de los lazos comunitarios, la solidaridad familiar, la independencia, la esperanza en el futuro y la seguridad en las calles. Estas y otras medidas son vitales aunque no sean fácilmente cuantificables³⁹.

Algunas de las descripciones más convincentes de esta transformación han sido escritas por el sociólogo William Julius Wilson. Si bien Wilson rechaza el retorno a la función del gobierno limitado de la era previa al Estado del Bienestar, se ha referido en repetidas ocasiones al deterioro palpable en las condiciones de vida de quienes deben habitar los barrios pobres de hoy en día. “Los negros en Harlem y en otros barrios marginales”, escribe, “no dudaban en dormir en los parques, en las escaleras de incendios y en los techos durante las calurosas noches de verano de las décadas de 1940 y 1950, y los blancos con frecuencia visitaban las tabernas y los clubes nocturnos de las áreas urbanas pobres. Había delitos, por supuesto, pero no se había llegado a un punto en el cual las personas tuvieran miedo de caminar en las calles por la noche, a pesar de la abrumadora pobreza de la zona”⁴⁰.

39 Para tener una mirada profunda sobre las consecuencias de la decadencia de la ayuda mutua, véase Charles Murray, *In Pursuit: Of Happiness and Good Government*, Simon and Shuster, Nueva York, 1988.

40 William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, The Underclass, and Public Policy*, University of Chicago Press, Chicago, 1987, pág. 3.

James Borchert también ha señalado el contraste entre el pasado y el presente de las áreas urbanas pobres. En *Alley Life in Washington*, comenta con detalle la ausencia de lo que podría llamarse hoy una psicología de la dependencia entre los habitantes afroamericanos y blancos de los suburbios de Washington, DC, durante el principio del siglo XX. Como dice Borchert, los residentes de estas áreas “no eran por lo general protegidos del Estado. En lugar de ser indolentes ‘timadores de la asistencia social’, asumían la responsabilidad de su propia vida y demostraban orgullo, independencia y fuerza... Contrariamente a las descripciones de desorden y patología de los académicos y reformadores”, estas personas tenían la “capacidad de mantener sus viejos patrones culturales en el nuevo entorno, adaptándose y ajustándolos cuando era necesario”. Borchert atribuye este estado de cosas a la familia ampliada, la autoayuda y a la “red de seguridad” de ayuda mutua de los barrios pobres⁴¹.

De la ayuda mutua al Estado de Bienestar⁴²

Si bien los historiadores apenas han comenzado a documentar (o, de hecho, a confirmar por completo) la disminución de la ayuda mutua, un hecho es claro: la sociedad fraternal, un componente clave de la ayuda mutua, ha sufrido pérdidas drásticas en la cantidad de miembros tanto entre los pobres como las clases medias. Para las sociedades de seguros de blancos, las cifras más accesibles, aunque incompletas, se pueden obtener del Congreso Fraternal Nacional (NFC). En 1906, las sociedades que integraban el NFC representaban a 91.434 logias; para 1925, alcanzaron su apogeo con 120.000 logias. Después de eso, el número de logias se estabilizó y disminuyó. El ritmo de descenso se aceleró levemente durante la Depresión y luego se aceleró rápidamente después de la Segunda Guerra Mundial. Para 1986, solo quedaban 52.655 logias. Solo durante la década de 1970, el NFC perdió más del 20 por ciento de las logias miembros. Si bien algunas capearon la tormenta mejor que otras, las sociedades secretas blancas líderes, como los masones, los Odd Fellows y los Knights of Pythias también sufrieron importantes reveses⁴³.

41 James Borchert, *Alley Life in Washington: Family, Community, Religion, and Folklore in the City, 1850–1970*, University of Illinois Press, Urbana, 1980, págs. 98, 215–17.

42 Tomé prestado el título correspondiente al tema de esta sección de la obra de David G. Green y Lawrence Cromwell, *Mutual Aid or Welfare State: Australia's Friendly Societies*. Las sociedades mutualistas fueron las versiones australianas (al igual que las británicas) de las sociedades fraternales estadounidenses.

43 *Statistics of Fraternal Benefit Societies (1906–86)*. Sobre la decadencia de las principa-

El rastreo longitudinal del destino de las instituciones de ayuda mutua afroamericanas es una tarea más difícil. Al compararlas con sus homólogas blancas, las estadísticas son ciertamente irregulares. Según la mayoría de las mediciones, si bien son realmente subjetivas, la membresía global alcanzó su punto máximo en la década de 1920 y luego cayó durante la Depresión. La orden afroamericana más conocida, la de los masones de Prince Hall, se recuperó de alguna manera entre la década de 1940 y la de 1950, para declinar nuevamente recién en la década de 1960⁴⁴.

Aun así, durante la Depresión y mucho después, las sociedades fraternales afroamericanas mantuvieron una notable fortaleza. En 1934, el sociólogo Guy Johnson observó que “prácticamente no existe una comunidad negra en el Sur que no ofrezca a los negros dos o más tipos de afiliación religiosa y de dos a veinte tipos de afiliación fraternal secreta”. Diez años después, el emblemático estudio de Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, afirmó que los afroamericanos de todas las clases eran más propensos que los blancos a sumarse a organizaciones sociales, como las sociedades fraternales. El autor estimó que más de 4.000 asociaciones en Chicago atendían las necesidades de 275.000 afroamericanos de la ciudad⁴⁵.

les sociedades secretas, véase Noel P. Gist, “Secret Societies: A Cultural History of Fraternalism”, págs. 42–43; Lynn Dumenil, *Freemasonry and American Culture, 1880–1930*, pág. 225; y Alvin J. Schmidt y Nicholas Babchuk, “Formal Voluntary Organizations and Change Over Time: A Study of American Fraternal Organizations”, *Journal of Action Research 1*, enero de 1972, pág. 49.

44 Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, Harper and Brothers Publishers, Nueva York, 1944, pág. 953; Edward Nelson Palmer, “Negro Secret Societies”, *Social Forces 23*, diciembre de 1944, pág. 211; y William A. Muraskin, *Middle-class Blacks in a White Society*, pág. 29.

45 Guy B. Johnson, “Some Factors in the Development of Negro Social Institutions in the United States”, *American Journal of Sociology 40*, noviembre de 1934, pág. 336; y Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, pág. 952. En los últimos treinta años, algunas encuestas sobre asociaciones voluntarias también han registrado porcentajes de membresías fraternales. En Long Beach central, California, una encuesta de 1966 detectó que el 14,6 por ciento de los blancos pertenecían a grupos fraternales en comparación con el 27,5 por ciento de los afroamericanos (S. John Dackawich, “Voluntary Associations of Central Area Negroes”, *Pacific Sociological Review 9*, otoño de 1966, pág. 77). En Tampa, Florida, en 1967, el 8 por ciento de los afroamericanos pertenecía a logias de “socorros mutuos” mientras que el 11 por ciento pertenecía a logias “normales”. No se tabuló ningún porcentaje de blancos. Jack C. Ross y Raymond H. Wheeler, *Black Belonging: A Study of the Social Correlates of Work Relations Among Negroes*, (Greenwood Publishing Company,

En lugar de elogiar este alto nivel de organización social afroamericana, Myrdal lo veía como un defecto. Catalogó a las sociedades fraternales afroamericanas como inútiles imitaciones de sus homólogas blancas y como un reflejo de patología social. Myrdal declaró que “a pesar del hecho de que son predominantemente de clase baja, los negros son más propensos a ingresar a asociaciones que los blancos; en este sentido, una vez más, los negros son estadounidenses ‘exagerados’”. Para Myrdal, la mayor parte de la organización afroamericana representaba un “esfuerzo inútil”. Uno se pregunta si Myrdal, de haber revisado sus comentarios, habría previsto la existencia individual aislada del inquilino típico de los complejos de viviendas públicas de las áreas urbanas pobres de la actualidad⁴⁶.

En este punto, el estado de la investigación no ofrece respuestas fáciles a la importante cuestión de por qué las instituciones fraternales y otras instituciones de ayuda mutua han perdido tanto terreno en el último medio siglo o más. La literatura ha sido cuando menos superficial y tentativa. Las teorías más prevalentes del deterioro de la sociedad fraternal subrayan el papel de los problemas actuariales, originados en el cálculo deficiente de la base imponible de la mayoría de las sociedades formadas entre 1870 y 1910. Originalmente, era una práctica común para todos los miembros, independientemente del riesgo o de su edad, el pago de la misma prima. Si bien el sistema funcionó bien en un principio, quedó bajo una fuerte presión cuando el número de miembros de edad avanzada aumentó. A medida que aumentaba la mortalidad, se debían prever bases imponibles más elevadas y, a menudo, onerosas, lo que llevaba a los principales miembros más

Westport, 1971, págs. 106–8). En Austin, Texas, entre 1969 y 1970, la cifra de membresía mutualista era de 16,9 por ciento para hombres afroamericanos y de 13,3 por ciento para mujeres afroamericanas, frente al 10,3 por ciento para hombres blancos y el 2 por ciento para mujeres blancas (J. Allen Williams, et al., “Voluntary Associations and Minority Status: A Comparative Analysis of Anglo, Black, and Mexican Americans”, *American Sociological Review* 38, octubre de 1973, pág. 644). En la ciudad de Nueva York, en 1972, la representación de sociedades fraternales era de 7 por ciento para hombres afroamericanos y de 2 por ciento para mujeres afroamericanas, en comparación con el 12 por ciento para hombres blancos y el 3 por ciento para mujeres blancas (Steven Martin Cohen and Robert E. Kapsis, “Participation of Blacks, Puerto Ricans, and Whites in Voluntary Associations: A Test of Current Theories”, *Social Forces* 56, junio de 1978, pág. 1063).

46 No todos los académicos concuerdan con la interpretación de Myrdal sobre las sociedades fraternales afroamericanas como una imitación. Véase especialmente Betty M. Kuyk, “The African Derivations of Black Fraternal Orders in the United States”, *Comparative Studies in Society and History* 25, octubre de 1983, págs. 559-92. Kuyk cita pruebas de que las sociedades afroamericanas le deben mucho a sus antepasados afroamericanos por los rituales y formas de organización.

jóvenes (de menor riesgo) a abandonar la institución. Después de la década de 1910, las sociedades más grandes comenzaron una transición, con frecuencia dolorosa, a sistemas de primas basados en el riesgo. Sin embargo, los estados adoptaron leyes para acelerar el proceso de reacomodamiento, y el resultado final fue que muchas de las sociedades más pequeñas, con frecuencia afroamericanas, (que todavía *podían* operar con eficiencia sobre una base imponible) quedaron fuera de la actividad⁴⁷.

Richard de Raismes Kip, J. Owen Stalson y otros identifican la competencia del entretenimiento de la radio, el cine y la televisión como una contribución a la pérdida de miembros en las sociedades fraternales. Esta visión tiene cierto mérito para explicar el destino de las sociedades secretas, pero no funciona tan bien si se aplica a las sociedades fraternales de seguros. Después de todo, el argumento de venta más convincente de esas sociedades (al menos según lo que se observa en sus anuncios para nuevos miembros) era el seguro. Además, el enfoque en el entretenimiento no explica por qué tantos trabajadores, antes de la década de 1920, se unieron a las sociedades de seguros fraternales en lugar de a los clubes sociales o sociedades secretas disponibles que no ofrecían tales seguros. Y si el entretenimiento era la atracción clave de la pertenencia a las sociedades fraternales, ¿por qué se realizaban innumerables esfuerzos para instituir y mantener los programas de seguro que solían ser bastante caros?⁴⁸

Otros factores que influyeron en la caída fueron las limitaciones legales o coercitivas que impedían a las sociedades fraternales luchar eficazmente contra los nuevos competidores privados y gubernamentales. Para la década de 1920, las sociedades médicas, fortalecidas por las barreras restrictivas de la licencia y la certificación, habían ganado en gran medida (al menos temporalmente) su incesante batalla contra la logia y otras formas de práctica por contrato. El efecto no fue solo elevar el costo general de la atención médica, sino cerrar el prometedor mercado de los seguros de salud a una mayor expansión de las sociedades fraternales⁴⁹.

47 John Chodes, “Friendly Societies: Voluntary Social Security and More”, *The Freeman* 40, marzo de 1990, pág. 98; y Walter Basye, *History and Operation of Fraternal Insurance*, págs. 113–22.

48 Richard De Raismes Kip, *Fraternal Life Insurance in America*, College Offset Press, Filadelfia, 1953, págs. 182–83; y J. Owen Stalson, *Marketing Life Insurance: Its History in America*, McCahan Foundation, Bryn Mawr, 1969, págs. 460–61. Un buen recurso para consultar anuncios de una amplia variedad de sociedades es cualquier número de la publicación *Fraternal Monitor*.

49 Para la caída de la práctica profesional por contrato durante la década de 1920, véase John Duff, *The Healers: The Rise of the Medical Establishment*, McGraw, Nueva York, 1976, págs. 198–99.

Una variante sobre el tema de la interferencia legislativa que invita a la reflexión ha sido presentada por Roger L. Ransom y Richard Sutch. Ambos sostienen que las prohibiciones legales por parte de los Estados para ciertas formas de seguros, como la política de tontina⁵⁰ —una forma de seguro a la vejez—, estimularon al consumidor individual a depender de los planes de beneficios de los empleadores y de los programas gubernamentales, como la Seguridad Social. A pesar de ser prometedora, la teoría de Ramson y Sutch necesita más elaboración⁵¹.

Lo mismo puede decirse de las explicaciones que postulan una relación causal entre el ascenso del Estado de Bienestar y la disminución de la ayuda mutua. Es muy claro que, entre los blancos y los afroamericanos, el debilitamiento de la ayuda mutua coincidió con el crecimiento del rol social-benefactor del gobierno. La participación del gobierno en la asistencia social (más allá, por supuesto, del tradicional asilo de pobres) depredó el Nuevo Trato. La mayoría de los estados, en los albores de la Depresión, ya había adoptado las leyes de indemnización por accidente de trabajo y la pensión materna. En 1913, veinte estados contaban con pensiones maternas; para 1931 el total había llegado a cuarenta y seis estados. La década de 1930 trajo consigo la primera participación federal sustancial en el bienestar social, incluida la Seguridad Social y Asistencia para Familias con Hijos a Cargo (ADC)⁵².

Si bien la correlación entre el aumento de la participación gubernamental y la disminución de la ayuda mutua es evidente, no está demostrada la relación de causa y efecto. Sin embargo, el sentido común, a falta de otra cosa, dictamina nuevas investigaciones sobre posibles conexiones entre estas dos tendencias. La ayuda mutua, a través de la historia, ha sido hija de la necesidad. El gobierno, al asumir las responsabilidades de la asistencia social que antes estaban en el ámbito de las instituciones voluntarias, debe haber socavado gran parte de esa necesidad. En este punto, tenemos abundantes y tentadoras porciones de evidencia circunstancial para que los historiadores desmenucen. Con el advenimiento de la indemnización de trabajo en la década de 1910 y de 1920, las sociedades de ayuda mutua organizadas en el lugar de trabajo por los empleados se retiraron en

50 Los inversores crean un fondo común aportando el capital inicial y reciben intereses el resto de su vida. Cada vez que uno de los partícipes muera, el interés que recibe el resto se incrementa, y cuándo el último muere, en el esquema de Tonti, el capital restante del fondo vuelve a las arcas públicas.

51 Roger L. Ransom and Richard Sutch, “Tontine Insurance and the Armstrong Investigation: A Case of Stifled Innovation, 1868–1905”, *Journal of Economic History* 47, junio de 1987, pág. 390.

52 Walter I. Trattner, *From Poor Law to Welfare State*, págs. 202–5.

masa del ofrecimiento de seguros por accidentes de trabajo. Además, dado que los fondos de tales indemnizaciones se aplicaban directamente a los planes médicos seleccionados por el empleador, la consecuencia puede haber sido arriesgar la competencia de servicios ofrecidos por las sociedades fraternales⁵³.

Paradójicamente, si bien defiende el Estado de Bienestar, Katz especula con que los programas de transferencia del gobierno contribuyeron a la caída sustancial de la ayuda mutua entre los pobres. Él reconoce que, antes del advenimiento del Estado de Bienestar, los pobres se apoyaban en “una serie de redes complejas y entrecruzadas” que se basaban en “cadenas íntimas de reciprocidad y actos espontáneos y extraordinarios de generosidad entre los propios pobres” y cita las iniciativas federales de asistencia como factores que “pueden haber debilitado [estas] redes de apoyo en las áreas urbanas pobres, transformando la experiencia de la pobreza y alejando el aumento de personas sin hogar”⁵⁴.

La relación, si es que la había, entre el deterioro de la ayuda mutua y las recientes vicisitudes de la familia, otra institución central del bienestar social, también amerita un análisis futuro. A diferencia de la escasa literatura histórica sobre las sociedades fraternales, la historia de la familia afroamericana ha sido un tema de investigación favorito desde la década de 1960. El estudio reciente más conocido sigue siendo el de Herbert Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750–1925* (1976). Gutman discutió el estudio de Daniel Patrick Moynihan de 1965 (todavía popular en algunos círculos), que llegó a la conclusión de que la experiencia de la esclavitud había dejado a la familia afroamericana con una irremediable “desorganización” y una incapacidad de hacer frente a los cambios sociales. Utilizando los registros del censo de una amplia gama de localidades, Gutman descubrió que, al menos hasta la década de 1920, la existencia de familias biparentales era tan frecuente entre los afroamericanos como entre los blancos. Si bien los afroamericanos tenían más hijos extramatrimoniales que los blancos, era una práctica aceptada incorporar a los padres solteros y a sus hijos al sistema familiar. En 1983, en cambio, el 41,9 por ciento de las familias afroamericanas no contaba con la presencia del esposo. Según indica el estudio de Gutman, la alta incidencia actual de hogares monoparentales entre las familias afroamericanas

53 Para consultar sobre el efecto amortiguador de las compensaciones laborales por accidente e invalidez de las asociaciones de beneficio mutuo, véase US Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, *Monthly Labor Review* 25, julio de 1927, pág. 20; *Monthly Labor Review* 28, enero de 1929, pág. 74; y Pierce Williams, *The Purchase of Medical Care Through Fixed Periodic Payment*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1932, págs. 278–79.

54 Michael B. Katz, *The Undeserving Poor*, págs. 190–91.

parece ser un producto del siglo XX, no una herencia de la esclavitud⁵⁵.

Si bien es importante, la actual rareza de encontrar un formato biparental entre las familias afroamericanas empobrecidas, no representa en sí mismo, un índice inequívoco de una mayor desintegración familiar. Recientes investigadores de la familia afroamericana han señalado con acierto que formatos familiares monoparentales o levemente ampliados, han funcionado muy bien en algunos contextos históricos. Un indicador más preciso de la “desintegración”, que carece de connotaciones normativas, sería el grado en que una familia (cualquiera que sea su composición) se ha convertido en dependiente, para obtener su sustento, de relaciones e instituciones no recíprocas. En función de esta medición, por supuesto, se ha producido un notable deterioro de la familia desde la era de la Depresión. La faceta más evidente del aumento de la dependencia de la familia de fuentes externas (en oposición a las instituciones de autoayuda y ayuda mutua, como la sociedad fraternal) ha sido la proliferación de casos de asistencia social. En 1931, 93.000 familias figuraban en nóminas de pensiones maternales (muy por debajo del 1 por ciento de la población de Estados Unidos). Comparativamente, 3,8 millones de familias reciben la AFDC, que incluye alrededor de un quinto de toda la población afroamericana⁵⁶.

55 Herbert G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750–1925*, Pantheon, Nueva York, 1976; Daniel Patrick Moynihan, *The Negro Family: The Case for National Action*, Office of Policy Planning and Research, Washington, D.C., US Department of Labor, 1965); y William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged*, pág. 65. En la última década, otros historiadores, además de Gutman, han hallado evidencia que confirma la prevalencia de los hogares afroamericanos biparentales, tanto en el Norte como en el Sur, durante finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Para ver resúmenes de la literatura, véase James Borchert, *Alley Life in Washington*, págs. 57-99; y William Julius Wilson y Kathryn N. Neckerman, “Poverty and Family Structure: The Widening Gap between Evidence and Public Policy Issues”, en Sheldon H. Danziger y Daniel H. Weinberg, eds., *Fighting Poverty: What Works and What Doesn't*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1986, págs. 232-59.

56 US Department of Commerce, *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970*, pt. 1, pág. 15; US Department of Labor, *Mothers' Aid*, 1931, pág. 3; *Social Security Bulletin* 53, agosto de 1990, pág. 37; y Nathan Glazer, *The Limits of Social Policy*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1988, pág. 43. La antropóloga Carol Stack ofrece un marco de referencia sumamente útil para medir “la estabilidad y el poder colectivo de la vida familiar”. Stack (cuya perspectiva es similar a la de *Regulating the Poor*) define la familia “como la red sostenible y organizada más pequeña de familiares y no familiares que interactúan todos los días, abastecen las necesidades domésticas de los niños y garantizan su supervivencia” (Carol B. Stack, *All Our Kin: Strategies for Survival in a Black Community*, Harper and Row, Nueva York, 1974, págs. 31, 90).

La sustitución de la ayuda mutua y la autoayuda por el Estado de Bienestar implicó algo más que una simple transferencia contable de prestación de servicios de un conjunto de instituciones a otro. Como habían temido los líderes de las sociedades fraternales, se perdió mucho en ese intercambio que trascendió los cálculos monetarios. Las antiguas relaciones de reciprocidad y de autonomía que las sociedades fraternales habían ejemplificado fueron reemplazadas lentamente por lazos paternalistas de dependencia. El ascenso del Estado de Bienestar no solo acompaña el eclipse de las instituciones de ayuda mutua controladas a nivel nacional, sino que dejó en su lugar burocracias impersonales dominadas por personas ajena a la problemática⁵⁷.

57 Piven y Coward no solo describen sino que aplauden lo que perciben como la mayor disposición de los pobres de la actualidad para buscar la dependencia de la ayuda gubernamental en lugar de depender de sus propios recursos o aceptar las oportunidades de trabajo disponibles (Frances Fox Piven, Richard A. Cloward, Barbara Ehrenreich y Fred Block, *The Mean Season*, págs. 21–22). Las actitudes actuales (al menos en lo concerniente a Piven y Cloward) ofrecen un gran contraste con las reveladas por James Borchert (véase más arriba) en su descripción de los afroamericanos y blancos residentes de los barrios marginales de la era previa al Estado de Bienestar y su fuerte aversión por la caridad y la dependencia de la ayuda a los pobres. Un subproducto de la sustitución recíproca por relaciones de dependencia ha sido la disminución de la famosa “ética del trabajo”. La anterior hegemonía de los valores éticos del trabajo entre los pobres y la clase media fue señalada por una gran variedad de historiadores. Véase especialmente Daniel T. Rodgers, *The Work Ethic in Industrial America, 1850–1920*, University of Chicago Press, Chicago, 1978, págs. 168–70. De muchas maneras, la aceptación del aumento en las relaciones de dependencia posee una tendencia más amplia entre todas las clases que conforman la sociedad (agricultores, ejecutivos de ahorro y crédito, etc.).

Sección III: El Estado de Bienestar, la crisis financiera y la crisis de deuda

El Estado de Bienestar como esquema piramidal

por Michael Tanner

La financiación del sistema de reparto puede resultar una opción atractiva para los políticos que saben que se retirarán antes de que el sistema colapse. A medida que el sistema madura, llega un punto en el que el número de beneficiarios crece y el número de trabajadores que financia el sistema decrece, lo que deja brechas cada vez mayores entre los ingresos y egresos del Estado. Los sistemas de jubilación gubernamentales y la financiación pública o la administración del sistema de salud en todo el mundo se están aproximando a un punto de colapso. Los pasivos no financiados dejarán cargas enormes e insostenibles sobre las espaldas de los jóvenes de hoy en día. Michael Tanner es académico titular del Cato Institute y autor de varios libros, entre ellos, Leviathan on the Right: How Big Government Brought Down the Republican Revolution y The Poverty of Welfare: Helping Others in Civil Society.

En una oportunidad, Margaret Thatcher bromeó acerca del problema que enfrentan los Estados de Bienestar modernos: “Siempre se les acaba el dinero de los demás”. En la actualidad, observamos distintos países donde, uno tras otro, ese comentario profético se está volviendo realidad. Los titulares han estado dominados por los problemas del grupo de países llamados PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) que se enfrentan a la crisis económica más inmediata. Sin embargo, incluso los países con economías relativamente sólidas, como Francia y Alemania, están afrontando niveles de deuda sin precedentes. En 2010, Francia tuvo un déficit igual al 7,1 por ciento del PIB, mientras que el déficit de Alemania alcanzó el 4,3 por ciento del PIB, a pesar de no haberse involucrado en medidas de estímulo tan costosas para responder a la recesión como otros países. Los déficits se suman al total de la deuda pública cuyos intereses deben pagarse cada año. La deuda de Francia era del 81,7 por ciento del PIB y la de Alemania era del 83,2 por ciento. La deuda de Gran Bretaña sobrepasó el 68 por ciento del PIB. De hecho, la

deuda de Gran Bretaña está subiendo con tanta velocidad que para 2040 solo los pagos de intereses representarán el 27 por ciento del PIB del país.

Para poner esto en perspectiva, cada trabajador activo en Alemania lleva €42.000 (US\$52.565) de deuda sobre sus hombros. La deuda nacional de Gran Bretaña arroja una asombrosa cifra de £90.000 (US\$140.322) por hogar. Cada hombre, mujer y niño en Francia soporta una deuda de €24.000 (US\$30.037).

Y todas las mediciones pueden infravalorar considerablemente el nivel real de la deuda que afrontan esos países, ya que no incluyen los pasivos no financiados de los sistemas de jubilación estatal (o la seguridad social). En toda la UE, las obligaciones jubilatorias no financiadas de la actualidad promedian un 285 por ciento del PIB. En algunos países, los pasivos futuros son tan abultados que casi exceden toda comprensión. Por ejemplo, si Grecia llegara a responsabilizarse por todas sus obligaciones jubilatorias no financiadas, la deuda total superaría el 875 por ciento de su PIB, casi nueve veces el valor de todo lo producido por año en ese país. En Francia la deuda total asciende al 549 por ciento teniendo en cuenta todas las promesas jubilatorias actuales, mientras que en Alemania, el nivel de la deuda total se elevaría a 418 por ciento si se consideraran todas las obligaciones jubilatorias no financiadas.

Estos “desequilibrios presupuestarios” (el valor actual de la diferencia entre lo que los gobiernos proyectan gastar y lo que esperan recibir en ingresos) darán lugar a cierta combinación de aumentos impositivos espectaculares, el repudio de las obligaciones (ya sea deuda, beneficios prometidos, o ambos), o el repudio indirecto a través de oleadas de inflación, ya que los bancos centrales crean dinero para cerrar la brecha y erosionar el valor de la deuda y de otras obligaciones. (Esta inflación tiene numerosos efectos nocivos, además de imponer una porción desproporcionada de carga sobre los pobres, que son menos capaces de protegerse del “impuesto inflacionario”). Richard Disney, de University of Nottingham, estima que si las actuales políticas de bienestar social se mantienen sin cambios, los países europeos se verán obligados a aumentar los impuestos de 5 a 15 puntos porcentuales del PIB (no de 5 a 15 por ciento respecto de los niveles actuales, sino de 5 a 15 *puntos porcentuales* del PIB) solo para evitar un aumento de la deuda. Eso implicaría que las tasas impositivas treparían del 45 al 60 por ciento del PIB. Y eso solo evitaría una *nueva* deuda, no cancelaría la *existente*.

En resumen, los países europeos no pueden salir de esta crisis a través de los impuestos.

Independientemente de lo aterradores que los números mencionados puedan ser, centrarse en los impuestos y en la deuda es confundir los síntomas con la

enfermedad. Como Milton Friedman explicaba con frecuencia, el problema real no es de qué manera se paga el gasto —deuda o impuestos— sino el gasto en sí mismo.

Hoy en día, el consumo público promedio de la UE es levemente superior al 52 por ciento del PIB del país. Y, si bien el gasto gubernamental no equivale exactamente al Estado de Bienestar —el gobierno, después de todo, desempeña varias funciones— el gasto destinado al Estado de Bienestar conforma una proporción creciente de gasto para la mayoría de los gobiernos europeos. Los pagos de transferencia ahora son la categoría única de gasto económico más voluminosa en la mayoría de los países de la UE, y el gasto general de asistencia social representa más del 42 por ciento de todo el gasto público de la UE. La deuda es el síntoma y el Estado de Bienestar es la causa.

Estados Unidos no se encuentra en una situación significativamente mejor. De hecho, solo dos países europeos, Grecia e Irlanda, tienen déficits presupuestarios más abultados como porcentaje del PIB. Las cosas mejoran apenas un poco cuando observamos el tamaño de la deuda pública de Estados Unidos, que ahora supera los US\$15,3 billones, 102 por ciento del PIB. Solo cuatro países europeos tienen deudas públicas más grandes que Estados Unidos: de nuevo Grecia e Irlanda, más Portugal e Italia. Si sumamos los pasivos no financiados de la seguridad social y de Medicare a la deuda pública reconocida oficialmente, Estados Unidos realmente debe US\$72 billones, de acuerdo con cifras conservadoras de las proyecciones del gobierno de Obama para los ahorros futuros de Medicare bajo el programa Obamacare, pero algunas proyecciones más realistas llegan a una cifra de hasta US\$137 billones. De modo que, incluso ante el mejor escenario, las cifras ascienden a más del 480 por ciento del PIB. Y, con proyecciones más realistas, el desequilibrio presupuestario de Estados Unidos puede llegar al 911 por ciento del PIB. Es posible que las situaciones de Grecia y Estados Unidos no sean tan diferentes, después de todo.

Y, si bien el Estado de Bienestar que está oprimiendo a Estados Unidos tal vez no sea tan grande como el de Europa, está creciendo con rapidez. En la actualidad, el gobierno federal de Estados Unidos gasta más del 24 por ciento del PIB. Se proyecta que esa cifra aumentará al 42 por ciento del PIB para 2050. Y si sumamos el gasto público local y estatal y de los gobiernos de todos los niveles, superará el 59 por ciento del PIB, más alto que el de cualquier país europeo de la actualidad.

Sin embargo, según la conocida expresión del economista Herbert Stein: “Cuando algo no puede durar para siempre, se termina”. El Estado de Bienestar

moderno simplemente no puede continuar persiguiendo un gasto eternamente más alto con impuestos cada vez más elevados. Tampoco pueden los países como Grecia, Portugal, Italia y España continuar dependiendo de los rescates de países con una situación económica relativamente mejor, como Francia y Alemania, ya que, finalmente, esos países también tendrán que afrontar su propia acumulación de deudas y pasivos no financiados.

Afortunadamente, existen alternativas al Estado de Bienestar. Tomemos, por ejemplo, los tres componentes más grandes de la mayoría de los Estados de Bienestar: las pensiones a la vejez, el sistema de salud y la asistencia a los pobres. Los mercados libres ofrecen maneras más accesibles —y más eficaces— de alcanzar estas metas.

Por ejemplo, los programas de pensiones a la vejez gestionados por el gobierno, que transfieren dinero de los trabajadores activos a los actuales jubilados, se están volviendo cada vez menos accesibles ante sociedades en proceso de envejecimiento. Estos sistemas suelen ser populares, desde el punto de vista político, cuando se implementan porque están financiados mediante un sistema de reparto y poseen la misma estructura financiera que un “esquema piramidal”. Cuando la cantidad de jubilados que reciben beneficios crece y la cantidad de trabajadores que los sostienen disminuye, el sistema colapsa. Para evitar ese colapso, los gobiernos podrían alejarse de los programas de transferencia por reparto y acercarse a sistemas en los cuales los individuos ahorren para su propia jubilación a través de la inversión privada en la economía que produce riqueza.

A los estadounidenses se les dijo que sus cargas sociales se “invierten” en un “fondo fiduciario”, pero no es más que un “pagaré” emitido por el gobierno central para pagar beneficios en el futuro a partir de impuestos futuros. No existe ningún tipo de “inversión”; cuando el sistema genera superávits de ingresos sobre los gastos, el ingreso se “pide prestado” para pagar los gastos públicos actuales y, en su lugar, se coloca un bono del gobierno, que es un “pagaré” para imponer cargas fiscales a los futuros trabajadores. La hora de la verdad, cuando los gastos superen los ingresos y estos “pagarés” sean canjeados por impuestos adicionales, está a pocos años de distancia.

Cada vez más gobiernos se han dado cuenta de que los planes jubilatorios estatales son poco sólidos, injustos e insostenibles. En la actualidad, más de 30 naciones han comenzado a reformar sus programas jubilatorios permitiéndoles a los trabajadores ahorrar e invertir al menos una porción de lo que habían pagado en cargas sociales.

Una tendencia amplia y en crecimiento en países con sistemas de salud nacionales es alejarse del control centralizado del gobierno —que promueve filas, aumento de costos, acceso limitado y racionamiento— e introducir prestaciones más orientadas al mercado, que incluyan una mayor competencia, opciones para el cliente y financiación no tributaria. Países como Suiza y, en menor medida, los Países Bajos y Francia, están liberando los controles gubernamentales e inyectando mecanismos de mercado, entre otros, costos compartidos por los pacientes, fijación de precios de mercado de bienes y servicios, y una mayor competencia entre las compañías aseguradoras y los proveedores.

Los programas destinados a los pobres siguen siendo el área en la que la mayoría de los gobiernos aún no ha introducido reformas. Algunos, por supuesto, se vieron forzados a recortar el nivel de asistencia que brindan, y otros han comenzado a condicionar algunos beneficios, por ejemplo, solicitando que los beneficiarios trabajen o, al menos, busquen empleo. Sin embargo, pocos se han replanteado seriamente la idea de la primacía del gobierno en la atención de los necesitados.

Sin embargo, se necesita una reforma seria. No se trata de una mera cuestión de financiar estos programas en un momento en que los gobiernos sencillamente no tienen el dinero. Más allá del costo monetario, esos programas están erosionando las estructuras sociales necesarias para tener sociedades prósperas y cooperativas. En lugar de terminar con la pobreza, el efecto de las transferencias de ingresos, las viviendas financiadas por el gobierno y otros programas condicionados por el nivel de recursos es el de fomentar y perpetuar clases bajas formadas por individuos que no tienen la capacidad de cuidarse a sí mismos. Estas clases bajas no pueden contribuir al crecimiento necesario para producir los recursos que financian los propios programas de los que dependen.

Gradualmente, la responsabilidad de la asistencia social de los verdaderos necesitados debería ir desplazándose de los gobiernos a la sociedad civil, en particular, hacia las asociaciones de ayuda mutua y autoayuda, y organizaciones benéficas. Las asociaciones de ayuda mutua y las organizaciones benéficas son más eficaces para ayudar a las personas a enfrentar la adversidad, adquirir habilidades y escapar de la pobreza. Es una de las tragedias del Estado de Bienestar moderno que estas organizaciones hayan sido excluidas y sustituidas por el Estado.

Se puede discutir el éxito o el fracaso del Estado de Bienestar en cuanto a cubrir las necesidades de sus ciudadanos. Lo que no es discutible es que el Estado de Bienestar dejó de ser sostenible. Es hora de buscar alternativas que no provoquen la quiebra de las generaciones futuras. Afortunadamente, existen alternativas

voluntarias que son más eficaces para proteger a los vulnerables de nuestra sociedad. Los ciudadanos y gobiernos de todo el mundo deben comenzar la transición para dejar de ser Estados de Bienestar coercitivos, paternalistas, manipuladores e insostenibles y convertirse soluciones voluntarias que sean efectivas, justas, eficaces y sostenibles.

Cómo el derecho a una “vivienda accesible” creó la burbuja que hizo colapsar la economía mundial

por Johan Norberg

*El economista e historiador sueco Johan Norberg demuestra de qué manera las políticas diseñadas para volver “más accesible” la vivienda crearon una burbuja inmobiliaria masiva que provocó el colapso del sistema financiero mundial. Norberg es un académico titular del Cato Institute, autor de numerosos libros, entre ellos *När människan skapade världen* (Cuando la humanidad creó el mundo) y *In Defense of Global Capitalism*, y es productor de varios videos documentales, que incluyen “Globalization is Good” para el canal 4 de Reino Unido y “Overdose: The Next Financial Crisis”. Este ensayo se extrajo del capítulo dos de su libro *Financial Fiasco: How America’s Infatuation with Home Ownership and Easy Money Created the Economic Crisis* (Washington, DC: Cato Institute, 2009), en el cual se presenta con mayor detalle la historia de cómo una cascada de intervenciones manipuladoras del Estado en los mercados —entre ellas, el dinero fácil de la Reserva Federal, el “financiamiento creativo” promovido por el gobierno para préstamos de vivienda, la titularización de hipotecas por parte de empresas patrocinadas por el gobierno (Fannie Mae y Freddie Mac) y las normativas bancarias que alentaron la adquisición de títulos de riesgo— provocaron un colapso financiero global.*

“Ven a ver la victoria
en una tierra llamada Fantasía”

—Extraído de una canción de Earth, Wind and Fire, quienes animaron la gran fiesta de Navidad de 2006 de la Asociación Nacional Federal Hipotecaria (Fannie Mae)

Cuando Fannie Mae y Freddie Mac colapsaron en 2008, el gobierno de Bush rápidamente hizo circular la versión de que había visto venir los problemas hacía años y había intentado controlar las operaciones, pero que los demócratas del Congreso bloquearon el intento. Funcionarios de la Casa Blanca incluso redactaron un memorándum con los temas de debate titulado “*GSEs— We Told You So*” (Empresas patrocinadas por el gobierno: se lo dijimos). Este memorándum describía un informe de 2003 realizado por Armando Falcon Jr. de la Oficina Federal de Supervisión de las Empresas de Vivienda, cuya tarea era controlar a Fannie y a Freddie, y en el cual advirtió que las dos empresas patrocinadas por el gobierno, involucradas en tales prácticas crediticias y de gestión de riesgo irresponsables, podrían declararse insolventes. De acuerdo con Falcon, esta situación podría tener un efecto dominó y causar falta de liquidez en el mercado.

Hubo solo un pequeño detalle que los edecanes de Bush dejaron fuera de su memorándum con temas de debate: el mismo día que Falcon publicó su informe, recibió un llamado del departamento de personal de la Casa Blanca para informarle que estaba despedido¹.

El objetivo del presidente Bush era crear una “sociedad de propietarios” donde los ciudadanos pudieran asumir el control de su propia vida y riqueza a través de la propiedad, que promoviera tanto la independencia como la responsabilidad. Pero eso no solo significaba mercados libres basados en derechos de propiedad privada, sino que era la expresión de la voluntad de recurrir al apalancamiento del gobierno para favorecer la propiedad de viviendas más que otras relaciones contractuales del mercado. Uno de los objetivos clave de Bush era incrementar la proporción de propietarios de viviendas, y dos de sus mejores amigos en ese esfuerzo se llamaron Fannie y Freddie.

Un soleado día de junio de 2002, el presidente Bush visitó la casa del oficial de policía Darrin West en Park Place South, un barrio pobre de Atlanta, Georgia. El oficial West acababa de adquirir una casa en ese lugar gracias a un préstamo del gobierno que cubrió el pago inicial. El presidente había pasado por su casa para explicarle el problema de los negros y latinos que no podían comprarse viviendas en la misma medida que los blancos y para decirle que él se había propuesto resolver el problema. La cantidad de miembros de diversos grupos minoritarios que eran propietarios de sus casas aumentaría en 5,5 millones para 2010, y eso se lograría a través de Fannie, Freddie, préstamos federales y subsidios del gobierno. Según las palabras de Bush:

1 Jo Becker, Sherly Gay Stolberg y Stephen Labaton, “White House Philosophy Stoked Mortgage Bonfire”, *New York Times*, 21 de diciembre de 2008.

Significa que utilizamos el poderoso músculo del gobierno federal en combinación con los gobiernos estatales y locales para fomentar la compra su casa propia².

De hecho, los republicanos respaldaron prácticamente todas las decisiones tomadas por los funcionarios demócratas Henry Cisneros y Andrew Cuomo, y subieron la apuesta. Bush diseñó nuevos subsidios federales para compradores que adquieren su primera vivienda, a quienes deseaba otorgar la cobertura del seguro federal incluso aunque no depositaran ni un solo centavo como pago inicial. En 2004, llegó el momento de establecer nuevos objetivos para las empresas patrocinadas por el gobierno. Cisneros había exigido que el 42 por ciento de las hipotecas de Fannie y Freddie se entregaran a personas de bajos ingresos, y Cuomo había subido esa cifra al 50 por ciento. El gobierno de Bush lo elevó una vez más y estipuló el 56 por ciento en 2008. Un cambio incluso más notable fue que la proporción de préstamos entregados a personas con muy bajos ingresos aumentaría del 20 por ciento hasta llegar al 28 por ciento.

“Nadie deseaba detener la burbuja”, afirmó Lawrence Lindsey, asesor económico senior de Bush. “Habría entrado en conflicto con las propias políticas del presidente”³. Y, en alguna medida, la política de vivienda había adquirido un impulso propio. A medida que más personas podían acceder a hipotecas con mayor facilidad, muchos otros ingresaron en el mercado inmobiliario y los precios subieron. Esa circunstancia, a su vez, hizo más difícil comprar una casa para quienes todavía no se habían aventurado en ese mercado, lo que implicó que se requirieran nuevas intervenciones políticas para que fuese aún más fácil conseguir una hipoteca, y eso elevó aún más los precios. Y, sin embargo, las enormes hipotecas parecían inofensivas, precisamente porque los precios seguían subiendo y era muy sencillo tomar un nuevo préstamo sobre la antigua vivienda.

La actitud del gobierno hacia Fannie y Freddie no comenzó a cambiar sino hasta que se produjo un escándalo sorprendente. En junio de 2003, apenas unos meses después de que sus organismos reguladores hubieran declarado que las cuentas de Freddie Mac eran “precisas y confiables”, trascendió que la empresa había ocultado ganancias por US\$6.900 millones en los tres años anteriores para

2 G. W. Bush, “President Calls for Expanding Opportunities to Home Ownership: Remarks by the president on homeownership”, 17 de junio de 2002, <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/20020617-2.html>.

3 Jo Becker, Sherly Gay Stolberg y Stephen Labaton, “White House Philosophy Stoked Mortgage Bonfire”, *New York Times*, 21 de diciembre de 2008.

su uso en tiempos más difíciles. El escrutinio de las cuentas de las empresas patrocinadas por el gobierno mostró entonces que Fannie Mae también había alterado sus libros, pero exagerando los beneficios para asegurar que sus directivos recibieran sus bonificaciones completas. También se expuso una serie de otras irregularidades, y los altos ejecutivos fueron despedidos abruptamente.

Provocó commoción que las empresas patrocinadas por el gobierno, que muchos veían como una especie de sociedad de beneficencia —al presidente Bush le gustaba decir que hacían negocios con el corazón—, parecían haber adquirido sus habilidades contables de Enron, la empresa de energía que se derrumbó en 2001. Apenas unos días antes de que estallara el escándalo de Freddie Mac, la entidad encargada de su supervisión, la Oficina Federal de Supervisión de las Empresas de Vivienda (OFHEO), había declarado lo siguiente en un informe ante el Congreso:

Los sistemas y programas de gestión de riesgos patentados de Freddie Mac son eficaces. La administración comunica con eficacia un mensaje adecuado de integridad y valores éticos. La filosofía de gestión y el estilo de operaciones tienen un efecto dominante en la compañía. La estructura de la organización y la asignación de responsabilidades prevén la rendición de cuentas y los controles⁴.

Ahora, en cambio, la OFHEO debió hablar de un fraude a gran escala en las empresas patrocinadas por el gobierno y les aplicó un multa de más de medio millón de dólares. Los fraudes contables fortalecieron a los escépticos de Fannie y Freddie del gobierno de Bush. Alan Greenspan los criticó duramente por poner en riesgo la economía, y el presidente Bush reincorporó a Armando Falcon Jr., el crítico de Fannie y Freddie que había sido despedido, a su trabajo como supervisor. El gobierno decidió intensificar la supervisión de las dos empresas y deseaba un proceso de administración judicial de tipo bancario que, en el caso de una crisis, estipularía que el gobierno federal no garantizaba todos los pasivos de dichas empresas. Esto habría asentado un golpe nefasto al modelo de negocio de las empresas, que fue creado únicamente por la “brecha enorme y abultada” (según Greenspan⁵) que existía entre las tasas de interés bajas a las que se podían

4 Office of Federal Housing Enterprise Oversight, “Report to Congress”, Washington, DC, junio de 2003, pág. 38. La Oficina Federal de Supervisión de las Empresas de Vivienda (OFHEO) utilizó un lenguaje similar sobre Fannie Mae en la pág. 36.

5 Binyamin Appelbaum, Carol D. Leonnig y David S. Hilzenrath, “How Washington Failed to Rein in Fannie, Freddie”, *Washington Post*, 14 de septiembre de 2008.

pedir los préstamos gracias a la garantía federal y las tasas de mercado que las empresas ganaban sobre los préstamos.

Pero el gobierno no tendría la última palabra. En una reunión de inversores en 1999, el CEO de Fannie Mae, Franklin Raines, había declarado: “Gestionamos nuestro riesgo político con la misma intensidad con la que administramos nuestros riesgos crediticio y de tasas de interés”.⁶ En todo caso, se trataba de un eufemismo. A medida que Fannie iba perdiendo control sobre las hipotecas que adquiría, dedicaba más y más tiempo y dinero a monitorear las amenazas políticas a su posición financiera. En el transcurso de los años, también había usado sus ganancias para construir una organización lobbyista con oficinas locales y una red de políticos que pocas instituciones podían igualar. En la última década, Fannie gastó US\$170 millones en hacer lobby y en donaciones a candidatos políticos⁷. Fannie y Freddie solían contratar a familiares de políticos para que trabajen en sus oficinas locales, y políticos afines podían obtener empleos bien pagos en las empresas patrocinadas por el gobierno durante los períodos en que no cumplían mandato. A cambio de apoyo político, Fannie y Freddie solían dejar que los miembros del Congreso anunciaran grandes desarrollos de vivienda para trabajadores de bajos recursos; en la práctica, eran decisiones políticas que jamás deberían atravesar procesos políticos de toma de decisiones. Por el contrario, los miembros del Congreso que querían reducir gradualmente los privilegios de Fannie o Freddie quedaron tapados por llamadas y cartas airadas, y los votantes recibieron mensajes telefónicos automáticos: “Su congresista está intentando aumentar el costo de las hipotecas. Pregúntele por qué se opone al sueño americano de la casa propia”⁸.

La estrategia había resultado un éxito extraordinario, y los críticos de las dos empresas habían sido vencidos una y otra vez. En 1999, el secretario del Tesoro del presidente Clinton, Lawrence Summers, se mostró preocupado por Fannie y Freddie, pero su propuesta de reforma fue desechada de plano. Incluso podían incumplir las normas de la Bolsa de Nueva York, en virtud de las cuales una empresa que no presenta informes anuales sobre su situación financiera debe ser excluida de las negociaciones bursátiles. Cuando Fannie dejó de hacerlo, la Bolsa

6 Peter J. Wallison y Charles Calomiris, “The Last Trillion-Dollar Commitment: The Destruction of Fannie Mae and Freddie Mac”, American Enterprise Financial Services Outlook, septiembre de 2008.

7 Lisa Lerer, “Fannie, Freddie Spent \$200M to Buy Influence”, *Politico.com*, 16 de julio de 2008.

8 Charles Duhigg, “Pressured to Take More Risk, Fannie Reached a Tipping Point”, *New York Times*, 5 de octubre de 2008.

de Valores de Nueva York (NYSE) presentó una excepción, que sería aplicable en caso de que “quedar fuera de cotización fuese significativamente contrario al interés nacional”. La Comisión de Mercados y Valores de Estados Unidos aprobó la excepción y Fannie Mae pudo seguir cotizando⁹.

Uno de los políticos que experimentó la ira de Fannie y Freddie fue el republicano Richard Baker (representante de Louisiana), quien había obtenido información de la autoridad supervisora en 2003 acerca de cuánto cobraban los altos ejecutivos de aquéllas. Fannie y Freddie amenazaron con demandarlo si hacía pública la información, lo que le hizo guardar esa carta en la manga por un año. Baker, que para entonces ya había dejado el Congreso, le dijo al *Washington Post* que nunca había experimentado algo semejante: “La arrogancia política que mostraron en su momento de esplendor; nunca ha habido antes ni hubo después una entidad privada que ejerciera ese tipo de poder político”¹⁰.

Cuando el gobierno de Bush les dio la espalda, Fannie y Freddie pusieron en marcha toda su maquinaria de lobby para montar un ataque violento hacia las propuestas de reforma. Movilizaron a la industria financiera inmobiliaria y de la vivienda y a los grupos de activistas que solían donarles dinero, y realizaron una campaña de propaganda en radio y TV a gran escala. “Pero eso podría significar que no podremos comprar la nueva casa”, decía una mujer abatida en uno de los anuncios de TV sobre las consecuencias de las propuestas. Fannie y Freddie ganaron. Los demócratas opusieron gran resistencia, hicieron gestiones para eliminar las disposiciones de la administración judicial de la ley de la Cámara, lo que llevó a que el proyecto de ley quedara tan diluido que el gobierno ya no quiso apoyarlo. En el Senado, el republicano Robert Bennett (representante de Utah) logró debilitar las disposiciones específicas para la divulgación de valores y requisitos de capital.

El segundo donante más importante del senador Bennett era Fannie Mae. Su hijo trabajaba para Fannie en Utah.

Cualquiera podía haberlo anticipado

Para Fannie Mae y Freddie Mac, la derrota del gobierno de Bush fue tan costosa como la victoria pírrica original del comandante griego Pirro sobre los romanos en la batalla de Ásculo. Solían disfrutar de un amplio apoyo de ambos

⁹ Binyamin Appelbaum, Carol D. Leonnig y David S. Hilzenrath, “How Washington Failed to Rein in Fannie, Freddie”, *Washington Post*, 14 de septiembre de 2008.

¹⁰ Ibid.

partidos políticos, pero ahora que el gobierno se había puesto en contra, tenían que apoyarse cada vez más en los congresistas demócratas, quienes deseaban incluso una expansión más rápida de la operación más popular de las dos empresas: los préstamos para personas de bajos ingresos y minorías. La única posibilidad de supervivencia para Fannie y Freddie era cultivar el apoyo de los demócratas eliminando todas las restricciones con respecto a los controles crediticios y préstamos. También habían perdido tiempo debido a los escándalos contables, lo cual había permitido que otras entidades de préstamos les quitaran participación de mercado. Y en este punto, la mayoría de las personas de bajos ingresos que podían hacer frente a una hipoteca en términos de mercado normales ya había adquirido una hacía tiempo. Las empresas patrocinadas por el gobierno entonces debían adentrarse en un territorio incluso más riesgoso en su intento por ganar el espacio perdido.

Daniel Mudd, CEO de Fannie Mae, no dejó ninguna duda sobre la estrategia futura. Les dijo a sus empleados que “sean agresivos en la toma de riesgo, o váyanse de la empresa”. Un antiguo empleado le explicó al *New York Times* que todos sabían que habían comenzado a comprar hipotecas de un modo insostenible, “pero nuestro mandato consistía en mantenernos vigentes y prestar servicio a los prestatarios de bajos ingresos. Y eso hicimos”¹¹. A mediados de 2004, el director del área de riesgos David Andrukonis le comentó al CEO Richard Syron que los controles crediticios se habían vuelto cada vez más laxos y se corría el riesgo de exponer a grandes riesgos financieros tanto a la empresa como al país. Pero Syron se negó a prestar atención a las advertencias y, abatido, le explicó a Andrukonis que Freddie Mac ya no podía permitirse el lujo de decir que no a nadie¹².

A pesar de que el gobierno de Bush había criticado a Fannie y Freddie por asumir riesgos imprudentes, inexplicablemente les ayudó a profundizar más ese camino al decretar, en octubre de 2004, en el apogeo de la locura por los préstamos, un *aumento* drástico de sus metas en cuanto a la cantidad de hipotecas destinadas a personas de bajos ingresos. Como se mencionó antes, la proporción de este tipo de hipotecas iba en aumento año tras año, del 50 por ciento en 2000 al 56 por ciento en 2008. La proporción de préstamos a personas con muy bajos ingresos aumentaría del 20 al 28 por ciento.

Ya a esta altura, había una atmósfera de derrotismo en Fannie Mae y Freddie Mac. Sus altos ejecutivos habían renunciado a complacer a todos sus amos: las

11 Charles Duhigg, “Pressured to Take More Risk, Fannie Reached a Tipping Point”, *New York Times*, 5 de octubre de 2008.

12 Charles Duhigg, “At Freddie Mac, Chief Discarded Warning Signs”, *New York Times*, 5 de agosto de 2008.

demandas de rentabilidad a largo plazo de los accionistas no podían conciliarse con las directivas de los políticos de poner el pie sobre el acelerador. Uno de los empleados describió cómo las conversaciones en la oficina se referían cada vez más a cuánto tiempo faltaba para quedar expuestos:

No era demasiado complejo darse cuenta de lo que estaba sucediendo con la calidad de los préstamos. Cualquiera podía haberlo visto. Pero nadie de afuera siquiera nos preguntaba sobre esta situación¹³.

De hecho, había razones políticas para no desear ver lo que estaba sucediendo. Las intenciones eran buenas, y los objetivos estaban casi fuera de toda crítica. Todavía en julio de 2008, Paul Krugman, un economista de izquierda que pronto ganaría el premio Nobel, atacó a los críticos de Fannie y Freddie, señalando que la dupla no tenía nada que ver con los préstamos de riesgo y que no habían hecho ni una sola hipoteca de alto riesgo¹⁴. Krugman puede haber confundido las cosas: es verdad que Fannie y Freddie no otorgaron ningún préstamo a prestatarios de alto riesgo, pero porque no se dedicaban a ofrecer ningún tipo de préstamo; ellos adquirían los préstamos y una parte cada vez más abultada de esos préstamos eran de alto riesgo. Pero Fannie y Freddie también intentaron encubrir tales préstamos aplicando definiciones más restringidas de “alto riesgo” que la mayoría de los otros actores del mercado. En julio de 2007, el director del área de riesgos de Countrywide dijo con orgullo a los analistas, durante una conferencia telefónica, que su institución estaba vendiendo hipotecas a Fannie Mae que estaban “muy por debajo” incluso de los límites más generosos para hipotecas de alto riesgo, pero que todavía eran consideradas “preferenciales” por Fannie¹⁵.

El mensaje enviado por Fannie y Freddie en 2004 aproximadamente, de que ellos comprarían casi cualquier cosa que se moviera, fue, en gran parte, la razón por la cual los bancos y otras instituciones comenzaron a inundar el mercado con nuevas hipotecas de alto riesgo y de riesgo intermedio (Alt-A). “El mercado sabía que necesitábamos esos préstamos”, explicó un vocero de Freddie Mac¹⁶. Las hi-

13 Binyamin Appelbaum, Carol D. Leonnig y David S. Hilzenrath, “How Washington Failed to Rein in Fannie, Freddie”, *Washington Post*, 14 de septiembre de 2008.

14 Paul Krugman, “Fannie, Freddie and You”, *New York Times*, 14 de julio de 2008.

15 Seeking Alpha, “Countrywide Financial Q2 2007 Earnings Call Transcript, July 24, 2007”, <http://seekingalpha.com/article/42171countrywide-financial-q2-2007-earnings-call-transcript>.

16 Carol Leonnig, “How HUD Mortgage Policy Fed the Crisis”, *Washington Post*, 10 de junio de 2008.

potecas “Alt-A” eran un tipo de préstamo considerado de mayor riesgo que las hipotecas “preferenciales” pero menor que las “de alto riesgo”. Puesto que los préstamos solían recibir esa denominación porque no había documentación que respaldara los ingresos del prestatario, otro nombre que se le asignó fue el de “préstamos mentirosos”. En la práctica, resultaron ser casi tan riesgosos como los préstamos de alto riesgo, y se ha sugerido que los de alto riesgo y los Alt-A debían fusionarse en la categoría más transparente de “préstamos basura”. En 2003, los préstamos basura representaban solo el 8 por ciento de todas las hipotecas de Estados Unidos, pero esa cifra aumentó a 18 por ciento en 2004 y llegó hasta el 22 por ciento en el tercer trimestre de 2006. Alrededor del 40 por ciento de las hipotecas que compraron Fannie y Freddie entre 2005 y 2007 eran de alto riesgo o Alt-A¹⁷.

Los objetivos grandilocuentes habían forzado a Fannie y a Freddie a cambiar su estrategia. En lugar de simplemente comprar hipotecas y reacondicionarlas en valores, ahora compraban más y más este tipo de instrumento a terceros. De hecho, Fannie y Freddie pronto se convirtieron en los mayores compradores del “tramo” más seguro —es decir, el grupo específico con la calificación crediticia más alta— de cada uno de esos valores. Muchos comentaristas piensan que esto fue decisivo para la propagación descontrolada de títulos hipotecarios de alto riesgo en todo el mundo. La razón es que el rendimiento del tramo más seguro era apenas más alto que el interés que pagaban los bancos por los depósitos, lo que significaba que los inversores no estaban precisamente haciendo fila para comprar. Pero para Fannie y Freddie, que tenían capacidad de tomar préstamos baratos debido al apoyo del gobierno, todavía parecía ser un acuerdo atractivo. Y una vez suministrado el capital para dicho tramo, fue más sencillo encontrar otros inversores que estuvieran dispuestos a adquirir los préstamos más riesgosos, que produjeron rendimientos mucho más grandes, algunas veces hasta 20 veces más. Esto impulsó a empresas como New Century y Ameriquest a diseñar valores solamente para que Fannie y Freddie los compraran: no fue coincidencia que el importe de las hipotecas sobre el cual se basaban dichos valores estuvieran justo por debajo de US\$417.000, que era el límite máximo de los préstamos que podían formar parte de las carteras de Fannie y Freddie¹⁸.

La exposición conjunta de Fannie y Freddie al mercado de la vivienda era enorme. A fines de 2007, la suma de los pasivos y los títulos con garantía hipotecaria que estas

17 Peter J. Wallison y Charles Calomiris, “The Last Trillion-Dollar Commitment: The Destruction of Fannie Mae and Freddie Mac”.

18 Jody Shenn, “Fannie, Freddie Subprime Spree”, *Bloomberg.com*, 22 de septiembre de 2008, www.bloomberg.com/apps/news?pid=20601109&sid=a.6kKtOoO72k&refer=home.

empresas habían garantizado y emitido igualó la deuda pública de Estados Unidos. Por cada US\$100 que habían garantizado o prestado a través de títulos, tenían solo US\$1,20 de capital¹⁹. En agosto de 2008, Fannie y Freddie poseían préstamos basura y títulos basados en préstamos basura por un valor de más de US\$1 billón: más de la quinta parte de la totalidad de su cartera hipotecaria²⁰. Nassim Nicholas Taleb, autor del libro *The Black Swan*, sobre cómo las personas subestiman los riesgos de baja probabilidad, dice que estaban “sentadas sobre un barril de dinamita”. Los ejércitos de analistas de las empresas, sin embargo, afirmaban que los riesgos eran pequeños. Poseían modelos sofisticados para gestionar los riesgos. Es decir, todos los riesgos menos uno: una caída en el precio de las viviendas²¹.

Cuando el ex CEO de Freddie, Mac Richard Syron, miró los errores en retrospectiva, culpó por las hipotecas defectuosas a la presión de los políticos mediante la expansión de la vivienda propia, incluso para esos hogares que no podían permitirse el lujo de adquirirla. Ese fue el precio que las empresas patrocinadas por el gobierno tuvieron que pagar por sus privilegios. Pero 15 años antes, fue bajo la mirada de Syron que Boston Fed había iniciado sus esfuerzos sistemáticos por flexibilizar los requisitos de los bancos en cuanto a solvencia crediticia y, en Freddie Mac, había generado una enorme expansión del mercado de las hipotecas de alto riesgo. Cuando el *New York Times* le preguntó hace poco si había algo que él considerara que podría haber hecho de otra manera, replicó: “Si hubiera tenido una mayor capacidad de previsión, tal vez podría haber mejorado las cosas un poco. Pero francamente, si mi previsión hubiera sido perfecta, jamás habría aceptado este trabajo en primer lugar”²².

19 James Lockhart, “Reforming the Regulation of the Government Sponsored Enterprises”, declaración ante la Comisión de Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos del Senado de Estados Unidos, 7 de febrero de 2008.

20 Peter J. Wallison y Charles Calomiris, “The Last Trillion-Dollar Commitment: The Destruction of Fannie Mae and Freddie Mac”.

21 Nassim Nicholas Taleb, *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable* (Londres: Penguin Books, 2008), págs. 225–26.

22 Charles Duhigg, “Pressured to Take More Risk, Fannie Reached a Tipping Point”, *New York Times*, 5 de octubre de 2008.

Sección IV: Pobreza y Estado de Bienestar

Pobreza, moralidad y libertad

por Tom G. Palmer

La comprensión de la pobreza y de las soluciones apropiadas ha evolucionado con los siglos. Este ensayo se basa en la filosofía moral, la economía, la historia y otras disciplinas para revisar la naturaleza y el origen de la pobreza y la riqueza, tal como las han entendido los liberales clásicos, y para exponer la visión de éstos sobre la función correcta de la autoayuda, el socorro mutuo, la caridad y la obligación impuesta por el Estado para aliviar la pobreza. Una versión más extensa de este ensayo se publicó por primera vez en el libro *Poverty and Morality: Religious and Secular Perspectives* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010), editado por Peter Hoffenberg y William A. Galston.

El “liberalismo clásico” hace referencia a esa tradición del pensamiento ético, político, legal y económico que coloca a la libertad del individuo en el centro de la cuestión política y que considera a la libertad, como lo expresara John Locke, como el disfrute de cada persona “de la Libertad de disponer, según le plazca, de su persona, acciones, posesiones y su propiedad toda, y de mandar sobre ellas, dentro de lo permitido por las leyes por las que se rige; y que, en virtud de ello, no se vea sometido a la arbitraría voluntad de otro, sino que pueda seguir con libertad la suya propia”¹.

1 John Locke, *Two Treatises of Government*, ed. Peter Laslett (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), *Second Treatise*, VI, págs. 57, 306. Adviéntase que, para Locke, el término *property* (propiedad) abarca mucho más de lo que dicho término significa en el inglés contemporáneo, el cual se limita a lo que Locke llamó *estate* (bienes inmuebles). Locke, por el contrario, hace referencia a “vida, libertad y bienes inmuebles, lo que yo llamo por el nombre común, *Propiedad*”. Ibid., *Second Treatise*, IX, págs. 123, 350. Compárese también con James Madison, en su ensayo *On Property* (Sobre la propiedad). “Este término, en su aplicación particular, significa ‘ese dominio que un ser humano reclama y ejercita sobre las cosas externas del mundo, excluyendo a todos los demás individuos’. En su sentido más amplio y justo, abarca todo aquello a lo cual un ser humano puede otorgar valor y sobre el cual tiene derecho, y que deja una ventaja similar para todos los demás”. *National Gazette*, 29 de marzo de 1792, <http://press-pubs.uchicago.edu/founders/documents/V1ch16823.html>.

Los liberales clásicos, a pesar de los frecuentes y acalorados desacuerdos entre sí en cuanto a los fundamentos de la libertad y los límites adecuados del poder del Estado, suelen estar de acuerdo en la tesis de la presunción de libertad; es decir, que es la interferencia con la libertad de otros la que debe ser justificada y no la libertad de acción en sí misma. El ejercicio del poder requiere justificación; el ejercicio de la libertad no.²

Tres elementos principales comúnmente aceptados en el pensamiento liberal clásico son:

1. La convicción, expresada de muchas maneras diferentes, de que “los individuos tienen derechos y que hay cosas que ninguna persona o grupo puede hacerles (sin violar sus derechos)”³;
2. El reconocimiento de que el orden y la armonía social tienen la capacidad de surgir de forma espontánea, sin la dirección consciente de ninguna mente ni la imposición de ningún plan, y como una consecuencia no intencionada de personas que interactúan libremente con base en derechos (propiedad) que están bien definidos, estructurados y son defendibles mediante normas legales que facilitan el contrato;
3. El compromiso con un gobierno constitucionalmente limitado, que está autorizado a hacer cumplir las normas de conducta justa, pero que está estrictamente limitado en sus poderes.

Por lo tanto, la tradición del pensamiento liberal clásico se inspira principalmente en tres disciplinas: la filosofía moral, la ciencia social y la ciencia política (o jurídica), que están complementadas por disciplinas auxiliares como la psicología, la historia y la sociología. Cada uno de los tres elementos refuerza los demás para producir una teoría coherente de la relación entre libertad, derechos, gobierno y orden.

Adam Smith, decano de la tradición liberal clásica y colaborador de esas tres disciplinas primarias —la filosofía moral (*The Theory of Moral Sentiments*), la ciencia social (*An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*) y la ciencia política o jurídica (*The Lectures on Jurisprudence*)— conectó los tres pilares en una declaración famosa:

Para llevar un Estado desde el ínfimo grado de barbarie hasta la máxima opu-

2 Véase Anthony de Jasay, “Liberalism, Loose or Strict”, *Independent Review* 9, n.º 3 (invierno de 2005), págs. 427–32.

3 Robert Nozick, *Anarchy, State, and Utopia*, Basic Books, Nueva York, 1974, pág. ix.

lencia se necesita bien poco aparte de paz, impuestos moderados y una razonable administración de la justicia; el resto vendrá por sí solo mediante el curso natural de las cosas. Todos los gobiernos que tuerzan este curso natural, que fuercen las cosas para que sigan por otros canales diferentes o que pretendan interrumpir el progreso de la sociedad en algún punto determinado, serán antinaturales y, para seguir manteniéndose en el poder, se verán obligados a ser opresivos y tiránicos.⁴

Definiciones

El liberalismo clásico ha tenido un largo compromiso con el tema de la pobreza, en parte debido a su íntima asociación con la ciencia económica en particular, y también por el estudio de las formas espontáneas de orden y mejora social en general. Los liberales clásicos han insistido en que la cuestión de la “riqueza de las naciones” surge, de manera lógica, antes que la “pobreza de las naciones”. La pobreza es significativa solo en comparación con la riqueza, y la riqueza debe producirse. La pobreza es la línea de base natural con la que se mide la riqueza; pobreza es lo que se tiene si no se produce riqueza. El economista liberal clásico Peter Bauer, de London School of Economics, rebatió con una famosa frase la discusión de John Kenneth Galbraith sobre las “causas de la pobreza”: “La pobreza no tiene causas. La riqueza tiene causas”. Como propusieron los historiadores Nathan Rosenberg y L. E. Birdzell Jr: “Si tomamos la visión de la historia humana a largo plazo y juzgamos la vida económica de nuestros antepasados según los estándares modernos, se trata de una historia de miseria casi sin tregua”⁵. La pobreza generalizada es la norma histórica; la explosión de la riqueza de los últimos dos siglos es la aberración que requiere explicación.

La prosperidad, como se la entiende hoy en día, es un fenómeno moderno singular. La experiencia de la gran mayoría de la especie humana durante la mayor parte de su existencia, hasta hace muy poco, ha sido la experiencia de la muerte prematura, la enfermedad, la ignorancia, el trabajo físico casi sin respiro y el acceso incierto a la cantidad de alimento suficiente para mantener la vida. La imagen

4 Citado por Dugald Stewart a partir de un manuscrito de Stewart que está perdido en la actualidad, “Account of the Life and Writings of Adam Smith, LLD”, en Adam Smith, *Essays on Philosophical Subject*, ed. W. P. D. Wightman y J. C. Bryce, vol. 3 de *Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, Liberty Fund, 1982, Indianapolis, pág. 322.

5 Nathan Rosenberg y L. E. Birdzell Jr., *How the West Grew Rich: The Economic Transformation of the Industrial World*, Basic Books, Nueva York, 1986, pág. 3.

del pasado comúnmente desarrollada por tantos intelectuales es profundamente engañosa, ya que deriva casi en su totalidad de los escritos de otros intelectuales, es decir, de esa pequeña minoría que tuvo la suerte de disfrutar de tiempo libre para escribir sobre sus vidas. Estas consideraciones son poco representativas de la vida de la gran mayoría de la especie humana. La diferencia entre las condiciones materiales de la existencia que caracterizaron a la mayoría de los seres humanos en el pasado y ahora es sustancial. Según las palabras de la historiadora especializada en economía liberal clásica Deirdre McCloskey:

El fondo de la cuestión es el número doce. Doce es el factor por el cual el ingreso real per cápita actual excede al que había alrededor de 1780 en Gran Bretaña y en otros países que han experimentado el crecimiento económico moderno.

... Si se lo mide de manera más conservadora, la persona promedio tiene alrededor de doce veces más pan, libros, transporte y diversión inocente que la persona promedio de hace dos siglos. Ningún episodio anterior de enriquecimiento se acerca al crecimiento económico moderno, ni China ni Egipto en su mejor momento, ni la gloria de Grecia ni la grandeza de Roma⁶.

6 Deirdre McCloskey, “1780–1860: A Survey”, en *The Economic History of Britain 1700, vol. I: 1700–1860*, ed. Roderick Floud y Deirdre McCloskey, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pág. 242.

Cuadro 1

Niveles de PIB per cápita en los poderes coloniales europeos y en las antiguas colonias, 1500–1998 (dólares internacionales de 1990)

	1500	1700	1820	1913	1950	1998
Gran Bretaña	762	1.405	2.121	5.150	6.907	18.714
Francia	727	986	1.230	3.485	5.270	19.556
Italia	1.100	1.100	1.117	2.564	3.502	17.759
Países Bajos	754	2.110	1.821	4.049	5.996	20.224
Portugal	632	854	963	1.244	2.069	12.929
España	698	900	1.063	2.255	2.397	14.227
China	600	600	600	552	439	3.117
India	550	550	533	673	619	1.746
Indonesia	565	580	612	904	840	3.070
Brasil	400	460	646	811	1.672	5.459
México	425	568	759	1.732	2.365	6.655
Estados Unidos	400	527	1.257	5.301	9.561	27.331
Irlanda	526	715	880	2.736	3.446	18.183

Fuente: A. Maddison, *The World Economy, vol. 1: A Millennial Perspective* y *vol. 2: Historical Statistics*, OCDE, París, 2006, pág. 92

Apenas los últimos siglos han sido testigos de la explosión de energía productiva, como lo demuestran los enormes cambios en el ingreso per cápita, desde 1500 hasta 1998 (Cuadro 1). Los datos son más sorprendentes cuando se analizan gráficamente desde el año 1 hasta el presente (Gráfico 1).

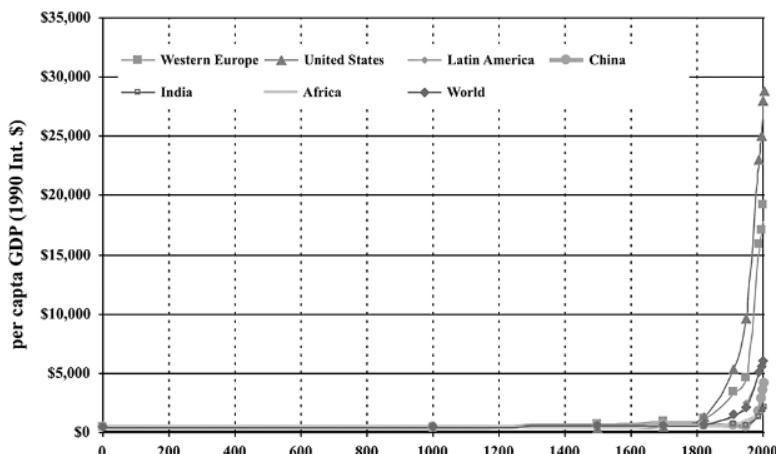
El aumento repentino y sostenido de los ingresos en el período de despegue de alrededor de mediados del siglo XVIII (para Europa Occidental y América del Norte; un siglo más tarde o un poco más en otros casos) no tiene precedentes en toda la historia de la humanidad. Se trata de un cambio repentino de una línea casi horizontal a una línea casi vertical que exige una explicación.

Las condiciones de la mayoría de las generaciones anteriores de seres humanos —si las juzgamos por los estándares del presente— son poco menos que horrores. El núcleo de la investigación histórica, económica y jurídica del liberalismo

clásico ha sido explicar las causas de ese gran cambio, y el consenso general ha sido que el cambio clave fue el crecimiento de las instituciones propicias para la producción de riqueza.

Los liberales clásicos insisten en que la explicación de la producción de riqueza —de lo que hizo posible la tendencia ascendente repentina de la Gráfico 1— es primordial, no solo debido a la rapidez del cambio, sino también por razones de claridad conceptual. La pobreza es lo que resulta cuando no hay producción de riqueza, mientras que la riqueza no surge como resultado de la falta de producción de pobreza.

Gráfico 1



Fuente: Maddison (2005a); Centro de Estudios para el Crecimiento y Desarrollo de Groninga [GGDC] (2005).

El carácter repentino de la explosión de la riqueza que se muestra en la Gráfica 1 es la razón por la cual el relato dominante en la tradición liberal clásica ha sido el de la prosperidad definida con respecto a una norma de pobreza generalizada, y no en términos de bienestar relativo.

Los liberales clásicos han buscado explicar la *presencia de la riqueza* en lugar de tomar su ausencia como el enigma fundamental. La idea de un “círculo vicioso de la pobreza” como explicación de la ausencia de riqueza fue criticado por el economista especializado en desarrollo P. T. Bauer:

Tener dinero es el resultado del logro económico, no su condición previa. La evidencia de que esto es así surge a partir de la existencia misma de los países desarrollados, todos los cuales deben haber sido originalmente subdesarrollados y, sin embargo, han progresado sin donaciones externas. El mundo no se creó en dos partes, una con una infraestructura ya montada y reservas de capital, y la otra sin esas facilidades. Es más, muchos países pobres han progresado rápidamente en los aproximadamente cien años previos a la aparición de la economía del desarrollo moderno y de la prospección del círculo vicioso. En efecto, si la noción del círculo vicioso de la pobreza fuera válida, la humanidad aún estaría viviendo en la Antigua Edad de Piedra⁷.

Casi todos los seres humanos han escapado a la Edad de Piedra. En aquellos países que experimentaron aumentos en los ingresos per cápita, el efecto fue particularmente significativo para los pobres, cuyo estatus e incluso su definición cambiaron drásticamente. Como señaló Carlo Cipolla sobre el impacto de la “Revolución Industrial”, es innegable que una de las principales características de la Europa preindustrial, como en todas las sociedades agrícolas tradicionales, era el fuerte contraste entre la miseria más absoluta de la masa y la opulencia y magnificencia de un número acotado de muy ricos⁸. “Los pobres” se refería a personas al borde de la inanición:

La mayoría de las personas vivían en el nivel de subsistencia. No había ahorros ni seguridad social para ayudarlos en situaciones de emergencia. Si no tenían trabajo, su única esperanza de supervivencia era la caridad. Buscamos en vano, en el lenguaje de la época, el término *desempleado*. El desempleado era confundido con el pobre, el pobre se identificaba con el mendigo, y la confusión de los términos reflejaba la cruda realidad de los tiempos. En un año de mala cosecha o de estancamiento económico, la cantidad de personas indigentes crecía notoriamente... Las personas de la era preindustrial estaban acostumbradas a presenciar fluctuaciones drásticas en la cantidad de mendigos. Especialmente en las ciudades, la cantidad de pobres se disparaba en años de hambruna porque los campesinos hambrientos huían del campo empobrecido y pululaban por los centros urbanos, donde la caridad estaba más disponible y, con suerte,

⁷ Peter Bauer, *From Subsistence to Exchange*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2000, pág. 6.

⁸ Carlo Cipolla, *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy, 1000–1700*, W. W. Norton, Nueva York, 1980, págs. 9–10.

las casas de los ricos tenían comida almacenada. El Dr. Tadino informó que en Milán (Italia), durante la hambruna de 1629, en pocos meses la cantidad de mendigos creció de 3.554 a 9.715. Gascon observó que en Lyon (Francia), “en años normales, los pobres representaban del 6 al 8 por ciento de la población; en años de hambruna, ese número creía a 15 o 20 por ciento”.

La característica fundamental del pobre era que no tenía un ingreso independiente. Si lograba sobrevivir, era porque el ingreso le había sido transferido voluntariamente a través de la caridad⁹.

El gran crecimiento de la industria hizo visibles a los pobres —bajo la forma

9 Ibid., págs. 18–19. El historiador especializado en economía Robert William Fogel hizo gran hincapié en la función del acceso a la nutrición para eliminar la mendicidad:

“El relativamente generoso programa contra la pobreza desarrollado en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XVIII y los duros ataques al programa efectuados por Malthus y otros, han dado la impresión injustificada de que las transferencias del gobierno jugaron un papel importante en la disminución secular de la mendicidad y la falta de vivienda. A pesar de la relativa generosidad de la beneficencia inglesa entre 1750 y 1834, la mendicidad y la falta de vivienda fluctuó entre el 10 y el 20 por ciento. A pesar de la considerable reducción en la proporción de ingresos nacionales transferidos a los pobres como resultado de las Leyes de Pobres de 1834 y años posteriores, la falta de vivienda se redujo drásticamente a fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

“El hecho es que las transferencias del gobierno no lograron resolver los problemas de la mendicidad y la falta de vivienda durante el siglo XVIII y gran parte del siglo XIX, porque la causa raíz de esos problemas era la desnutrición crónica. Incluso durante la etapa más generosa del programa de asistencia, la quinta parte inferior de la población inglesa estaba tan gravemente desnutrida que carecía de la energía para realizar niveles adecuados de trabajo.

“A fines del siglo XVIII, la agricultura británica, incluso complementada con importaciones, simplemente no era lo bastante productiva como para abastecer a más del 80 por ciento de la fuerza laboral potencial con las calorías suficientes para sostener un trabajo manual normal. Fue el enorme aumento de la productividad inglesa durante la última parte del siglo XIX y el inicio del siglo XX lo que hizo posible alimentar incluso a los pobres con niveles calóricos relativamente elevados.

La mendicidad y la falta de vivienda se redujeron a niveles sumamente bajos, según los estándares del siglo XIX, solo cuando la quinta parte inferior de la población adquirió la cantidad suficiente de calorías como para posibilitar el trabajo normal”.

Robert William Fogel, *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700–2100: Europe, America, and the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, págs. 41–42.

de grandes cantidades de trabajadores urbanos — para los habitantes alfabetizados de la ciudad de una manera inédita. Pero ya no eran masas multitudinarias de campesinos hambrientos esperando una limosna. Su estatus había cambiado en forma radical. El aumento de la población posibilitado por el industrialismo no surgió a partir de un incremento en los índices de natalidad, sino por la caída en los índices de mortalidad, particularmente el de muertes prematuras. F. A. Hayek escribió: “Si preguntamos qué es lo que más le deben los hombres a las prácticas morales de aquellos llamados capitalistas, la respuesta es: su vida misma. Los postulados socialistas que atribuyen la existencia del proletariado a una explotación de los grupos anteriormente capaces de mantenerse a sí mismos son totalmente ficticios. La mayoría de los individuos que conforman el proletariado en la actualidad no podrían haber existido antes que otros los proveyeran con los medios para existir”¹⁰.

Los liberales clásicos han trabajado en forma permanente para desenmascarar la falsa imagen del pasado, común a socialistas y conservadores por igual, en la cual los felices campesinos retozaban por la plaza del pueblo, la vida era tranquila y sin estrés, y cada familia campesina disfrutaba de una cómoda cabaña¹¹. El anhelo común de una “edad de oro” anterior, un anhelo que todavía está con nosotros (“Ah, la década de 1950, cuando todo el mundo...”), fue descrito y descartado por el historiador liberal clásico Thomas Babington Macaulay a mediados del siglo XIX:

En la actualidad, está de moda ubicar la edad de oro de Inglaterra en el tiempo en que los nobles estaban desprovistos de comodidades cuya falta sería intolerable para un lacayo moderno; cuando los agricultores y comerciantes desayunaban hogazas de pan cuya sola vista provocaría disturbios en un asilo moderno; cuando usar una camisa limpia una vez por semana era un privilegio de la alta burguesía.

10 F. A. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, University of Chicago Press, Chicago, 1988), págs. 130–31.

11 La clásica refutación se puede encontrar en la revisión de enero de 1830 de Thomas Babington Macaulay sobre el ataque conservador de Robert Southey al industrialismo en 1829, *Sir Thomas More; or, Colloquies on the Progress and Prospects of Society*, en “Southey’s Colloquies”, en Macaulay, *Critical and Historical Essays*, vol. 2, Dutton, Nueva York, 1967), págs. 187–224. Véase también un resumen de T. S. Ashton, *The Industrial Revolution: 1760–1830*, Oxford University Press, Oxford, 1997).

La forma de vida de la generación de Macaulay sería considerada intolerable en la actualidad incluso por los más pobres, según este historiador profetizó:

También nosotros seremos superados oportunamente y, a su vez, seremos enviados. Bien puede ser que, en el siglo XX,... numerosas comodidades y lujos que ahora son desconocidos, o están limitados a unos pocos, estén al alcance de todos los trabajadores diligentes y ahorradores. Y sin embargo, puede que entonces sea lo habitual aseverar que el aumento de la riqueza y el progreso de la ciencia han beneficiado a unos pocos a expensas de muchos¹².

Según lo entendía Macaulay, no existe una línea divisoria natural discernible entre “pobreza” y “riqueza”. Los pobres de hoy disfrutan de comodidades que no estaban disponibles para los ricos del pasado, incluso en el pasado relativamente reciente. (Si alguien lo duda, basta con que compare la experiencia odontológica entre los super ricos de hace cincuenta años con la de los pobres en los países avanzados de la actualidad; ¿quién podría dudar de que los ricos del pasado habrían dado sus colmillos, por decirlo así, por disfrutar de la anestesia y las técnicas dentales modernas disponibles incluso para los más pobres de los países industriales de hoy?)

No han faltado enfoques comparativos en la tradición liberal clásica. El Abbé de Condillac, en un trabajo prestigioso publicado el mismo año que *The Wealth of Nations* de Adam Smith, hizo una distinción entre la mera falta de riqueza y la pobreza, ya que “solo hay pobreza cuando no se satisfacen las necesidades esenciales, y no es pobre quien carece de un tipo de riqueza para la que no ha adquirido una necesidad, y que ni siquiera sabe que existe”¹³. El progreso de las artes y las ciencias y la creación de cada vez mayor riqueza generan nuevas necesidades, cuya satisfacción implica nuevas formas de consumo.

12 Thomas Babington Macaulay, *The History of England from the Accession of James II*, E. H. Butler, Filadelfia, 1849), 291–92. Como señaló Macaulay en sus “Southey’s Colloquies”: “Si tuviéramos que profetizar que en el año 1930 una población de cincuenta millones, mejor alimentada, vestida y hospedada que los ingleses de nuestros días cubrirá estas islas; que Sussex y Huntingdonshire serán más ricas de lo que ahora son las zonas más ricas del West Riding de Yorkshire; que el cultivo, abundante como un jardín florido, llegará hasta la mismísimas cimas del Ben Nevis y el Helvellyn; que habrá máquinas construidas sobre principios aún no descubiertos en cada casa; que no habrá rutas sino ferrocarriles, y que no se viajará sino con vapor; y que nuestra deuda, enorme como nos parece hoy, les parecerá a nuestros bisnietos un gravamen insignificante que podría pagarse fácilmente en un año o dos, muchas personas nos creerían locos”. (pág. 223)

13 Étienne Bonnot, Abbé de Condillac, *Commerce and Government Considered in Their Mutual Relationship*, trad. Shelagh Eltis, Edward Elgar, Cheltenham, 1997, pág. 103.

Adam Smith agregó un elemento adicional. La pobreza consiste no solo en la conciencia de la necesidad insatisfecha, sino también en comparar la situación de uno con la de los demás de manera que cause vergüenza. La vergüenza es una característica definitoria de lo que es una “necesidad”, es decir, algo sin lo cual uno podría ser considerado pobre:

Por necesidades, entiendo no solo los productos básicos que son indispensablemente necesarios para mantener la vida, sino cualquier cosa que la costumbre del país considere indecoroso no tener para personas respetables, incluso las de la clase más baja. Por ejemplo, una camisa de lino, en rigor de verdad, no es necesaria para la vida. Supongo que los griegos y los romanos vivían con mucha comodidad aunque no tuvieran lino. Sin embargo, en la actualidad, en la mayor parte de Europa, sería una vergüenza para un trabajador respetable aparecer en público sin una camisa de lino, cuya falta supuestamente denotaría ese grado lamentable de pobreza en el cual se presume que nadie podría caer sin una mala conducta extrema... Por ende, dentro de las necesidades, comprendo que se incluyen no solo aquellas cosas necesarias por naturaleza, sino también aquellas otras que las buenas costumbres establecidas consideran necesarias incluso para las personas de clase más baja. A todas las demás cosas, las llamo lujos... La naturaleza no las considera necesarias para mantener la vida, y las costumbres no consideran indecente vivir sin ellas¹⁴.

Bajo concepciones tanto absolutas como comparativas, la riqueza y la pobreza son estándares en movimiento. Una acumulación de activos que puede calificar a una persona como rica en un año, puede en un año posterior con más riqueza, calificarla como pobre, y una persona rica en una sociedad puede ser pobre en otra.

En consonancia con su enfoque en la riqueza como el fenómeno a ser explicado, los liberales clásicos, entonces, abordaron con frecuencia el análisis de por qué a algunos les va mejor o peor que a otros.

El libro de Smith, como es bien sabido, se llamó *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. La mayoría de los escritores anteriores ha identificado la riqueza de una nación (su naturaleza) con la riqueza de la élite gobernante. Por el contrario, Smith comenzó su trabajo identificando la naturaleza de la riqueza de una nación, no con su poder militar ni con el oro y la plata del tesoro del rey, sino con el producto anual combinado de la fuerza de trabajo de la nación dividido por el número de consumidores, una concepción que persiste en la noción moderna de producto interno bruto per cápita¹⁵.

14 Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. 2, ed. R.H. Campbell y A.S. Skinner, Liberty Fund, Indianapolis, 1981, págs. 869–70.

15 “En este sentido, por lo tanto, como esta producción o lo que se adquiere con ella guardan

La riqueza de una nación se debe medir, entonces, no por el poder de sus gobernantes ni por los lingotes de oro en el tesoro del Estado, sino por el acceso a la riqueza por parte de cualquier miembro elegido al azar: “Un Estado es debidamente opulento cuando esa opulencia se adquiere fácilmente, o cuando al emplear una pequeña cantidad de trabajo en forma adecuada y juiciosa, es posible que cualquier persona se procure gran abundancia de todas las necesidades y comodidades de la vida”¹⁶. Las causas o determinantes primarios de riqueza son las instituciones que crean incentivos para la producción de riqueza. La pobreza, entonces, contrastada con un trasfondo de riqueza, representa un fracaso en la creación (o la retención) de riqueza, y las causas de ese fracaso son aquellas instituciones o prácticas que *desincentivan* la producción de riqueza y/o crean incentivos para transferencias predatorias que directamente empobrecen a algunos en beneficio de otros.

Si las oportunidades, entendidas como la libertad de participar en actividades voluntarias para crear riqueza, se distribuyen de manera inequitativa, es probable que ello implique una distribución desigual de la riqueza, no porque la suma de la riqueza “creada socialmente” se haya repartido de manera injusta, sino porque las oportunidades para producir riqueza han sido retenidas por algunos que, como consecuencia, son capaces de producir menos. Los liberales clásicos han enfatizado que cada acto de producción es, en sí mismo, un acto de distribución. Si la libertad de producir es desigual, entonces la posesión de la riqueza también será desigual. Por ejemplo, los beneficiarios del otorgamiento de monopolios por parte del Estado pueden cobrar precios más caros al no haber competencia y, por ende, obtener rentas monopólicas, un proceso (ahora conocido como búsqueda de rentas) que transfiere riqueza de una parte a otra y, durante su transcurso, disminuye la acumulación de la riqueza producida, ya que los recursos son desviados en busca de la renta en sí y se alejan de la producción de valor, con lo cual la sociedad en su conjunto es menos rica de lo que hubiera sido en ausencia de la búsqueda de rentas¹⁷.

Si algunos tienen el poder de forzar a otros a producir no para su propio beneficio, sino para el beneficio del poderoso, transferirán la riqueza de los coaccionados

una mayor o menor proporción con respecto al número de personas que la van a consumir, la nación estará mejor o peor abastecida con todas las cosas necesarias y comodidades según las circunstancias”. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. I, ed. R.H. Campbell y A. S. Skinner Liberty Fund, Indianapolis, 1981, pág. 10.

16 Adam Smith, *Lectures On Jurisprudence*, ed. R.L. Meek, D.D. Raphael y P. G. Stein, Liberty Fund, Indianapolis, 1982, pág. 567.

17 Véase Gordon Tullock, “The Welfare Costs of Tariffs, Monopolies, and Theft”, *Western Economic Journal* 5, n.º 3 (junio de 1967), págs. 224–32; y Anne Krueger, “The Political Economy of the Rent-Seeking Society”, *American Economic Review* 64, n.º 3 (junio de 1974), págs. 291–303.

a los que coaccionan, algunas veces, con una gran pérdida neta de la productividad. La esclavitud, la servidumbre, el servicio militar obligatorio y otras formas de trabajo forzado transfieren riqueza de unos a otros. El robo y otras formas de transferencia involuntaria les confiscan a algunos lo que han producido, en general, para beneficio de los confiscadores¹⁸. Las restricciones para que algunos compitan con otros generan rentas a quienes poseen poderes monopólicos, a expensas de sus clientes y competidores potenciales. Una sociedad en la cual algunos tienen prohibido por fuerza de ley la posesión de tierras, la participación en ciertas actividades comerciales o la adquisición de productos básicos a precios negociados libremente es probable que perciba diferencias en el ingreso per cápita entre los grupos que padecieron desventajas legales y los que no. Los ejemplos abundan en la historia¹⁹.

Vulnerabilidad a la pobreza

La vulnerabilidad a la pobreza es considerada por los liberales clásicos como sumamente dependiente de los entornos institucionales. Cuando hay recompensas para la violencia o la acumulación de poder político y de fuerza, los violentos y los que tienen ambiciones políticas se beneficiarán al arrebatarles a las personas laboriosas la riqueza que han producido, empobreciéndolas y disminuyendo los incentivos para producir más riqueza, con el consecuente empobrecimiento relativo de todos. La historia de la civilización es una historia de limitaciones al poder y la violencia, lograda a través de una variedad de medios²⁰.

En los ordenamientos jurídicos caracterizados por derechos de propiedad bien definidos, transferibles y con seguridad jurídica, con fuertes limitaciones para el comportamiento depredador, la pobreza tiende a alejarse de la línea divisoria entre la supervivencia y la inanición y a convertirse en una cuestión de abundancia re-

18 Para acceder a una descripción detallada del ejemplo más notorio del siglo XX, véase Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State*.

19 Los orígenes y el funcionamiento del sistema *apartheid* como un ejemplo de este tipo está explicado por el economista liberal clásico W. H. Hutt en *The Economics of the Colour Bar*, Andre Deutsch, Londres, 1964. Los sindicatos dominados por blancos lograron imponer restricciones a la capacidad de los negros para crear riqueza, eliminándolos, de esta manera, como competidores y cosechando rentas especiales (págs. 58-81). Véase también Ralph Horwitz, *The Political Economy of South Africa*, Frederick A. Praeger Publishers, Nueva York, 1967.

20 La dominación de la violencia como medio para crear incentivos para el ahorro, la inversión y la productividad es el tema de Robert H. Bates en *Prosperity and Violence: The Political Economy of Development*, W. H. Norton, Nueva York, 2001.

lativa, siendo la menor abundancia de los pobres principalmente una cuestión de incapacidad o de falta de voluntad para producir riqueza o ahorrar, en lugar de malgastar, lo que se ha adquirido. De este modo, el “carácter” (también conocido como posesión de virtudes)²¹ es un factor, ya que es poco probable que las personas laboriosas y ahorrativas experimenten pobreza, considerándolo tanto en términos absolutos como relativos.

En sociedades relativamente libres y prósperas, los mejores indicadores de pobreza relativa tienden a mostrar el grado de beneficio que cada persona recibe de la asistencia estatal, el cual, se ha argumentado, tiende a fomentar los vicios de la indolencia y la irresponsabilidad. El ejemplo clásico fue el funcionamiento de las “Leyes de Pobres” en la relativamente próspera Inglaterra, y sobre todo el “sistema de Speenhamland” de “socorro exterior” que subvencionaba a los trabajadores pobres²². Como argumentó Alexis de Tocqueville en su obra *Memoir on Pauperism*, escrita después de un viaje por Inglaterra, la disponibilidad de la “caridad jurídica” en los países ricos como Gran Bretaña, antes de la reforma de las “Leyes de Pobres”, era en sí misma la causa de la pobreza, porque, según sus argumentos, había creado una clase de pobres permanentes. Su investigación apuntaba a resolver una paradoja aparente: “Los países aparentemente más empobrecidos son los que menos indigentes tienen en realidad, y entre las personas más admiradas por su opulencia, una parte de la población se ve en la obligación de depender de los obsequios de la otra para poder subsistir”²³.

21 Para consultar un tratamiento de las virtudes del liberalismo, véase Deirdre N. McCloskey, *The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce*, University of Chicago Press, Chicago, 2006. Véase también Thomas L. Haskell, “Capitalism and the Origins of the Humanitarian Sensibility”, partes I y II, *American Historical Review* 90, n.º 2 (abril de 1985), págs. 339–61 y n.º 3 (junio de 1985), págs. 547–66.

22 “Después de 1795, muchas parroquias del Sur, siguiendo la política de los magistrados de Speenhamland, comenzaron a brindar ayuda externa de acuerdo a una escala basada en el precio del pan y el tamaño de la familia. No había nada que objetar a esta práctica: era solo una cuestión de sensatez y humanidad tratar de que el ingreso de los pobres no cayera por debajo del mínimo de subsistencia. Pero muchas de las autoridades, confundiendo el problema de los asalariados con el de los indigentes, se comprometieron a compensar, con los índices, el monto faltante para que los salarios laborales alcanzaran el estándar. Otorgar una ayuda que varía en forma inversamente proporcional a las ganancias es la peor forma de subsidio, un gesto doloroso que destruye el incentivo para que el trabajador exija, o el empleador ofrezca, salarios más altos”. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, pág. 89.

23 Alexis de Tocqueville, *Memoir on Pauperism*, Ivan R., Chicago, dic. 1997), pág. 37.

Según concluyó Tocqueville en su investigación: “Cualquier medida que establezca la caridad jurídica como algo permanente y le otorgue un formato administrativo está creando una clase ociosa y perezosa, que vive a expensas de la clase industrial y trabajadora”²⁴. Además de crear incentivos para que algunos se conviertan en dependientes de otros, las Leyes de Pobres crearon incentivos para que la persona laboriosa intente controlar los movimientos de los beneficiarios del “socorro exterior”, para que no suceda que los nuevos beneficiarios se conviertan en una carga para los contribuyentes. De acuerdo con Tocqueville:

La caridad jurídica afecta la libertad del pobre tanto como su moral. Esto se puede comprobar fácilmente. Cuando los gobiernos locales se ven obligados, de manera estricta, a asistir a los indigentes, necesariamente les deben esa asistencia solo a los pobres que residen en su jurisdicción. Esta es la única forma justa de igualar la carga pública que resulta de la ley y graduarla en función de los medios de quienes deben soportarla. Puesto que la caridad individual casi siempre se desconoce en un país de caridad pública organizada, cualquier persona cuyas desgracias o vicios la han vuelto incapaz de ganarse la vida está condenada, bajo pena de muerte, a permanecer en su lugar de nacimiento. Si se va, se muda a territorio enemigo. El interés privado dentro del distrito, infinitamente más activo y poderoso de lo que podría ser el cuerpo nacional de policía mejor organizado, toma nota de su llegada, vigila cada paso y, si desea establecer una nueva residencia, informa a la autoridad pública que lo lleva a la línea fronteriza. Con sus Leyes de Pobres, los ingleses inmovilizaron a un sexto de su población. La ataron a la tierra al igual que el campesinado medieval. Así, el hombre se vio forzado contra su voluntad a permanecer en la tierra en la que nació. La caridad jurídica le impide incluso el deseo de mudarse²⁵.

Una dinámica de control similar puesta en movimiento por el estatismo del

24 Ibid., pág. 58. Tocqueville hizo una clara distinción entre “caridad voluntaria” y “caridad jurídica” y respaldó a la primera porque establece un “lazo moral” “entre dos clases cuyos intereses y pasiones suelen conspirar para separarlas y que, aunque se vean distanciadas por las circunstancias, están dispuestas a reconciliarse. Este no es el caso de la caridad jurídica. Esta última permite la continuidad de la limosna, pero le quita su moralidad. La ley despoja al hombre rico de una parte de su excedente sin consultarle, y el rico considera al hombre pobre como un simple desconocido codicioso que fue invitado por el legislador a compartir su riqueza”. (pág. 60)

25 Ibid., págs. 62–63.

bienestar explica las políticas profundamente antiliberales de restricción de la libertad de movimiento a través de las fronteras internacionales, porque los inmigrantes suelen ser vistos por los habitantes de los Estados de Bienestar como parásitos que amenazan con consumir la riqueza de los residentes, en lugar de verlos como potenciales productores de riqueza que llegan para beneficio mutuo²⁶.

Institucionalización de los medios políticos y económicos para la adquisición de riqueza

Uno de los factores principales de producción —en verdad, el más importante— es el marco institucional que facilita la cooperación voluntaria para beneficio mutuo. La producción de riqueza es el resultado de cambios institucionales que crean incentivos para la productividad y beneficios mutuos resultantes del intercambio. Según señala Benjamin Friedman: “Este concepto novedoso y osado tenía un fuerte contenido moral. Por primera vez, las personas veían la posibilidad de adquirir riqueza de una manera que no tenía por qué ser intrínsecamente explotadora. A nivel individual, la idea del intercambio voluntario consistía en que, en cualquier transacción, las dos partes esperaban salir ganando. Pero el mismo concepto se aplicaba de manera aún más sorprendente a nivel de toda la sociedad. El camino hacia la riqueza nacional era el comercio, no la conquista”²⁷. Siguiendo con esa visión, los liberales clásicos han distinguido dos medios para adquirir riqueza: los “medios económicos” de producción e intercambio y los “medios políticos” de aplicación de la fuerza²⁸. Herbert Spencer distingue entre dos tipos

26 Véase, por ejemplo, el tratamiento que se da en Jason L. Riley, *Let Them In: The Case for Open Borders*, esp. 91–125. Según la conclusión de Riley: “Si los conservadores están preocupados porque hay demasiadas bocas en el bebedero —y están remotamente interesados en algún tipo de coherencia ideológica—, deberían trabajar para restringir los pagos de bienestar y no la inmigración”. (pág. 125)

27 Benjamin M. Friedman, *The Moral Consequences of Economic Growth*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2005, pág. 39.

28 Véase, por ejemplo, Franz Oppenheimer, *The State*, Bobbs-Merrill, Indianapolis, 1914. “Existen dos medios fundamentalmente opuestos por los cuales una persona, cuando necesita sustento, se ve obligada a obtener los medios necesarios para satisfacer sus deseos. Estos son el trabajo y el robo, a través del trabajo propio o de la apropiación por la fuerza del trabajo de los demás”. (pág. 24) Oppenheimer etiquetó al primero como los “medios económicos” y al segundo como los “medios políticos”. Véase también Vilfredo Pareto, *Sociological Writings*, ed. S. E. Finer, (Rowman and Littlefield, Totowa, NJ, 1976), particularmente los debates sobre “despojo”.

ideales de sociedad, la “militante” y la “industrial”: la primera caracterizada por la cadena de mando y la jerarquía; y la segunda, por la cooperación y el contrato²⁹.

Puesto que los privilegios especiales en la legislación generan diferencias en la riqueza y el ingreso, los liberales clásicos se esforzaron por identificar y eliminar los privilegios especiales que perjudicaban a algunos en beneficio de otros³⁰. Por ello, los liberales clásicos han hecho campañas activas contra los privilegios gremiales que restringían la entrada a los oficios; las barreras raciales, étnicas, religiosas y de género para acceder a la propiedad de bienes o ingresar a un oficio; las barreras protecciónistas a las importaciones baratas, que elevan los precios al consumidor en beneficio de una pequeña minoría de productores nacionales; y una amplia gama de obstáculos para el esfuerzo de las personas por mejorar su situación. La igualdad jurídica, la libertad de comercio y las profesiones abiertas al talento fueron las consignas de los teóricos liberales clásicos del progreso social³¹.

Los liberales clásicos se enorgullecían de los resultados de sus esfuerzos. Como señaló el periodista liberal clásico E. L. Godkin en las páginas del periódico *The Nation* en 1900: “A los principios y preceptos del liberalismo se debió, en gran medida, el progreso económico prodigioso de la época. Liberados de la intromisión vejatoria de los gobiernos, los hombres se dedicaron a su tarea natural, el mejoramiento de su condición, con los resultados maravillosos que se observan a nuestro alrededor”³².

Riqueza y desigualdad

Al igual que los liberales clásicos no ven la pobreza como “causa” de la pobreza (en el argumento del “círculo vicioso de la pobreza” criticado por P. T. Bauer), tampoco

29 Véase, por ejemplo, Herbert Spencer, *Structure, Function and Evolution*, ed. Stanislav Andreski, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1971, págs. 153–65.

30 Véase, en el contexto de desventajas impuestas por el estado en función de la raza, Walter Williams, *The State against the Blacks*.

31 Henry Summer Maine describió “el movimiento de las sociedades progresistas” desde las relaciones heredadas, en función de la pertenencia a una familia, hasta las libertades personales y la sociedad civil como “un movimiento del estatus al contrato”. Henry Summer Maine, *Ancient Law*, Transaction, New Brunswick, NJ, 2003), pág. 170.

32 E. L. Godkin, “The Eclipse of Liberalism”, *The Nation*, 9 de agosto de 1900. Godkin continuó con una muy pesimista tesis: “Pero ahora parece que este bienestar material ha cegado a la generación actual a la causa que lo hizo posible. En la política del mundo, el Liberalismo es una fuerza decreciente, casi difunta”.

ven como causa de pobreza la existencia de la riqueza, como creen algunos socialistas, quienes argumentan que no entregarle a un pobre bienes y servicios “ocasiona” la pobreza de esa persona³³. La riqueza adquirida voluntariamente es, de hecho, causa de la riqueza de otros, no de su pobreza. La “Ley de Say”, de acuerdo con la cual, “es la producción la que genera una demanda de productos”, postuló que la riqueza de una persona, grupo o nación existía para beneficio de aquellos que comerciaban con ellos³⁴.

¿Qué podía hacer un fabricante activo o un comerciante inteligente en una ciudad pequeña, desierta y semibárbara en un rincón remoto de Polonia o Westfalia? Aunque no existiera temor a la competencia, apenas podría vender algo, porque se producía poco; mientras que en París, Ámsterdam o Londres, a pesar de la competencia con un centenar de distribuidores en su misma línea, podría hacer negocios a una mayor escala. La razón es obvia: está rodeado de personas que producen a gran escala en una infinidad de maneras y que hacen compras, cada una con sus respectivos productos, es decir, con el dinero derivado de la venta de lo que ese comerciante pueda haber producido³⁵.

Las instituciones crean incentivos y los incentivos modifican el comportamiento. Como dice Douglass North: “Las instituciones brindan la estructura de

33 Véase G. A. Cohen, “Incentives, Inequality, and Community”, en *The Tanner Lectures on Human Values*, vol. 13, ed. B. Peterson., University of Utah Press, Salt Lake City, 1992, págs. 263–329; y Phillip Green, *The Pursuit of Inequality*, Pantheon Books, Nueva York, 1981).

34 Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, Augustus M. Kelley, Nueva York, 1971, pág. 133.

35 Ibid., 137. Véase también Jean-Baptiste Say, *Letters to Mr. Malthus* (Sherwood, Neely, and Jones, Londres, 1821), págs. 3–4: “Miremos apenas doscientos años atrás y supongamos que un comerciante transportó una carga importante a los lugares en los que se encuentran ahora Nueva York y Filadelfia. ¿Podría haberla vendido? Supongamos incluso que hubiera tenido éxito en encontrar allí un establecimiento agrícola o una fábrica. ¿Podría haber vendido allí un solo artículo de su producto? No, sin dudas. Hubiera tenido que consumirlo él mismo. ¿Por qué ahora vemos lo contrario? ¿Por qué las mercaderías que se llevan a Filadelfia o Nueva York, o se fabrican allí, con seguridad se venderán al precio actual? Me parece evidente que se debe a que los cultivadores, los comerciantes, y ahora incluso los fabricantes de Nueva York, Filadelfia y las provincias adyacentes crean, o envían allí, algunas producciones, mediante las cuales compran lo que se les ofrece desde otras ubicaciones”. Las implicaciones de la teoría liberal clásica de las relaciones internacionales son obvias y debilitan gravemente los argumentos de los defensores del proteccionismo, así como del mercantilismo imperialista.

incentivos de una economía; a medida que esa estructura evoluciona, determina la dirección del cambio económico hacia el crecimiento, el estancamiento o la decadencia”³⁶.

En general, los resultados no están sujetos a elección; a lo sumo, uno puede elegir un proceso, no un resultado sobre otro. Lo que puede parecer la elección de un resultado (p. ej., salarios más altos) es, de hecho, la elección de un proceso (que prohíbe la creación o el cumplimiento de contratos laborales por debajo de cierto salario). Los procesos no siempre generan los resultados que pueden haber esperado quienes eligen. Daniel Shapiro señala que las “instituciones no pueden caracterizarse en forma adecuada por sus metas”³⁷. Por lo tanto, los liberales clásicos han criticado una gran dosis de intervención en el intercambio voluntario alegando que no genera los resultados prometidos. Las leyes de salario mínimo, por ejemplo, no elevan los salarios; el aumento del producto marginal del trabajo eleva los salarios y eso no está sujeto a control por mandato legislativo, pero esas leyes sí aumentan el desempleo y obligan a las personas a salir del libre mercado e ingresar en el mercado negro, al prohibir que quienes poseen productos de bajo valor marginal (por lo general personas poco calificadas, sin educación y jóvenes) ofrezcan sus servicios a un precio que generaría compradores³⁸.

Las sociedades caracterizadas por la plena igualdad de derechos y libertades seguirán mostrando desigualdades en el ingreso, al igual que las sociedades carentes de libertad. (Ningún orden social elimina las diferencias en el ingreso; en general, solo disimulan las desigualdades, como argumenta Mancur Olson en su ensayo “La teoría de las autocracias de tipo soviético”)³⁹. Lo que distingue a las sociedades libres es una circulación general de las élites: artísticas, culturales, políticas y económicas. En su estudio general de la “circulación de las élites” entre los diferentes tipos de órdenes sociales, Vilfredo Pareto señaló que, al igual que las

36 Douglass C. North, “Institutions”, *Journal of Economic Perspectives* 5, n.º I (invierno 1991), pág. 97. Véase también Douglass C. North, *Structure and Change in Economic History* (W. W. Norton, Nueva York, 1981), págs. 201-2: “Las instituciones son un conjunto de normas, procedimientos de conformidad y normas de comportamiento moral y ético diseñadas para limitar el comportamiento de los individuos con miras a maximizar la riqueza o la utilidad de los principios”.

37 Daniel Shapiro, *Is the Welfare State Justified?* pág. 5.

38 “El estado puede legislar un tipo de salario mínimo. Difícilmente pueda exigir a los empleadores que contraten con ese salario mínimo a todos quienes estaban empleados antes con salarios por debajo del mínimo”. Milton Friedman, *Capitalism and Freedom* (University of Chicago, Chicago, 2002), pág. 180.

39 Mancur Olson, *Power and Prosperity*, Basic Books, Nueva York, 2000, págs. 111-34.

sociedades militantes, las sociedades liberales industriales también se caracterizan por la circulación de las élites, pero sobre la base de procesos completamente diferentes. En una sociedad militarista (“belicosa”), la guerra proporciona el ímpetu para que “el soldado ordinario se convierta en general”, pero en “sociedades comerciales e industriales”, para que los más pobres obtengan riqueza se requiere tanto libertad como “un desarrollo comercial e industrial a escala suficiente para que esa posibilidad real exista para una cantidad apreciable de ciudadanos”⁴⁰. Las relaciones comerciales basadas en la producción y el intercambio voluntario tienden a producir sistemas de desigualdades dinámicas, en lugar de sistemas de desigualdad que se mantienen en forma rígida; es decir, personas y familias que suben y bajan en la escala relativa de riqueza, a medida que la riqueza acumulada de toda la sociedad aumenta⁴¹.

La distinción clave que los sociólogos y economistas liberales clásicos han trazado en el análisis de la siempre cambiante “distribución de la riqueza” dentro de una sociedad libre es la que existe entre “propiedad”, un concepto legal, y “riqueza”, un concepto económico. El intercambio voluntario conlleva la reasignación no solo de los derechos de propiedad sino también de la riqueza, y no solo entre quienes son partes contractuales del intercambio. Cuando Henry Ford compró acero, caucho y vidrio a los proveedores y empleó a trabajadores para fabricar automóviles, no solo ocasionó que la propiedad cambiara de manos entre quienes participaban directamente en el intercambio, sino que también hizo subir el valor de esos recursos, provocó que bajara el valor de los recursos empleados en la fabricación de monturas y aumentó los salarios del trabajo mediante el aumento del valor marginal del producto. Las transferencias de riqueza involucradas fueron mucho mayores que el valor de la propiedad que cambió de manos en las transacciones. Los cambios en la valoración determinan lo que vale un activo, es decir, qué riqueza representa para el propietario, y los valores cambian con regularidad a medida que se introducen nuevos procesos de producción, cambian los gustos, etcétera, lo que implica que la riqueza de algunos aumenta mientras que la de otros disminuye.

La economía de mercado se ve, por ende, como un proceso nivelador. En una economía de mercado, todo el tiempo se está produciendo un proceso de

40 Vilfredo Pareto, *Sociological Writings*, pág. 162.

41 Para obtener evidencia contemporánea, véase W. Michael Cox y Richard Alm, *Myths of Rich and Poor* (Basic Books, Nueva York, 1999), especialmente la discusión sobre la movilidad ascendente en los ingresos (págs. 69–78).

redistribución de la riqueza ante el cual todos esos procesos aparentemente similares que los políticos modernos tienen el hábito de establecer se vuelven comparativamente insignificantes, aunque más no sea porque el mercado da riqueza a quienes la pueden sostener, mientras que los políticos se la dan a sus electores, quienes, por regla general, no pueden⁴².

Los liberales clásicos han rechazado la teoría de la riqueza como “recurso natural” en favor de un enfoque industrial. La riqueza no es tanto lo que encontramos, sino lo que producimos. De esta manera, el influyente economista liberal clásico Jean-Baptiste Say diferenció los “materiales existentes” (que ahora denominaríamos “recursos naturales”) de la “riqueza”: “Todo lo que el hombre puede hacer es reproducir los materiales existentes bajo otra forma, lo cual puede otorgarles una utilidad que no tenían en el pasado o simplemente ampliar otra que puede haber estado presente antes. De modo que, de hecho, existe una creación, no de materia, sino de utilidad; y a esto llamo producción de riqueza”⁴³.

Hay muchas sociedades rodeadas de abundantes recursos naturales, cuyas poblaciones son mucho, mucho más pobres que otras sociedades con muchos menos recursos pero gobernadas por instituciones que facilitan la creación de la riqueza. Es un lugar común de la economía del desarrollo, que data de cientos de años, que los recursos naturales no son un determinante significativo de riqueza⁴⁴. El liberalismo clásico se caracteriza por la creencia de que la producción de riqueza se fomenta, y la pobreza absoluta se elimina, mediante la institución legal de derechos bien definidos y con seguridad jurídica que puedan intercambiarse libremente en función de un sistema de contrato y de la ley, o en función de lo que Adam Smith llamó “paz, impuestos moderados y una razonable administración de justicia”⁴⁵. Además, la libertad de producción y de intercambio socavaba las jerarquías, las castas y otras formas rígidas de desigualdad.

42 Ludwig Lachmann, “The Market Economy and the Distribution of Wealth”, en Lachmann, *Capital, Expectations, and the Market Process*, Sheed Andrews and McMeel, Kansas City, 1977), pág. 313.

43 Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, pág. 62.

44 Joyce Appleby señala, en su capítulo sobre “Los holandeses como fuente de pruebas”, por qué los holandeses con relativamente “escasos recursos” lograron enormes niveles de riqueza per cápita: “Los holandeses estuvieron dispuestos a nutrir su compleja organización social de mercado protegiendo la iniciativa individual sobre la cual esa organización prosperó”. *Economic Thought and Ideology in Seventeenth-Century England* (Princeton University Press, Princeton, NJ, 1978), pág. 96.

45 Adam Smith, *Essays on Philosophical Subjects*, pág. 322.

Pero la producción de riqueza a través de los mercados libres jamás fue la única respuesta liberal clásica a la pobreza. Estos intercambios constituyen solo un elemento en una amplia diversidad de actividades cooperativas para combatir la pobreza.

La autoayuda, el socorro mutuo, la caridad y la asistencia pública

La igualdad jurídica es un elemento definitorio de la tradición liberal clásica, y los liberales clásicos fueron pioneros en la ampliación de las ideas de igualdad de ambos géneros y de todas las razas, naciones y grupos sociales. La defensa de los derechos de igualdad para que las mujeres participen en el lugar de trabajo, sin leyes de exclusión laborales basadas en el género y para adquirir, poseer y disponer de la propiedad privada de manera independiente ha sido fomentada no solo por razones de coherencia moral, sino para mejorar la situación de las mujeres y eliminar su dependencia involuntaria de los hombres. Como señaló la abolicionista y feminista liberal clásica del siglo XIX Sarah Grimké: “Pocas cosas presentan mayores obstáculos para la mejora y la superación de la mujer a su esfera apropiada de utilidad y deber, que las leyes que han sido promulgadas para destruir su independencia y aplastar su individualidad; leyes que, a pesar de estar formuladas para gobierno de la mujer, no tuvieron en cuenta su voz para su instauración y le arrebatan algunos de sus *derechos esenciales*”⁴⁶.

La libertad de ejercitar los propios talentos llevó a la mejora de la suerte de los oprimidos, de los que no tienen nada, de los menos favorecidos, de los pobres. La autoayuda se promovió mediante la eliminación de obstáculos para la autoayuda y la afirmación activa de la responsabilidad personal.

Pero también había otros medios disponibles. El primero, que está ampliamente asociado con el liberalismo clásico, es la defensa de la caridad como medio para mejorar al conjunto de pobres. La caridad asiste a aquellos que han caído en el infiernito o que necesitan la asistencia de otros, y es proporcionada con más éxito por asociaciones voluntarias. La clave de los liberales clásicos fue evitar condiciones de dependencia permanente. Por lo tanto, Bernard Bosanquet, un baluarte de la Sociedad de la Organización de la Caridad de Gran Bretaña, fue muy crítico de la institucionalización de la pobreza,

46 Sarah Grimké, “Legal Disabilities of Women”, en *Freedom, Feminism, and the State*, ed. Wendy McElroy (Independent Institute, Oakland, 1991), pág. 107.

de ver “la institución de ‘los pobres’ como una clase, lo que supone, como idea ética de la mente moderna, un objeto permanente de compasión y autosacrificio. La ‘pobreza’, se dijo, ‘se convirtió en un estatus’. Los ‘desclasados’ se convirtieron en una clase social, con la función social pasiva de estimular la bondad de otros”.⁴⁷ El propósito de la caridad no era el de promover la dependencia, sino fomentar la capacidad de los beneficiarios de cuidarse a sí mismos y a su familia. Bosanquet argumentó que el socialismo económico, basado en órdenes y planificación central, produciría egoísmo, mientras que la cooperación voluntaria produciría respeto por los demás y sentimiento de camaradería. La experiencia de la vida dentro del socialismo real parecería haber confirmado esa predicción⁴⁸. E incluso en el caso de los Estados de Bienestar modernos, según señala Norman Barry: “La experiencia contemporánea indica que, lejos de alentar un ‘ser’ comunitario y con compromiso social, las instituciones del Estado de Bienestar simplemente han reproducido el *homo economicus* tradicional en un contexto diferente”⁴⁹.

Después de la autoayuda, que se promovió principalmente eliminando los obstáculos al libre ejercicio de las facultades propias, los liberales clásicos fomentaron activamente y conformaron una serie de “sociedades mutualistas”, “sociedades fraternales” y “sociedades de socorros mutuos” que aunaron tanto los esfuerzos como los riesgos que enfrentan las personas de medios limitados. En su apogeo, las sociedades mutualistas involucraban activamente a millones de personas en movimientos sociales que empequeñecían los ahora más conocidos movimientos sindicales de la época. Si bien algunas de ellas tenían raíces que se remontaban incluso a las sociedades funerarias de la antigua Roma, prosperaron como nunca antes en los siglos XVIII, XIX y de principios a mediados del siglo XX. Según observó Otto von Gierke

47 Bernard Bosanquet, “Institutions as Ethical Ideas”, en *The Philosophical Theory of the State and Related Essays*, ed. Gerald F. Gaus y William Sweet (St. Augustine’s Press, South Bend, IN, 2001), pág. 280.

48 Como señaló el liberal clásico disidente soviético Vladimir Bukovsky en sus memorias: “Khrushchev no estaba tan alejado de la verdad cuando, en uno de sus discursos, dijo: ‘Si las personas de nuestro país dejasen de robar por un solo día, el comunismo podría haberse construido hace mucho tiempo’. Pero lo que él no logró entender fue que, sin ese robo, el sistema soviético no funcionaría en absoluto. Sin esas manipulaciones y cifras fraudulentas, apenas podría cumplirse con un solo objetivo; y sin esa iniciativa privada, y por lo tanto ilegal, no se produciría nada en absoluto en nuestro país. Todos estos establecimientos agrícolas estatales y colectivos que se convirtieron en vidrieras, sin facturaciones millonarias, no habrían sobrevivido durante un minuto si no hubieran sido gestionados por estafadores”. Vladimir Bukovsky, *To Build a Castle: My Life as a Dissenter* (Andre Deutsch, Londres, 1978), págs. 150–51.

49 Norman Barry, *Welfare*, Open University Press, Buckingham, 1990), pág. 120.

en 1868 sobre las “leyes de camaradería”: “En nuestro siglo, la iniciativa y el poder creativo han regresado a manos de las personas: la camaradería personal libre, que nunca se extinguío por completo, desarrolló un gran número de ramas diferentes y asumió una forma capaz de adaptarse a los más variados propósitos”⁵⁰.

Este tipo de camaradería no solo proporcionó un seguro contra enfermedad, accidente, muerte y otras catástrofes sino que también promovió el buen carácter y virtudes tales como la cortesía, el respeto hacia las mujeres (los miembros masculinos que golpeaban a sus esposas normalmente eran expulsados de las sociedades), la sobriedad y la caridad. A través de la asociación voluntaria, fueron más allá de la responsabilidad personal que con frecuencia se asocia al liberalismo clásico y voluntariamente asumieron diversas formas de responsabilidad colectiva, formas de interacción que son en general partes subestimadas de la concepción liberal clásica de la libertad y el orden social. David Schmidtz argumentó que “es la responsabilidad internalizada (en lugar de la responsabilidad individual *per se*) la que mejora la situación de las personas. Las instituciones que inducen a las personas a asumir la responsabilidad por sí mismas como grupo también ayudan a internalizar la responsabilidad, aunque en forma colectiva. También pueden mejorar la situación de las personas”⁵¹. El socorro mutuo fue históricamente un elemento clave en el enfoque liberal clásico del orden social y la mejora. Al igual que el matrimonio, esta clase de asociaciones es considerada por los liberales clásicos no como restricciones a la libertad, sino como un ejercicio de ella.

Las sociedades mutualistas representan tal vez uno de los grandes movimientos sociales peor documentados de la historia (Véanse los ensayos de David Green y David Beito en este libro). Prosperaron en muchos países a medida que los obstáculos a las asociaciones civiles disminuían o eran eliminados, y fueron desapareciendo a medida que las empresas con fines de lucro empezaron a competir con ellas ofreciendo pólizas de seguros convenientes desde el punto de vista actuarial (de hecho, algunas sociedades mutualistas se transformaron en empresas de seguros, como Modern Woodmen of America, Prudential Insurance y Metropolitan Life)⁵² y a medida que el Estado de Bienestar las iba desplazando⁵³.

50 Otto von Gierke, *Community in Historical Perspective*, ed. Antony Black, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pág. 205. Véase también Antony Black, *Guild and State*, Transaction, New Brunswick, NJ, 2003, esp. págs. 167–83.

51 David Schmidtz, “Taking Responsibility”, en David Schmidtz y Robert E. Goodin, *Social Welfare and Individual Responsibility*, pág. 95.

52 David Beito, *From Mutual Aid to the Welfare State: Fraternal Societies and Social Services, 1890–1967*, pág. 24.

Las personas de la clase trabajadora establecieron distinciones entre los pobres dignos y los pobres indignos. En lugar de reconocer un derecho incondicional a recibir asistencia, los grupos de pobres que acumulaban sus recursos para el socorro mutuo hacían distinciones entre aquellos que merecían la asistencia y aquellos que no, ya sea por su propia falta de voluntad para ayudar a otros cuando podían o porque su situación era producto de su propia creación voluntaria.

Los pensadores liberales clásicos, así como los líderes de las organizaciones voluntarias, se centraron en fomentar los rasgos de carácter adecuados para alcanzar el éxito en la sociedad civil. Según las palabras de Green, los miembros de las sociedades mutualistas “estaban unidos no por su proximidad física, sino por su apego a ideales compartidos. Para estas sociedades, promover el buen carácter era central, una consideración de gran importancia para el pensamiento liberal clásico, algunos de cuyos defensores tienden a dar por sentados la buena conducta y el deseo de una vida mejor”⁵⁴. La asistencia de una sociedad mutualista era verdaderamente una cuestión de derecho, pero no de un derecho inmerecido o incondicional.

El socorro mutuo permitía a los pobres escapar de la condescendencia paternal que acompañaba a la caridad, que normalmente se asociaba con casos de desesperación extrema. Estar necesitado era un estado que uno debía tratar de evitar, no de adoptar.

La caridad sigue estando estrechamente relacionada con el pensamiento liberal clásico, pero en general aparecía tercera en la lista de métodos de ayuda a los pobres, después de la autoayuda y el socorro mutuo. Transferir pagos de los contribuyentes era considerado el medio menos deseable, que debía utilizarse solo cuando las demás formas de mejora de las condiciones de los pobres no estaban disponibles o eran inadecuadas. Como señaló John Stuart Mill en su ensayo sobre “Las reivindicaciones del trabajo”:

53 David Green considera de gran importancia la participación de la profesión médica en la promoción la Ley Nacional del Seguro de 1911, que sustituyó un monopsonio controlado por médicos y sus aliados políticos por el mercado competitivo creado por múltiples sociedades mutualistas de trabajadores. Véase David Green, *Working Class Patients and the Medical Establishment*; el resultado de sustituir impuestos involuntarios por obligaciones voluntarias como fuente de pago, como observa mordazmente Green, fue que “los aumentos en el pago resultaron mucho más fáciles de obtener que en el mercado”. (pág. 115). El otro resultado fue el ocaso de las sociedades mutualistas, porque los trabajadores se encontraron pagando dos veces por el mismo acceso a servicios médicos: una vez a una sociedad fraternal o instituto médico asociado y la otra al estado.

54 David G. Green, *Reinventing Civil Society*, pág. 46.

Dar dinero en forma de limosna nunca ha sido una rara virtud, ya sea en este país o en la mayoría de los otros países. Las instituciones de caridad y las contribuciones para el alivio de la miseria ya abundaban; y si salían a la luz nuevas formas de sufrimiento o clases de personas dolientes que antes habían pasado inadvertidas, nada era más natural que hacer por ellas lo que ya se había hecho por las demás⁵⁵.

La limosna se asoció durante mucho tiempo a obligaciones sagradas y, como era de esperar, a menudo organizada por instituciones religiosas. La entrega de limosnas a los necesitados, en general, ha sido entendida en la tradición liberal clásica como un ejercicio de las virtudes de la generosidad y la compasión⁵⁶. De esta manera, los liberales clásicos solían reconocer una obligación moral de asistir a quienes tenían necesidades como resultado de la desgracia y promovían una amplia variedad de acuerdos voluntarios para proporcionar dicha asistencia. Si bien la ayuda voluntaria era virtuosa y digna de elogios, la compulsión no lo era. En el libro *The Theory of Moral Sentiments* de Adam Smith, se puede encontrar un panorama representativo de este pensamiento. Si bien el sentimiento de beneficencia era un elemento necesario de la actividad virtuosa (“Ninguna acción se puede llamar virtuosa de verdad si no está acompañada del sentimiento de autoaprobación”)⁵⁷, la beneficencia y la caridad se vieron superadas por cuestiones de justicia: Smith señaló que “nos sentimos sujetos a una obligación más estricta de obrar conforme a la justicia que de obrar conforme a la amistad, la caridad o la generosidad: que la práctica de estas últimas virtudes mencionadas parece quedar sujeta, en cierta medida, a nuestro propio arbitrio, mientras que, de un modo u otro, nos sentimos ligados, destinados y obligados de manera

55 John Stuart Mill, “The Claims of Labour”, en *The Collected Works of John Stuart Mill*, vol. 4: *Essays on Economics and Society*, Parte I, ed. John Robson, University of Toronto Press, Toronto, 1967, pág. 372.

56 En palabras de Bernard Bosanquet: “La moralidad... consiste en la finalidad social que actúa por su propia fuerza de voluntad individual. El Socialismo Económico es un sistema para conseguir el fin social llevado a cabo no solo por su propio impulso, sino por el impulso de esos motivos o sanciones obligatorios que están al mando de la fuerza pública”. Bernard Bosanquet, “The Antithesis between Individualism and Socialism” (1890), en Bosanquet, *The Philosophical Theory of the State and Related Essays*, pág. 329. Véase también Tibor R. Machan, *Generosity: Virtue in Civil Society*, Cato Institute, Washington, DC, 1998).

57 Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*,, Liberty Fund, Indianapolis, 1982, pág. 178.

peculiar a la observancia de la justicia”⁵⁸. De acuerdo con Smith en un pasaje que representó uno de los compromisos morales centrales de la mayoría de los liberales clásicos posteriores: “Sin embargo, siempre debemos hacer una distinción cuidadosa entre lo que es simplemente censurable u objeto propio de la desaprobación y aquello sobre lo cual podría utilizarse la fuerza, ya sea para castigar o prevenir”⁵⁹.

El argumento utilitario posterior de que una redistribución de riqueza del más rico al más pobre no haría más que tomar algo de poco valor para los primeros con el fin de darles algo de mayor valor para los últimos fue rechazado firmemente por los liberales clásicos, que detectaron en esa idea una amenaza a las reglas generales sobre las que se asientan las sociedades libres y prósperas⁶⁰. Por lo tanto, en palabras de Smith: “Un individuo jamás debe preferirse a sí mismo tanto más que a otro individuo, de forma que ofenda o hiera a este otro en beneficio propio, aunque la ventaja del primero fuera muy superior al detrimentio o daño del segundo. El pobre no debe defraudar ni robar al rico, aunque la adquisición pudiera ser mucho más beneficiosa para él que dolorosa la pérdida para el otro”. Hacerlo sería violar “una de esas reglas sagradas de cuya razonable observancia dependen toda la seguridad y la paz de la sociedad humana”⁶¹.

Bertrand de Jouvenel se ocupó en forma directa de los argumentos utilitarios de la redistribución: una nivelación de ingresos o de riqueza para maximizar el bienestar (pequeñas reducciones en el bienestar de los ricos que están mucho más que compensadas por las grandes mejoras en el bienestar de los pobres) eliminaría con eficacia los gastos destinados a una cultura superior asociada con la riqueza, que los defensores de la redistribución abordan invariablemente mediante la tributación con el fin de redirigir los recursos hacia el apoyo de instituciones culturales. Según señaló Jouvenel: “Todos los defensores de la redistribución extrema la combinan con las medidas más generosas de apoyo estatal para toda la superestructura de actividades culturales”⁶². Jouvenel los acusó de incoherencia, puesto que el argumento utilitario de maximización del bienestar para redistribución de ingresos se vio afectado por el redireccionamiento de la riqueza por parte del Estado hacia las instituciones culturales favorecidas: “Se trata entonces de una incoherencia, y de una muy evidente, intervenir con apoyo estatal para sostener actividades culturales que no encuentran mercado. Quienes espontáneamente corrigen sus esquemas de

58 Ibid., pág. 80.

59 Ibid.

60 Véase ibid., pág. 163: “Sin este respeto sagrado por las normas generales, no hay un hombre de cuya conducta se pueda depender demasiado”.

61 Ibid., pág. 138.

62 Bertrand De Jouvenel, *The Ethics of Redistribution*, pág. 42.

distribución en función de esquemas que brindan este tipo de apoyo están negando, de hecho, que la asignación ideal de recursos y actividades es aquella que maximiza la suma de satisfacciones”⁶³.

J. S. Mill señaló que la imposición de “una obligación moral o jurídica a las clases dominantes, en cuanto a responsabilizarse de hacer el bien y ocuparse del bienestar de las clases más bajas” no fue una característica de las sociedades liberales, sino de sociedades no liberales. Según argumentó: “El Estado ideal de sociedad que se están disputando los nuevos filántropos” [defensores de la asistencia compulsiva] era “el de los salvajes rusos”. Y agregó: “Existen otros trabajadores, no simples labradores de la tierra, sino trabajadores de grandes establecimientos que forman parte del entorno de las fábricas, en función de quienes la legislación de nuestro propio país, incluso en nuestra propia época, obligó a sus empleadores a buscar alimentos saludables, y alojamiento y vestimenta en cantidad suficiente. ¿Quiénes son? Los esclavos de una finca antillana”⁶⁴.

La asistencia compulsiva estaba asociada, en la mente de los liberales clásicos, no solo con la condescendencia, sino con sistemas de control paternalistas y la pérdida de independencia y libertad. La experiencia con las Leyes de Pobres y los controles de conducta relacionados seguían estando muy frescos en la memoria de los liberales del siglo XIX y el XX. Según destacó Mill: “Hay gobiernos en Europa que ven como parte de su deber el cuidado del bienestar físico y la comodidad de las personas... Pero el cuidado paternal está conectado con la autoridad paternal. En estos Estados, encontramos restricciones severas al matrimonio. No se le permite a nadie casarse, a menos que esa persona convenza a las autoridades de que tiene una expectativa razonable de poder mantener una familia”⁶⁵.

El temor a dichos controles ha motivado una gran oposición liberal clásica, o al menos un malestar, contra los esquemas de la “reforma del bienestar” que exigen mano de obra para el Estado como condición para recibir ayuda.

Una de las preocupaciones principales sobre la redistribución compulsiva que

63 Ibid., pág. 44.

64 John Stuart Mill, “The Claims of Labour”, pág. 374.

65 Ibid. Bernard Bosanquet destacó la historia poco promisoria de la provisión estatal de bienestar: “Se suele decir que la época de desarrollo de las fábricas de hace cien años fue un tiempo de Individualismo Económico homogéneo. Pero eso no es verdad. Tal vez el peor de los males de la época surgió directamente a partir de la intencionadamente laxa o ‘socialista’ Ley de Pobres. Eran las entidades públicas las que en su mayoría sostenían a los niños que eran maltratados”. Bosanquet, “The Antithesis between Individualism and Socialism,” pág. 330.

fue central en la crítica a las Leyes de Pobres y continúa hasta la actualidad en los debates sobre la política del bienestar y la “ayuda externa” es si tales medidas estatales realmente mejoran el bienestar de los pobres o simplemente hacen que quienes defienden ese sistema se sientan bien consigo mismos, como si hubiesen cumplido una obligación moral, no ayudando a otros, sino apoyando políticas. Para la mayoría de los liberales clásicos, las consecuencias son importantes en la evaluación de las políticas, no solo las intenciones declaradas⁶⁶. De esta manera, la cuestión de si la ayuda del Estado que se apoya en la obligación impuesta, de hecho, representa una mejora para los pobres siempre ha sido una preocupación central de los liberales clásicos al analizar los planes de redistribución.

Al enumerar el orden de preferencias entre los liberales clásicos, Wilhelm Röpke afirmó que “nuestra regla y norma y nuestro ideal reconocido con alegría debe ser la seguridad a través del esfuerzo y la responsabilidad individuales, complementados por el socorro mutuo”⁶⁷. Röpke disentía con algunos liberales clásicos en que aceptaba un mínimo de asistencia del Estado:

No podemos, hoy en día, prescindir de un mínimo de instituciones del Estado obligatorias para la seguridad social. La pensión pública a la vejez, el seguro de salud, el seguro contra accidentes, la pensión a la viudez, el seguro de desempleo: naturalmente, nuestro concepto de sistema de seguridad social sólido en una sociedad libre debe hacer lugar a estos rubros, aunque nos generen poco entusiasmo. No es su razón de ser lo que se cuestiona, sino su amplitud, organización y espíritu⁶⁸.

Muchos liberales clásicos han aceptado algo de ayuda estatal, pero solo con cierta reticencia y siempre como el método menos preferido para asistir a los pobres. Milton Friedman, por ejemplo, ofreció dos razones para respaldar un grado limitado de compulsión del Estado con el fin de brindar asistencia a los pobres. La primera era el ejercicio de una obligación jurídica que fuerce a las personas a comprar anualidades para su propia vejez, porque “la persona imprudente no sufrirá las consecuencias de su propia acción, sino que impondrá costos a otros. Se dice que no debemos permitir que haya ancianos indigentes sufriendo en la miseria. Debemos asistirlos mediante la caridad pública y privada. Por ende, el

66 Véase el ensayo de David Schmidtz en Schmidtz y Goodin, *Social Welfare and Individual Responsibility*, especialmente la sección sobre “Las consecuencias importan”, págs. 86-88.

67 Wilhelm Röpke, *A Humane Economy: The Social Framework of the Free Market*, Liberty Fund, Indianapolis, 1971, pág. 177.

68 *Ibid.*, pág. 175.

hombre que no provee para su vejez se convertirá en una carga pública. Obligarlo a adquirir una anualidad no solo se justifica por su propio bien, sino por el bien del resto de nosotros”⁶⁹. (Como señaló Friedman rápidamente: “El peso de este argumento depende claramente de los hechos”.) La segunda es el ejercicio de la coacción legal para forzar a los contribuyentes como clase a apoyar a los necesitados, en razón de que la coacción del Estado para proporcionar un bien colectivo (o público) es aceptable por motivos liberales: “Se puede argumentar que la caridad privada es insuficiente porque los beneficios que derivan de ella llegan a personas distintas de las que hacen las contribuciones... Me aflige ver que haya pobreza y me beneficio de su mitigación; pero me beneficio igualmente si soy yo u otra persona la que paga para mitigarla. Los beneficios de la caridad de otras personas, en parte, me llegan a mí”. Este tipo de inquietudes, según Friedman, fijaría “un piso para el estándar de vida de cada persona de la comunidad”.⁷⁰

F. A. Hayek, si bien no era un entusiasta del Estado de Bienestar, también argumentó, basándose en la provisión de bienes públicos, que la entrega de algunos beneficios estatales de manera limitada era compatible con los principios liberales clásicos: “Todos los gobiernos modernos han adoptado medidas para los indigentes, los desafortunados y los discapacitados, y se han preocupado por cuestiones de salud y de difusión del conocimiento. No existen razones por las cuales el volumen de estas actividades de servicio puras no debería aumentar junto con el crecimiento general de la riqueza. Hay necesidades comunes que pueden satisfacerse solo mediante una acción colectiva y, por ende, atenderlas sin restringir la libertad individual”⁷¹.

El argumento de los bienes públicos de Friedman y Hayek fue rechazado por Robert Nozick, quien ofreció una interpretación antiestatista más contundente del liberalismo clásico. Después de analizar los aspectos económicos y la ética de los bienes públicos, Nozick concluyó: “Dado que obligar a personas que tienen derecho a gozar de sus posesiones a contribuir contra su voluntad violaría las restricciones morales, los defensores de dicha obligación deben tratar de convencer a las personas de que ignoren a los relativamente pocos que no estén de acuerdo con el esquema de contribuciones voluntarias. O bien, ¿son relativamente *muchos* los que se ven forzados a contribuir, a pesar de no haberlo elegido, por parte de aquellos que no quieren sentir que son ‘tontos’?”⁷²

69 Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, pág. 188.

70 Ibid., pág. 191.

71 F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, University of Chicago Press, Chicago, 1960, pág. 257.

72 Nozick, *Anarchy, State, and Utopia*, pág. 268.

Los debates entre los liberales clásicos sobre esas cuestiones han sido enérgicos y centrados en una serie de preguntas, por ejemplo, cuán competentes y confiables pueden ser las instituciones del Estado —aun estando sujetas a la supervisión democrática—; si es posible que cualquier grado de obligatoriedad sea compatible con los principios del liberalismo; y si las disposiciones estatales, incluso las de una “red de seguridad”, pondrían en marcha un proceso que fomente la dependencia y que desplace la red de asociaciones de socorros mutuos estrechamente asociada con el liberalismo clásico.

El teórico jurídico A. V. Dicey expresó el temor hacia las disposiciones estatales que era generalizado entre los liberales clásicos:

El efecto beneficioso de la intervención del Estado, especialmente en forma de legislación, es directo, inmediato y, por así decirlo, visible, mientras que sus efectos malignos son graduales e indirectos y se encuentran fuera de la vista... son pocos los que comprenden la innegable verdad de que la ayuda estatal contribuye a destruir la autoayuda. En consecuencia, la mayor parte de la humanidad, casi necesariamente, debe de ver la intervención gubernamental con una predilección indebida. Esta inclinación natural puede ser contrarrestada solo mediante la existencia, en una sociedad determinada como la Inglaterra de 1830 a 1860, de una presunción o prejuicio a favor de la libertad individual, es decir, del *laissez faire*. Por lo tanto, la mera disminución de la confianza en la autoayuda —y que dicha disminución existe es seguro— es de por sí suficiente para explicar el crecimiento de la legislación que tiende hacia el socialismo⁷³.

Herbert Spencer, hacia el final de su vida, vio el crecimiento de la prestación de servicios estatal y de las medidas para sustituir la coerción por la acción voluntaria como “el nuevo conservadurismo” y “la esclavitud del futuro”⁷⁴. Al igual que otros liberales clásicos de fines del siglo XIX, Spencer conectó el ascenso del nacionalismo, el imperialismo, el racismo, el socialismo y el Estado de Bienestar como derivaciones de la raíz común del colectivismo⁷⁵.

73 A. V. Dicey, *Lectures on the Relation between Law and Public Opinion in England during the Nineteenth Century*, Liberty Fund, Indianapolis, 2008, pág. 182.

74 Herbert Spencer, *The Man vs. the State*, en Political Writings.

75 Véase Sheri Berman, *The Primacy of Politics: Social Democracy and the Making of Europe's Twentieth Century*, para conocer las raíces intelectuales comunes al marxismo, fascismo, nacional-socialismo y democracia social.

El temor a la prestación estatal no se limitó a los anglosajones, sino que fue —y sigue siendo— una característica común del pensamiento liberal clásico. Como señaló François Guizot: “Nada es más evidente o sagrado que el deber del gobierno de acudir en ayuda de las clases menos favorecidas por el destino, para aliviar sus miserias y ayudarles en su esfuerzo por elevarse hacia las bendiciones de la civilización. Pero sostener que es a través de los defectos de la organización social que se originan todas las miserias de tantos seres humanos e imponer sobre el gobierno la tarea de garantizar y distribuir con equidad las cosas buenas de la vida es ignorar absolutamente la condición humana, abolir la responsabilidad inherente de la libertad humana y estimular pasiones oscuras a través de falsas esperanzas”⁷⁶. Wilhelm von Humboldt despreciaba las Leyes de Pobres por destruir la caridad y endurecer los corazones: “¿Existe algo que tienda con tanta eficacia a amortiguar y destruir toda verdadera empatía —toda súplica modesta pero esperanzadora— toda confianza en el hombre por el hombre? ¿No desprecia todo el mundo al mendigo, quien encuentra más conveniente ser atendido en un asilo antes que, después de luchar contra la miseria, encontrar no una mera mano que le arroje una limosna, sino un corazón compasivo?”⁷⁷

Quedan las preguntas sobre el alcance de las obligaciones morales para los pobres. Esas preguntas no se responden fácilmente desde la tradición liberal clásica, por la sencilla razón de que el pensamiento liberal clásico hace una distinción —que muchas otras tradiciones no hacen— entre aquellos deberes y obligaciones que son exigibles y aquellos que no lo son. Un liberal clásico puede adoptar la obligación del diezmo o del *zakat*, pero insistirá en que esa obligación no puede ser compulsiva; es una expresión de las propias obligaciones religiosas y morales, no un deber jurídico. Las tendencias universalistas del liberalismo clásico han provocado, en general, problemas con las personas *per se* más que con los correligionarios o connacionales. La responsabilidad de no perjudicar a los demás se aplica a todos, independientemente de si son miembros cercanos de la propia comunidad o perfectos desconocidos que viven en una nación lejana. Como señaló Adam Smith: “La mera justicia no es sino

76 François Guizot, “Mémoires pour servir à l’histoire de mon temps”, en *Western Liberalism: A History in Documents from Locke to Croce*, ed. E. K. Bramstead y K. J. Melhuish, Longman Group, Londres, 1978, págs. 335–36.

77 Wilhelm von Humboldt, *The Limits of State Action* (Cambridge University Press, Cambridge, 1969), pág. 40. Véase también la descripción de la oposición de los liberales alemanes al Estado de Bienestar moderno de Bismarck en Ralph Raico, “Der Aufstieg des modernen Wohlfahrtsstaates und die liberale Antwort”, en Raico, *Die Partei der Freiheit: Studien zur Geschichte des deutschen Liberalismus* (Lucius & Lucius, Stuttgart, 1999), págs. 153–79.

una virtud negativa, en la mayoría de las ocasiones, y solo nos impide lastimar a nuestro vecino. El hombre que apenas se abstiene de violar ya sea a la persona, o la finca, o la reputación de sus vecinos, tiene sin duda muy poco mérito positivo. No obstante, cumple con todas las normas de lo que curiosamente se llama justicia, y hace todo lo que sus pares pueden obligarlo a hacer con la fuerza adecuada o mediante aquello con lo cual, de no hacerlo, se lo puede castigar. A menudo podemos cumplir todas las normas de justicia quedándonos quietos y sin hacer nada”⁷⁸. Las obligaciones positivas, según la visión liberal clásica, normalmente se adquieren con base en nuestros actos (son accidentales en lugar de innatas)⁷⁹; de tal modo, uno no nace con determinadas obligaciones exigibles ni estas se asignan a personas específicas con base en la relativa pobreza de esas personas. Gracias a su enfoque en la eliminación de la injusticia, en forma de daños infligidos por unos sobre otros, los liberales clásicos lideraron los movimientos internacionales para erradicar el trabajo forzoso⁸⁰ y la esclavitud, movimientos que promovieron la libertad y el bienestar de los miembros más desfavorecidos y maltratados de la humanidad. Del mismo modo, la urgencia moral de la causa liberal clásica en materia de libertad de comercio ha concentrado gran atención en la denegación de oportunidades para la mejora del bienestar entre los habitantes de los países pobres, quienes son sacrificados por políticas proteccionistas para el bienestar de personas mucho más ricas que ellos. Liberar a los pobres de los controles coercitivos sobre su comportamiento beneficia al pobre, así como a todos los que participan en el intercambio; los liberales clásicos consideran que los beneficios del comercio son recíprocos. No se trata de una concesión a terceros para eliminar las restricciones sobre la propia habilidad de comprar con libertad. Según argumentó el economista liberal clásico y parlamentario alemán del siglo XIX John Prince Smith: “La eliminación de las tarifas de importación es

78 Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, pág. 82.

79 Compare Samuel Pufendorf sobre obligaciones “innatas” y “accidentales”: “Ahora las obligaciones, en razón de su origen, pueden dividirse en innatas y accidentales. Las primeras pertenecen a todos los hombres desde el momento de su nacimiento, simplemente por el hecho de ser hombres, y se ejercen plenamente en cuanto comienzan a ser capaces, por razones de edad, de entender su fuerza y regular su acción a través de la razón... Las obligaciones accidentales son las asumidas voluntariamente por aquellos que ya han nacido, o las encomendadas por mandato de un superior o de una ley”. *The Political Writings of Samuel Pufendorf*, ed. Craig L. Carr, trad. Michael J. Seidler, Oxford University Press, Oxford, 1994), pág. 50.

80 Véase, por ejemplo, los esfuerzos de Anne Robert Jacques Turgot para eliminar el trabajo forzoso campesino (la corvée) en Francia, descrito en *The Life and Writings of Turgot*, ed. W. Walker Stephens, Burt Franklin, Nueva York, 1971, esp. págs. 124–49.

una concesión económica que nos hacemos a nosotros mismos en primer lugar, y no meramente a los países extranjeros”⁸¹.

La misma lógica ha sido aplicada a la inmigración, ya que los liberales clásicos, en general, han fomentado la libertad de movimiento tanto como la libertad de comercio⁸². Los liberales clásicos, como tales, han sido defensores activos de la “globalización” a través de la libertad de expresión, de comercio y de circulación⁸³. Es irónico que los socialistas y los estatistas del bienestar suelan presentarse como defensores de los pobres y, al mismo tiempo, defiendan vigorosamente las

81 John Prince Smith, “On the Significance of Freedom of Trade in World Politics,” en Bramstead y Melhuish, *Western Liberalism*, pág. 357. La insistencia sobre el valor del comercio libre unilateral de los liberales clásicos ha recibido mayor atención en los últimos años. Véase Razeen Sally, *Trade Policy, New Century: The WTO, FTAs, and Asia Rising*, Institute of Economic Affairs, Londres, 2008).

82 Si desea consultar trabajos recientes, véanse Philippe Legrain, *Immigrants: Your Country Needs Them* (Little, Brown, Londres, 2006) y Jason L. Riley, *Let Them In: The Case for Open Borders*.

83 El término “globalización” tiene muchos significados. El proyecto de la Unión Soviética, por ejemplo, supuso una imposición mundial de la norma comunista de un solo partido, es decir, una clase de “globalización”. Incluso las fuerzas nacionalistas y anticosmopolitas promueven una especie de “globalización” en forma de movimiento global de nacionalismos que compiten, una idea que contiene las semillas del conflicto eterno. Los liberales clásicos han promovido ciertos estándares universales de interacción pacífica a través del intercambio voluntario, el turismo, los viajes, las migraciones y el intercambio de ideas. El resultado es compatible con una amplia variedad de formas culturales diferentes, aunque hostiles todo lo que sea impuesto por la fuerza a las partes que no otorgan consentimiento. Para conocer el tratamiento liberal clásico sobre esos temas, véase Tom G. Palmer, *Globalization and Culture: Homogeneity, Diversity, Identity, Liberty* (Liberales Institut, Berlín, 2004), <http://tomgpalmer.com/wp-content/uploads/papers/liberales2.pdf>, y “Globalization, Cosmopolitanism, and Personal Identity”, *Etica & Politica*, n.º 2 (2003), <http://tomgpalmer.com/wp-content/uploads/papers/palmer-globcosmoidentity.pdf>. Los liberales clásicos han sido denostados por los críticos socialistas como “neoliberales”, un término que prácticamente no ha sido aceptado por ningún liberal clásico, en parte porque el término se utiliza para referirse no sólo al comercio, viajes y migración más libres, sino a menudo a los programas de desarrollo estatistas promovidos por organizaciones respaldadas por el Estado, por ejemplo, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), lo cual ha sido rechazado tradicionalmente por los liberales clásicos.

restricciones a la migración que utilizan alambre de púas, patrullas armadas y otras formas de fuerza para mantener a las personas extremadamente pobres lejos de los países ricos donde tendrían oportunidades para mejorar su situación. Los liberales clásicos, por tradición, se han opuesto a tales restricciones y favorecen la libertad de comercio, de circulación y de migración, lo cual consideran una alternativa superior a los programas redistributivos del Estado que, como suelen argumentar, no logran elevar a las personas de la pobreza a la riqueza.

Los pensadores liberales clásicos, a pesar de los fuertes desacuerdos que suelen tener entre sí, han estado de acuerdo en que la creación de más riqueza es la solución al alivio de la pobreza y que, dado que los resultados no suelen estar en sí mismos sujetos a elección, las instituciones justas y eficientes son la clave para aumentar la riqueza y disminuir la pobreza. Además, si bien muchos hacen lugar a la prestación estatal de asistencia a los pobres e indigentes, todos están de acuerdo en que existe una jerarquía de medios para el alivio de la pobreza, que comprende, en forma escalonada, desde la responsabilidad personal y la autoayuda hasta el socorro mutuo, la caridad y, la opción menos preferida, la obligatoriedad estatal.

Algunas sugerencias bibliográficas para entretenimiento y comprensión (y para hacer mejores trabajos prácticos escolares)

Al igual que un tumor canceroso, los Estados de Bienestar continúan haciendo metástasis, crecen en tamaño y amenazan la salud de las sociedades de las que obtienen su sustento. Como cualquier amenaza a la sociedad, merecen un estudio más profundo. En este volumen, se citan muchos libros y artículos adicionales en las notas al pie, y los estudiantes del Estado de Bienestar pueden encontrar de utilidad su consulta. Existe una gran cantidad de literatura en defensa del Estado de Bienestar, y un estudiante de este tema debe examinar el problema desde varios puntos de vista. El primer libro que se cita a continuación, *Welfare* del profesor Norman Barry, ofrece una buena perspectiva de las cuestiones relacionadas y una guía para acceder a literatura desde todos los ángulos. Los demás libros que se citan hacen foco en proporcionar críticas y alternativas al Estado de Bienestar.

—Tom G. Palmer

Welfare, por Norman Barry (Buckingham, Reino Unido: Open University Press, 1990). Este breve libro ofrece un panorama siempre útil de la historia, el funcionamiento y las justificaciones y críticas al Estado de Bienestar.

From Mutual Aid to the Welfare State: Fraternal Societies and Social Services, 1890–1967, por David Beito (Chapel Hill, NC: University of North Carolina, 2000). El historiador David Beito documenta y describe la historia de las sociedades de socorros mutuos de Estados Unidos, las cuales proporcionaron solidaridad, bienestar y estímulo a millones de personas, pero fueron desplazadas en forma sistemática por las políticas del Estado de Bienestar a lo largo del siglo XX.

Reinventing Civil Society: The Rediscovery of Welfare without Politics, por David Green (Londres: Civitas, 1993). El historiador y politólogo David Green ha sido líder en el estudio de las “sociedades mutualistas” en las sociedades británica y australiana. Green no solo documenta la historia y explica los beneficios de las sociedades mutualistas, sino que las coloca en el contexto de la concepción liberal clásica de la sociedad civil en general. (Este libro se puede descargar en www.civitas.org.uk/pdf/cw17.pdf.)

The Ethics of Redistribution, por Bertrand de Jouvenel (Indianápolis: Liberty Fund, 1990). Este breve libro se basa en las clases del famoso politólogo francés que se dictaron en la Universidad de Cambridge. Ofrece un análisis crítico y contundente de los argumentos en favor de la redistribución del ingreso.

A Life of One's Own: Individual Rights and the Welfare State, por David Kelley (Washington, DC: Cato Institute, 1998). Un filósofo moral examina los fundamentos filosóficos del Estado de Bienestar y los somete a una crítica desde la perspectiva liberal clásica.

Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice, por Tom G. Palmer (Washington, DC: Cato Institute, 2009). Esta colección de ensayos compilada por el editor de *Después del Estado de Bienestar* contiene varias críticas a la teoría de los “derechos de bienestar”, que incluyen el ensayo “Cómo proteger la teoría de los derechos contra sus amigos” (originalmente publicado en *Individual Rights Reconsidered*, editado por Tibor Machan [Stanford: Hoover Institution Press, 2001], disponible en línea en tomgpalmer.com/wp-content/uploads/papers/palmerindividualrightsreconsidered-chapter2.pdf).

The Swedish Model Reassessed: Affluence Despite the Welfare State, por Nima Sanandaji (Helsinki: Libera Institute, 2011). Este breve estudio del Estado de Bienestar sueco ofrece percepciones comparativas sobre las fuentes de prosperidad en Suecia y el impacto del Estado de Bienestar en ese país. (Disponible en línea en www.libera.fi/wp-content/uploads/2011/10/Libera_The-Swedish-model.pdf.)

Is the Welfare State Justified? por Daniel Shapiro (Cambridge: Cambridge University Press, 2007). Este libro describe las justificaciones que se suelen aducir para las instituciones y prácticas, observa la evidencia de cómo funcionan realmente las instituciones del Estado de Bienestar y luego se pregunta si esas instituciones están justificadas de acuerdo con las principales visiones de justicia más comúnmente sostenidas. Se trata de un trabajo académico de filosofía moral que, no obstante, es muy accesible y fácil de leer.

Nota del editor: Los colaboradores de este volumen suministran varias cifras, con leves diferencias, para indicar el valor actual de los desequilibrios presupuestarios gubernamentales. Las diferencias reflejan estimaciones diferentes de las condiciones futuras, diferentes categorías de programas y diferentes horizontes temporales sobre los cuales están calculados los números. Independientemente de las mencionadas diferencias, todos los cálculos arriban a sumas asombrosas que empequeñecen la deuda pública reconocida oficialmente. Los pasivos no financiados de los Estados de Bienestar modernos son enormes y presentan amenazas muy graves para el bienestar de aquellos que son jóvenes en la actualidad. Reflejan la grosera irresponsabilidad de sus mayores, quienes permitieron que esto sucediera.

El Dr. Tom G. Palmer es el vicepresidente ejecutivo de programas internacionales en Atlas Network. Supervisa equipos que trabajan en todo el mundo dedicados a promover los principios del liberalismo clásico y trabaja con una red global de *think tanks* e institutos de investigación. El Dr. Palmer es académico titular del Cato Institute, donde fue vicepresidente de programas internacionales y director del Centro para la Promoción de los Derechos Humanos.

Palmer fue H.B. Earhart Fellow en el Hertford College, Oxford University y vicepresidente del Institute for Humane Studies en George Mason University. Es miembro del Consejo Asesor de Students For Liberty. Ha publicado críticas y artículos sobre política y moral en revistas académicas como *Harvard Journal of Law and Public Policy*, *Ethics*, *Critical Review* y *Constitutional Political Economy*, y en publicaciones como *Slate*, el *Wall Street Journal*, el *New York Times*, *Die Welt*, *Al Hayat*, *Caixing*, el *Washington Post* y *The Spectator of London*.

Obtuvo su BA en artes liberales en St. Johns College en Annapolis, Maryland; su MA en filosofía en Catholic University of America, Washington, DC, y su doctorado en política en Oxford University. Su trabajo académico ha sido publicado en libros de Princeton University Press, Cambridge University Press, Routledge y otras editoriales académicas. Es el autor de *Realizing Freedom: Libertarian Theory, History, and Practice* (edición ampliada publicada en 2014); y el editor de *The Morality of Capitalism*, publicado en 2011.

Notas

"Este libro ofrece una excelente introducción a la locura del estado de bienestar. Los ejemplos históricos, la discusión de las consecuencias adversas de los programas de asistencia social existentes y los argumentos morales contra la redistribución impuesta por el gobierno son antecedentes convincentes para cualquiera que se preocupe por nuestra futura prosperidad. Su futuro depende de comprender lo que hay en este libro."

**Jeffrey Miron, Director de Estudios de Pregrado en el
Departamento de Economía de la Universidad de Harvard**

"Después del Estado de Bienestar hace un análisis económico serio de los acontecimientos actuales, legible, esclarecedor y agradable. Gastar el dinero de otras personas, incluso con las mejores intenciones, es una receta para el conflicto e incluso la catástrofe, como lo demuestran los autores en un país tras otro."

**Donald J. Boudreaux, profesor de economía, -
Universidad George Mason**

